



**José de Espronceda**

## **El Diablo Mundo**

Introducción al poema titulado El Diablo Mundo  
A mi amigo D. Antonio Ros de Olano.  
El autor, José de Espronceda

### **CORO DE DEMONIOS**

Boguemos, boguemos,  
la barca empujad,  
que rompa las nubes,  
que rompa las nieblas,  
los aires las llamas, 5  
las densas tinieblas,  
las olas del mar.

Boguemos, crucemos  
del mundo el confín;  
que hoy su triste cárcel quiebran 10  
libres los diablos en fin,

y con música y estruendo  
los condenados celebran,  
juntos cantando y bebiendo,  
un diabólico festín. 15

## EL POETA

¿Qué rumor  
lejos suena,  
que el silencio  
en la serena  
negra noche interrumpió? 20  
¿Es del caballo la veloz carrera,  
tendido en el escape volador,  
o el áspero rugir de hambrienta fiera,  
o el silbido tal vez de aquilón?  
¿O el eco ronco del lejano trueno 25  
que en las hondas cavernas retumbó,  
o el mar que amaga con su hinchado seno,  
nuevo Luzbel, al trono de su Dios?  
Densa niebla  
cubre el cielo, 30  
y de espíritus  
se puebla  
vagarosos,  
que aquí el viento  
y allí cruza 35  
vaporosos  
y sin cuento  
y aquí tornan,  
y allí giran,  
ya se juntan, 40  
se retiran,  
ya se ocultan,  
ya aparecen,  
vagan, vuelan,  
pasan, huyen, 45  
vuelven, crecen,  
disminuyen,  
se evaporan  
se coloran,  
y entre sombras 50  
y reflejos,  
cerca y lejos  
ya se pierden;  
ya me evitan  
con temor 55  
ya se agitan

con furor,  
en aérea danza fantástica  
a mi alrededor,  
vago enjambre de vano fantasmas 60  
de formas diversas, de vario color  
en cabras y sierpes montados y en cuervos  
y en palos de escobas; con sordo rumor:  
baladros lanzan y aullidos,  
silbos, relinchos, chirridos, 65  
y en desacordado estrépito,  
el fantástico escuadrón  
mueve horrenda algarabía,  
con espantosa armonía  
y horrisona confusión. 70

Del toro ardiente al mugido  
responde en ronco graznar  
la Malhadada corneja,  
y al agorero cantar  
de alguna hechicera vieja, 75  
el gato bufa y maúlla,  
el lobo erizado aúlla,  
ladra ruidos, voces y acentos  
mil se mezclan y confunden,  
y pavor y miedo infunden 80  
los bramidos de los vientos,  
que al mundo amagan su fin  
en guerra los elementos.

Relámpago rápido  
del cielo las bóvedas 85  
con luz rasga cárdena,  
y encima descúbrese  
jinete fantástico,  
quizá el genio indómito  
de la tempestad. 90

De cien truenos juntos retumba el fragor  
en bosques, montañas, cavernas, torrentes  
quizá son el miedo los genios potentes  
que el cántico entonan de espanto y terror.

Lanzando bramidos hórridos, 95  
y tronchando añosos árboles,  
irresistible su ímpetu,  
teñida en colores lívidos,  
gigante forma flamígera  
cabalga en el huracán. 100  
Quizá el genio de la guerra,  
cuya frente tornasola  
con roja vaga aureola  
el relámpago fugaz.

Aquí retiembla la tierra, 105  
allí rebrama la mar,

altísima catarata  
zumba y despéñase allá;  
    allí torrentes de lava  
lanza mugiente volcán; 110  
aquí agita en la tempestad,  
    y agua, fuego, peñas, árboles  
ávida sorbe al pasar;  
allí colgada la luna,  
con torva, cárdena faz, 115  
    triste, fatídica, inmóvil  
en la inmensa oscuridad,  
más entristece que alumbra,  
cual lámpara sepulcral;  
    allí bramidos de guerra 120  
se escuchan, y el golpear  
del acero, y de las trompas  
el estrépito marcial;  
    aquí relinchar caballos  
y estruendo de pelear; 125  
allí retumban cañones,  
lamentos suenan allá,  
    y alaridos, voces, ayes,  
y súplicas y llorar;  
aquí desgarradas músicas 130  
y cantares; acullá  
    ruido de gentes que danzan  
con bullicioso compás;  
acá risas y murmullos,  
riñas y gritos allá; 135  
    allí el estruendo se escucha  
de amotinada ciudad,  
carcajadas, orgías, brindis,  
y maldecir y jurar;  
    aquí el susurro entre flores 140  
del cefirillo galán,  
allí el eco interrumpido  
de algún suspiro fugaz  
ora un beso, una palabra,  
de alguna trova el final; 145  
todo en confusa discordia  
se oye a un tiempo del mundo,  
    breve compendio del mundo,  
la tartárea bacanal,  
y trastornan y confunden 150  
tanto estrépito a la par;  
    y aturden, turban, marean  
tanta visión, tanto afán.

UN CORO

Allá va la nave:  
¿quién sabe do va? 155  
¡Ay!, ¡triste el que fía  
del viento y la mar!

#### UNA VOZ

¿Qué importa? El destino  
su rumbo marcó.  
¿Quién nunca sus leyes 160  
mudar alcanzó?  
Allá va la nave;  
bogad sin temor,  
ya el aura la arrulle,  
ya silbe Aquilón. 165

#### CORO 2.º

Venid, levantemos  
segunda Babel,  
el velo arranquemos  
que esconde el saber.

#### UNA VOZ

Verdad, te buscamos, 170  
osamos subir  
al último cielo  
volando tras ti,  
con noble avaricia  
y ansia sin fin 175  
de ver cuanto ha sido  
y está por venir.

#### CORO 3.º

Mentira, tú eres  
luciente cristal,  
color de oro y nácar 180  
que encanta al mirar.

## UNA VOZ

Feliz a quien meces.  
Mentira en tus sueños,  
tú sola halagüeños  
placeres nos das, 185  
¡ay!, ¡nunca busquemos  
la triste verdad!  
La más escondida  
tal vez, ¿qué traerá?  
¡Traerá un desengaño! 190  
¡Con él un pesar!

Varias voces

VOZ 1.<sup>a</sup>

Yo combato por la gloria.  
Su corona es de laurel,  
cántame versos, poeta,  
póstrate, mundo, a mis pies. 195

VOZ 2.<sup>a</sup>

Yo levantaré un palacio  
que oro y perlas ornarán;  
príncipes serán mis siervos;  
el pueblo, Dios me creará.

VOZ 3.<sup>a</sup>

Venid, hermosas, a mí, 200  
dadme deleite y amor,  
voluptuosa pereza,  
besos de dulce sabor;  
y entre perfumes y aromas,  
bullentes vinos; y al son 205  
del arpa, blanda me arrulle

y armoniosa vuestra voz.

VOZ 4.<sup>a</sup>

Venid, empujadme,  
la cima toqué.  
Subidme, que luego 210  
la mano os daré.

VOZ 5.<sup>a</sup>

¡Ay!, yo caí de la elevada cumbre  
en honda sima que a mis pies se abrió.  
¡Grande es mi pena, larga mi agonía!...  
¡Una mano!, ¡ayudadme!, ¡compasión! 215

VOZ 6.<sup>a</sup>

Errante y amarrado a mi destino  
vago solo y en densa oscuridad.  
¡Siempre viajando estoy, y mi camino  
ni descanso ni término tendrá!

VOZ 7.<sup>a</sup>

Sin pena vivamos 220  
en calma feliz  
gozar es mi estrella,  
cantar y reír.

VOZ 8.<sup>a</sup>

¿Quién calmará mi dolor?  
¿Quién enjugará mi llanto? 225  
¿No habrá alivio a mi quebranto?  
¿Nadie escucha mi clamor?

EL POETA

¿Dónde estoy? Tal vez bajé  
a la mansión del espanto,  
tal vez yo mismo creé 230  
tanta visión, sueño tanto,  
que donde estoy ya no sé.

Hórrida turba, quizá,  
que en tormenta y confusión  
a anunciar al mundo va 235  
su ruina y desolación,  
mensajeros de Jehová:

¿Quiénes sois, genios sombríos  
que junto a mí os agolpáis?  
¿Sois vanos delirios míos, 240  
o sois verdad? ¿Qué buscáis?  
¿Qué queréis? ¿Adónde vais?

Mas de la Célica cumbre  
llameante catarata  
en ondas de viva lumbre 245  
súbito miro saltar.

Y ola tras ola de fuego  
vuela en el aire y se alcanza  
con estruendo y furor ciego,  
como despeñado mar. 250

Y al hondo abismo en seguida  
se precipita y se pierde  
la catarata encendida  
que en arco rápido cae.

Océano inmenso volcado 255  
rojos los aires incendia,  
en tumbos arrebatado  
recia tormenta lo trae,

y en medio negra figura  
levantada en pie se mece, 260  
de colosal estatura  
y de imponente ademán.

Sierpes son su cabellera  
que sobre su frente silban,  
su boca espantosa y fiera 265  
como el cráter de un volcán.

De duendes y trasgos  
muchedumbre vana  
se agita y se afana  
en pos su señor. 270

Y allí entre las llamas  
resbalan, se lanzan,  
y juegan y danzan  
saltando en redor.

Bullicioso séquito 275



que vienen y van,  
visiones fosfóricas,  
ilusión quizá.

Trémulas imágenes  
sin marcada faz, 280  
su voz sordo estrépito  
que se oye sonar,  
cual zumbido unísono  
de mosca tenaz.

Allí entre las llamas 285  
hirviendo en montón,  
no cesa su ronco  
monótono son,  
murmurando a un tiempo mismo  
todos juntos y a una voz, 290  
y apareciéndose súbito  
ora fuego, ora vapor.

Tendió una mano el infernal gigante  
y la turba calló; y oyóse sólo  
en silencio el estrépito atronante 295  
del flamígero mar; luego un acento  
claro, distinto, rápido y sonoro  
por la vaga región cruzó del viento  
con rara melancólica armonía,  
que brotaba doquiera, 300  
y un eco en derredor lo repetía.

Voz admirable y vaga, y misteriosa,  
viene de allá del alto firmamento,  
crece bajo la tierra temblorosa,  
vaga en las alas del callado viento. 305  
Voz de amargo placer, voz dolorosa,  
incomprensible mágico portentoso,  
voz que recuerda al alma conmovida,  
el bien pasado y la ilusión perdida.

«¡Ay!», exclamó, con lamentable queja, 310  
y en torno resonó triste gemido,

como el recuerdo que en el alma deja  
la voz de la mujer que hemos querido.  
«¡Ay!, ¡cuán terrible condición me aqueja  
para llorar y maldecir nacido, 315  
víctima yo de mi fatal deseo,  
que cumplirse jamás mis ansias veo!

»¿Quién es Dios? ¿Dónde está? Sobre la cumbre  
de eterna luz que altísima se ostenta,  
tal vez en torno de celeste lumbre 320  
su incomprensible majestad se asienta;  
de muchos mil la inmensa y pesadumbre  
con su mano tal se rige y sustenta,  
sempiterno, infinito, omnipotente,  
invisible doquier, doquier presente. 325

»Y allá en la gran Jerusalén divina  
tal vez escucha en holocausto santo  
del querub que a sus pies la frente inclina.  
Voces que exhalan armonioso canto.  
La máquina sonora y cristalina 330  
del mundo rueda en derredor, en tanto,  
y entre aromas y gloria resplandores,  
recibe humilde adoración y amores.

»Santo, Santo, los ángeles le cantan;  
Hosana, Hosana, en las alturas suena, 335  
rayos de luz perfilan y brillantan  
nube de incienso y transparencia llena.  
Y con ella con murmullo se levantan,  
paz demandando a la mansión serena,  
las preces de los hombres en su duelo, 340  
y paz les vuelve y bendición el cielo.

»¿Es Dios tal vez el Dios de la venganza,  
y hierve el rayo en su irritada mano,  
y la angustia, el dolor, la muerte lanza  
al inocente que le implora en vano? 345  
¿Es Dios el Dios que arranca la esperanza,  
frívolo, injusto y sin piedad tirano,  
del corazón del hombre, y le encadena,  
y a eterna muerte al pecador condena?

»Embebido en su inmenso poderío, 350  
¿es Dios el Dios que goza en su hermosura,  
que arrojó el universo en el vacío,  
leyes le dio y abandonó su hechura?  
¿Fue vanidad del hombre y desvarío  
soñarse imagen de su imagen pura? 355  
¿Es Dios el Dios que en su eternal sosiego  
ni vio su llanto ni escuchó su ruego?

»¿Tal vez secreto espíritu del mundo,  
el universo anima y alimenta,  
y derramando su hálito fecundo 360  
alborota la mar y el cielo argenta,  
y a cuanto el orbe en su ámbito profundo  
tímido esconde o vanidoso ostenta,  
presta con su virtud desconocida  
alma, razón, entendimiento y vida? 365

»¿Y es Dios tal vez la inteligencia osada  
del hombre siempre en ansias insaciable,  
siempre volando y siempre aprisionada  
de vil materia en cárcel deleznable?  
¿A esclavitud eterna condenada 370  
a fiera lucha, a guerra interminable,  
tal vez estás, divinidad sublime,  
que otra divinidad de inercia oprime?

»¿Y es en su vida el universo entero  
ilimitado campo de pelea, 375

cada elemento un triste prisionero  
que su cadena quebrantar desea,  
y ardes en todo, espíritu altanero,  
lumbre matriz, devoradora tea,  
como el que oculto, misterioso aliento, 380  
mueve la mar con loco movimiento?

»¿Cuándo tu guerra término tendrá  
y romperás tu lóbrega prisión?  
¿Su faz el universo cambiará?  
¿Crearé otros seres de inmortal blasón, 385  
o la muerte silencio te impondrá?

¿Volarás fugitivo a otra región,  
o, disipando la materia impura,  
el mundo inundarás de tu hermosura?

»-¿Quién sabe? Acaso yo soy 390  
el espíritu del hombre  
cuando remonta su vuelo  
a un mundo que desconoce,  
cuando osa apartar los rayos  
que a dios misterioso esconde, 395

y analizarle atrevido  
frente a frente se propone.  
Y entre tanto que impasibles  
giran cien mundos y soles  
bajo la ley que gobierna 400  
sus movimientos acordes,  
traspasa su estrecho límite  
la imaginación del hombre,  
jinete sobre las alas  
de mi espíritu veloces; 405  
y otra vez a mover guerra,  
alzar rebeldes pendones,  
y hasta el origen creador  
causa por causa recorre;  
y otra vez se hunde conmigo 410  
en los abismos, en donde  
en tiniebla y lobreguez  
maldice a su Dios entonces.

¡Ay!, su corazón se seca,  
y huyen de él sus ilusiones: 415  
delirio son engañoso  
sus placeres, sus amores,  
en su ciencia vanidad,  
y mentira sin sus goces.

¡Sólo es verdad su impotencia 420  
su amargura y sus dolores!

»Tú me engendraste mortal,  
y hasta me diste un nombre,  
pusiste en mí tus tormentos,  
en mi alma tus rencores, 425

en mi mente tu ansiedad,  
en mi pecho tus furoros,  
en mi labio tus blasfemias  
e impotentes maldiciones;  
me erigiste en tu verdugo, 430  
me tributaste temores,  
y entre Dios y yo partiste  
el imperio de los orbes.  
Y yo soy parte de ti  
soy ese espíritu insomne 435  
que te excita y se levanta  
de tu nada a otras regiones,  
con pensamientos de ángel,  
con mezquindades de hombre.  
    »Tú te agitas como el mar 440  
que alza sus olas enormes,  
humanidad, en oleadas  
por quebrantar tus prisiones.  
¿Y en vano será que empujes,  
que ondas con ondas agolpes, 445  
y de tu cárcel la linde  
con vehemente furia azotes?  
¿Será en vano que tu mente  
a otras esferas remontes,  
sin que los negros arcanos 450  
de vida y de muerte ahondes?  
¿Viajas tal vez hacia atrás?  
¿Adelante tal vez corres?  
¿Quizá una ley te subyuga?  
¿Quizá vas sin saber dónde? 455  
Las creencias que abandonas,  
los templos, las religiones  
que pasaron, y que luego  
por mentira reconoces,  
¿son quizá menos mentira 460  
que las que ahora te forjes?  
¿No serán tal vez verdades  
los que tú juzgas errores?  
    »Mas tú como yo, impulsada  
por una mano de bronces 465  
allá vas, y en vano, en vano  
descanso pides a voces;  
los siglos se precipitan,  
se hunden cien generaciones,  
piérdense imperios y pueblos, 470  
y el olvido los esconde;  
y tú allá vas, allá vas  
abandonada y sin norte,  
despeñada y de tropel  
y en aparente desorden; 475

y ora inundas la llanura,  
allanas luego los montes,  
¡no hay hondo abismo ni cielo  
que a descubrir no te arrojes!  
Pobre, ciega, loca, errante, 480  
aquí, sagaz, allí torpe,  
tú misma para ti misma  
todo arcano y confusiones.  
    »Y ya por senda trazada  
viajes sometida y dócil, 485  
y sigas crédula en paz  
las huellas de tus mayores;  
ya nuevas galas te vistas,  
ya de las antiguas mofes,  
y rebelde, de tus hierros 490  
muerdas ya los eslabones,  
yo siempre marchó contigo.  
Y ese gusano que roe  
tu corazón, es sombra  
que nubla tus ilusiones. 495  
Soy yo, el lucero caído,  
el ángel de los dolores,  
el rey del mal, y mi infierno  
es el corazón del hombre.  
Feliz mientras la esperanza, 500  
¡ay!, tus delirios adorne,  
infeliz cuando tu mente  
los recuerdos emponzoñen.  
Y a la mar sin rumbo fijo  
desesperado te arrojes; 505  
ni un astro te alumbrará,  
será en vano que a Dios nombres.  
Ora le reces sin fe,  
ora su enojo provoques.  
Sólo el huracán y el trueno. 510  
Responderán a tus voces.  
Sin hallar puerto ni playa  
por más que anhelante bogues.  
Y al fin la materia muere;  
pero el espíritu ¿adónde 515  
volará? ¿Quién sabe? ¡Acaso  
jamás sus cadenas rompe!»  
Dijo, y la ígnea luminosa frente  
dejó caer desesperado y triste,  
y corrió de sus ojos larga fuente 520  
de emponzoñadas lágrimas: profundo  
silencio en torno dominó un momento;  
luego en aéreo modulado acento  
cien moros resonaron,  
    y allá en el aire en confusión cantaron 525

CORO 1.º

Genios, venid, venid  
vuestro mal con el hombre a repartir.

CORO 2.º

Ya la esperanza a los hombres  
para siempre abandonó,  
los recuerdos son tan sólo 530  
pasto de su corazón.

CORO 3.º

Nosotros, genios del mal,  
aunque en nosotros no cree,  
somos su Dios, condenado  
nuestro influjo a obedecer. 535

CORO 1.º

Genios, venid, venid  
vuestro mal con el hombre a repartir.

UNA VOZ

Yo turbaré sus amores,  
disiparé su ilusión,  
atizaré sus rencores, 540  
y haré eternos sus dolores  
mal llagado el corazón.

VOZ 2.<sup>a</sup>

Yo confundiré a sus ojos  
la mentira y la verdad.  
Y la ciencia y los sucesos 545

su mente confundirán.

VOZ 3.<sup>a</sup>

Marchitaré la hermosura,  
rugaré la juventud;  
el alma que nació pura  
renegará la virtud, 550  
maldecirá de su hechura.

VOZ 4.<sup>a</sup>

Yo haré dudar del cariño  
que muestra al tímido niño  
el corazón maternal;  
y haré vislumbre al través 555  
del amor el interés  
como su vil manantial.

VOZ 5.<sup>a</sup>

Una barra de oro  
su Dios será.  
La avaricia del hombre 560  
la adorará:  
viles pasiones  
gobernarán tan sólo  
sus corazones.  
Genios, venid, venid 565  
nuestro mal con el hombre a repartir.

VOZ 6.<sup>a</sup>

Mi lanza impávida  
derribará  
ese Dios mísero  
de vil metal. 570  
Sobre sus aras  
me asentaré,  
y esclavo al hombre  
dominaré.  
Genios, venid, venid 575

y esos esclavos a mi carro uncid.

#### VOZ 7.<sup>a</sup>

Yo romperé las cadenas,  
daré paz y libertad,  
y abriré un nuevo sendero  
a la errante humanidad. 580

#### CORO

¡Quién sabe! ¡Quién sabe!  
Quizá sueños son,  
mentidos delirios,  
dorada ilusión.  
Genios, venid, venid 585  
nuestro mal con el hombre a repartir.

#### EL POETA

Como nubes que en negra tormenta  
precipita violento huracán,  
y en confuso montón apiñadas,  
de tropel y siguiéndose van, 590  
y visiones y horrendos fantasmas,  
monstruos raros de formas sin fin,  
y palacios, ciudades y templos,  
nuestros ojos figuran allí;  
y entre masas espesas de polvo 595  
desaparece la tierra tal vez,  
cual gigante cadáver que cubre  
vil mortaja de lienzo soez;  
como zumba sonante a lo lejos  
el doliente rugido del mar, 600  
cuando rompe en las rocas sus olas,  
fatigadas de tanto luchar;  
y la brisa en la noche serena  
en sus ráfagas trae la canción,  
que al compás de los remos entona, 605  
mar adentro quizá un pecador.  
Así, en turbio veloz remolino  
el diabólico ejército huyó;  
vagarosas pasaron sus sombras,  
y el crujir de sus alas sonó. 610



Y en el yermo fantástico espacio,  
largo tiempo se oyó su cantar,  
y a lo lejos el flébil quejido  
poco a poco armonioso espirar.

Embargada y absorta la mente, 615  
en incierto delirio quedó,  
y abrumada sentí que mi frente  
un torrente de lava quemó.

Y en mi loca falaz fantasía  
sus clamores y cánticos oí, 620  
y el tumulto y su inquieta porfía  
encerrado en mí mismo sentí.

Así al son agudo de bélica trompa,  
y al compás del golpe que marca el tambor,  
brioso en alarde y magnífica pompa, 625  
en orden desfila guerrero escuadrón.

Y espadas, fusiles, caballos, cañones  
pasan, y los ojos en confuso ven  
brillar aún las armas, ondear los pendones.  
Fantásticas plumas del viento al vaivén, 630

relumbrar corazas, y el polvo y la gente,  
ya se oye a lo lejos un vago rumor,  
y queda en su encanto suspensa la mente,  
y oír y ver piensa después que pasó.

Mas ya del primer albor 635  
la luz pura tiñe el cielo,  
y al naciente resplandor,  
naturaleza su velo  
pinta con vario color.

Ya se esparce por el mundo 640  
un armonioso contento,  
un confuso movimiento,  
que en pensamiento profundo  
suspende el entendimiento.

¿Es verdad lo que ver creo? 645  
¿Fue un ensueño lo que vi  
en mi loco devaneo?  
¿Fue verdad lo que fingí?  
¿Es mentira lo que veo?

## Canto I

Sobre una mesa de pintado pino  
melancólica luz lanza un quinqué,

y un cuarto ni lujoso ni mezquino  
a su reflejo pálido se ve.  
Suenan las doce en el reloj vecino 5  
y el libro cierra que anhelante lé  
un hombre ya caduco, y cuenta atento  
de cansado reloj el golpe lento.

Carga después sobre la diestra mano  
la ya rugosa y abrumada frente, 10  
y un pensamiento fúnebre, tirano,  
fija y domina, al parecer, su mente.  
Borrarlo intenta en su ansiedad en vano;  
vuelve a leer, y en tanto, que obediente  
se somete su vista a su porfía 15  
lánzase a otra región su fantasía.

«¡Todo es mentira y vanidad, locura!»  
Con sonrisa sarcástica exclamó;  
y en la silla tomando otra postura,  
de golpe el libro y con desdén cerró. 20  
Lóbrega tempestad su frente oscura  
en remolinos densos anubló;  
y los áridos ojos quemó luego  
una sangrienta lágrima de fuego.

«¡Ay!, para siempre, dijo, la ufanía. 25  
¡Pasó ya de la hermosa juventud,  
la música del alma y melodía,  
los sueños de entusiasmo y de virtud...!  
Pasaron, ¡ay!, las horas de alegría.  
Y abre su seno hambriento el ataúd, 30  
y único porvenir, sola esperanza.  
La muerte, a pasos de gigante avanza.

»¿Qué es el hombre? Un misterio. ¿Qué es la vida?  
¡Un misterio también...! Corren los años  
su rápida carrera, y escondida 35  
la vejez llega envuelta en sus engaños.  
Vano es llorar la juventud perdida,  
vano buscar remedio a nuestros daños.  
Un sueño es lo presente de un momento,  
¡muerte es el porvenir, lo que fue, un cuento...! 40

»Los siglos a los siglos se atropellan,  
los hombres a los hombres se suceden,  
en la vejez sus cálculos se estrellan,  
su pompa y glorias a la muerte ceden.  
La luz que sus espíritus destellan 45  
muere en la niebla que vencer no pueden,  
¡y es la historia del hombre y su locura  
una estrecha y hedionda sepultura!

»¡Oh!, si el hombre tal vez lograr pudiera  
ser para siempre joven e inmortal, 50  
y de la vida el sol le sonriera  
¡eterno de la vida el manantial!

¡Oh!, como entonces venturoso fuera.  
Roto un cristal, alzarse otro cristal  
de ilusiones sin fin contemplaría, 55  
claro y eterno sol de un bello día.

»Necio, dirán, tu espíritu altanero.  
¿Dónde te arrastra, que insensato quiere  
en un mundo infeliz, perecedero,  
vivir eterno mientras todo muere? 60  
¿Qué hay inmortal, ni aun firme y duradero?  
¿Qué hay que la edad con su rigor no altere?  
¿No lo ves que todo es humo, y polvo y viento?  
¡Loco es tu afán, inútil tu lamento...!»

Todos más de una vez hemos pensado 65  
como el honrado viejo en este punto;  
y mucho nuestros frailes han hablado,  
y Séneca y Platón sobre el asunto.  
Yo, por no ser prolijo ni cansado  
(que ya impaciente a mi lector barrunto) 70  
diré que al cabo, de pensar rendido,  
tendióse el viejo y se quedó dormido.

Tal vez será debilidad humana  
irse a dormir a lo mejor del cuento,  
y cortado dejar para mañana 75  
el hilo que anudaba el pensamiento.  
Dicen que el sueño del olvido mana  
blando licor que calma el sentimiento,  
mas ¡ay!, que a veces fijo en una idea,  
¡bárbaro en nuestro llanto se recrea! 80

Quedóse en su profundo sueño, y luego  
una visión. -¡Visión!, frunciendo el labio,  
oigo que clama, de despecho ciego,  
un crítico feroz. -¡Perdona, oh sabio!  
Sabio sublime, espérame, te ruego; 85  
y yo te juro por mi honor, ¡oh Fabio...!  
Si no es Fabio tu nombre, en este instante  
a dártelo me obliga el consonante;

juro que escribo para darte gusto  
a ti solo, y al mundo entero enojo, 90  
un libro en que a Aristóteles me ajusto  
como se ajusta la pupila al ojo.  
Mis reflexiones sobre el hombre justo  
que sirve a su razón, nunca a su antojo,  
publicaré después para que el mundo 95  
mejor se vuelva, ¡oh crítico profundo!

Que yo bien sé que el mundo no adelanta  
un paso más en su inmortal carrera,  
cuando algún escritor, como yo, canta  
lo primero que le salta en su mollera, 100  
pero no es eso lo que más me espanta,  
ni lo que acaso espantará a cualquiera

terco escribo en mi loco desvarío  
sin ton ni son, y para gusto mío.

La zozobra de alma enamorada, 105  
la dulce vaguedad del sentimiento,  
la esperanza de nubes rodeada,  
de la memoria el dolorido acento,  
los sueños de la mente arrebatada,  
la fábrica del mundo y su portento, 110  
sin regla ni compás canta mi lira.  
¡Sólo mi ardiente corazón me inspira!

Y a la extraña visión volviendo ahora  
que al triste viejo apareció en su sueño  
(que algunas veces cuando el alma llora, 115  
la muerte en consolarnos pone empeño,  
y bienes y delirios atesora

que hacen más duro, al despertar, el ceño  
de la suerte fatal que en esta vida  
nos persigue con alma empedernida), 120

es fama que soñó... Y he aquí una prueba  
de que nunca el espíritu reposa,  
y esto otra vez a digresar me lleva  
de la historia del viejo milagrosa;  
y a nadie asombre que a afirmar me atreva 125  
que siendo al alma la materia odiosa,  
aquí para vivir en santa calma,  
o sobra la materia, o sobra el alma.

Quiere aquélla el descanso, y en el lodo  
nos hunde perezosa y encenaga; 130  
esta presume adivinarlo todo,  
y en la región del infinito vaga.

Flojo, torpe, a traspiés como un beodo  
que con sueños su mente el vino estraga,  
la materia al espíritu obedece 135  
hasta que, yerta al fin, cede y fallece.

Llaman pensar así, filosofía,  
y al que piensa, filósofo, y ya siento  
haberme dedicado a la poesía  
con tan raro y profundo entendimiento. 140

Yo con erudición ¡cuánto sabría...!  
Mas vuelta a la visión y vuelta al cuento.  
Aunque ahora, que un sastre es esprit fort,  
no hay ya visión que nos inspire horror.

Más me valiera el campo lisonjero 145  
correr de la política, y revista  
pasar con tanto sabio y financiero,  
bibliógrafo, letrado y alquimista,  
orador, diplomático, guerrero,  
filósofo, erudito y periodista. 150  
¡Que honran el siglo; espléndidos varones,  
dicha no, pero honor de las naciones!

Y mucho más sin duda me valiera,  
que no andar por el mundo componiendo,  
de niño haber seguido una carrera 155  
de más provecho y de menor estruendo;  
que, si no sabio, periodista fuera,  
que es punto menos; mas ¡dolor tremendo!,  
mis estudios dejé a los quince años,  
¡y me entregué del mundo a los engaños! 160

¡Oh padres! ¡Oh tutores! ¡Oh maestros!  
¡Los que educáis la juventud sencilla!  
Sigam senda mejor los hijos vuestros  
donde la antorcha de las ciencias brilla.  
Tenderos ricos, abogados diestros, 165  
del foro y de la bolsa maravilla,  
pueden ser, y si no, sean diputados  
graves, serios, rabiosos, moderados.

Y si llega a ministro el tierno infante,  
llanto de gozo, ¡oh padres!, derramad 170  
al contemplarle demandar triunfante  
a las Cortes un bill de indemnidad.  
Perdón, lector, mi pensamiento errante,  
flota en medio a la turbia tempestad  
de locas reprehensibles digresiones. 175  
¡Siempre juguete fui de mis pasiones!

Por la inerte materia, vaga incierta  
el alma en nuestra fábrica escondida,  
a otra vida durmiendo nos despierta,  
vida inmortal, a un punto reducida, 180  
de la esperanza la sabrosa puerta  
el espíritu abre, y la perdida  
memoria renovando, allí en un punto  
cuando fue, es y será, presenta junto.

¿Será que el alma su inmortal esencia 185  
entre sueños revela, y desatada  
del tiempo y la medida su existencia,  
la eternidad formula a la espantada  
mente oscura del hombre? ¡Oh ciencia! ¡Oh ciencia  
tan grave, tan profunda y estirada! 190  
Vergüenza ten y permanece muda.  
¿Puedes tú acaso resolver mi duda?

Duerme entretanto el venerable anciano,  
mientras que yo discurro sin provecho:  
figuras mil en su delirio insano 195  
fingiendo en torno a su encantado lecho.  
El sueño si invisible y grave mano  
posando silencioso sobre el pecho  
formas de luz y de color sombrío  
arroja al huracán del desvarío. 200

Y como el polvo en nubes que levanta  
en remolinos rápidos el viento,

formas sin forma, en confusión que espanta,  
alza el sueño en su vértigo violento:  
del vano reino el límite quebranta 205  
vago escuadrón de imágenes sin cuento,  
y otros mundos al viejo aparecían,  
y esto los ojos de su mente vían.

En lóbrego abismo que sombras eternas  
envuelven en densa tiniebla y horror, 210  
do reina un silencio que nunca se altera,  
y ahuyenta el olvido del mundo el rumor,  
con lástima y pena, mirando al anciano,  
vaporosa sombra de un lejano bien,  
de vagos contornos confusa figura 215  
cual bello cadáver, se alzó una mujer:  
y oyóse enseguida lánguida armonía  
música süave, y luego una voz  
cantó, que el oído no la percibía  
sino que tan sólo la oyó el corazón. 220

Débil mortal no te asuste  
mi oscuridad ni mi nombre;  
en mi seno encuentra el hombre  
un término a su pesar.  
Yo compasiva le ofrezco 225  
lejos del mundo un asilo,  
donde a mi sombra tranquilo  
para siempre duerma en paz.  
Isla yo soy de reposo  
en medio el mar de la vida, 230  
y el marino allí olvida  
la tormenta que pasó.  
Allí convidan al sueño  
aguas puras sin murmullo,  
allí se duerme al arrullo 235  
de una brisa sin rumor.  
Soy melancólico sauce  
que su ramaje doliente  
inclina sobre la frente  
que arrugara el padecer; 240  
y duerme al hombre, y sus sienas  
con fresco jugo rocía,  
mientras el ala sombría  
bate el olvido sobre él.  
Soy la virgen misteriosa 245  
de los últimos amores,  
y ofrezco un lecho de flores  
sin espinas ni color,  
y amante doy mi cariño  
sin vanidad ni falsía; 250  
no doy placer ni alegría:

mas es eterno mi amor.  
En mí la ciencia enmudece,  
en mí concluye la duda,  
y árida, clara, desnuda 255  
enseño yo la verdad;  
y de la vida y la muerte  
al sabio muestro el arcano  
cuando al fin abre mi mano  
la puerta a la eternidad. 260  
Ven y tu ardiente cabeza  
entre mis manos reposa;  
tu sueño, madre amorosa,  
eterno regalaré.  
Ven, yace para siempre 265  
en blanca cama mullida,  
donde el silencio convida  
al reposo y al no ser.  
Deja que inquieten al hombre,  
que loco al mundo se lanza, 270  
mentiras de la esperanza  
recuerdos del bien que huyó:  
mentira son sus amores,  
mentira son sus victorias,  
y son mentira sus glorias 275  
y mentira su ilusión.  
Cierre mi mano piadosa  
tus ojos al blando sueño,  
y empape suave beleño  
tus lágrimas de dolor. 280  
Yo calmaré tu quebranto  
y tus dolientes gemidos,  
apagando los latidos  
de tu herido corazón.

¿Visteis la luna reflejar serena 285  
entre las aguas de la mar sombría,  
cuando se calma nuestra amarga pena  
y siente el corazón melancolía?  
¿Y el mar que allá a lo lejos se dilata  
imagen de la oscura eternidad, 290  
y el horizonte azul bañado en plata  
rico dosel que desvanece el mar?  
¿Y de aura sutil que se desliza  
por las aguas, oísteis el murmullo,  
cuando las olas argentadas riza 295  
con blanca queja y con doliente arrullo?  
¿Y sentisteis tal vez un tierno encanto,  
una voz que regala al corazón,  
dulce, inefable y misterioso canto

de vago afán e incomprensible amor? 300

Blanca así la quimérica armonía  
sonó del melancólico cantar;  
vibraciones del alma y melodía  
de un corazón que fatigó el pesar.

Y la amorosa y pálida figura 305  
los amarillos brazos extendió,  
y sus lánguidos ojos de dulzura  
al triste viejo con piedad volvió.

Ojos sin luz que su mirada hiela,  
íntima, intensa el corazón domina. 310  
En densas sombras los sentidos vela,  
en mudo pasmo la razón fascina.

Coagularse su sangre el viejo siente  
poco a poco en sus venas con sabroso  
desmayo, y que se trueca su impaciente 315  
afán en un letargo vaporoso.

Entorpece sus miembros y embriaga  
su mente aquella mágica figura,  
la breve luz de su existencia apaga  
con su mirada de fatal ternura. 320

Sus labios besa con mortal anhelo  
cariñosa la pálida visión,  
y a las entrañas se desprende el hielo  
de sus áridos labios sin color.

Sus ojos fijos en los muertos ojos 325  
desvanecidos de mirar sentía,  
los rayos de su luz, yertos despojos  
que la mirada mágica absorbía.

Por su cuerpo un deleite serpeaba,  
sus nervios suavemente entumeciendo, 330  
y el espíritu dentro resbalaba,  
grato sopor y languidez sintiendo.

Ya su delgada, amarillenta mano,  
sobre su pecho a reposarla extiende,  
y exánime, mirándola el anciano, 335  
yerto e inmóvil su destino atiende.

Así al viajero fatigado, cuando  
el sueño los sentidos entorpece,  
las fuerzas poco a poco van faltando,  
y el cuerpo perezoso desfallece. 340

Y perdido en el áspera montaña,  
sobre la nieve desplomado cae,  
su juicio se devana y enmaraña,  
gratas visiones su desmayo trae;  
y lenta y muellemente adormecida 345  
la máquina mortal, lánguidamente  
bostezar torpe la ondulante vida  
entre los brazos de la muerte siente.

¿Será que consumida por los años



sienta placer la vida fatigada, 350  
en dejar de este mundo los engaños,  
el término al tocar de su jornada?

¿La trabazón de la materia inerte  
desatada, disuelto el cuerpo espira,  
y el espíritu, cerca ya la muerte, 355  
por la pérdida libertad suspira?

Rendido en tanto el moribundo anciano,  
con deleite la eterna paz espera;  
su mano estrecha la aterida mano  
que marca el fin de su vital carrera. 360

Cuando a otra parte con estruendo el suelo  
crujir y el muro de su estancia siente,  
y ven sus ojos un inmenso cielo  
desarrollarse en luz de oro candente.

Rico manto de lumbre y pedrería 365  
tachonado de soles a millares,  
olas de aljofarada argentería  
meciendo el aire en esparcidos mares.

Y un sol con otro sol que se eslabona  
en torno a una deidad orlan su frente, 370  
y los rayos de luz de su corona  
en un velo la envuelven trasparente.

Majestuosa, diáfana y radiante  
su hermosura, en su lumbre se confunde.  
Agitada columna coruscante, 375  
júbilo y vida por doquier difunde.

Eterno amor, inmarcesibles glorias,  
armas, coronas de oro y de laurel,  
triumfos, placeres, esplendor, victorias.  
Ilusiones, riquezas y poder. 380

Eterna vida, eterno movimiento,  
los sueños de la dulce poesía,  
el sonoro y quimérico concepto  
de la rica extasiada fantasía.

El eco blando del primer suspiro, 385  
la dulce queja del primer amor,  
la primera esperanza y el respiro,  
que pura exhala la amorosa flor.

La faz hermosa de la noche en calma  
y el son del melancólico laúd, 390  
los devaneos plácidos del alma,  
el sosiego y la paz de la virtud.

La santa dicha del hogar paterno,  
del amigo, la plática sabrosa,  
el blando sueño en el regazo tierno 395  
de la feliz, enamorada esposa.

El puro beso del alegre niño  
que en torno de sus padres juguetea,  
prenda de amor, emblema del cariño

en que el alma gozosa se recrea. 400

La fe, la religión, bálsamo suave  
que vierte en el espíritu consuelo,  
y de las ciencias el estudio grave  
que alza la mente a la región del cielo.

La máquina del mundo y su hermosura, 405  
que arrobado el espíritu contempla,  
la augusta soledad que la amargura  
tal vez del alma combatida templa.

De la pasión del goce turbulento,  
siguiendo atropellado a la esperanza, 410  
ligero tramo que arrebató el viento  
y despeñado a su ilusión se lanza.

El aplauso del mundo y la tormenta,  
y el afán y el horrísono vaivén,  
el noble orgullo y la ambición sangrienta 415  
de nombre avara y de esplendente prez.

Del tronante cañón del estampido,  
el lujo y el furor de la batalla,  
del corazón el bélico latido,  
que hace que hierva la abrasante malla. 420

El oro que famélico codicia  
el hombre, y en montones lo atesora,  
alimento infernal de la avaricia,  
que hambre más siente cuanto más devora.

La crápula, el escándalo y mareo 425  
de en vicios rica, estrepitosa orgía,  
el pudor resistiéndose al deseo,  
y mezclándose el vino en la porfía.

La alegre danza en movimiento blando,  
que orna voluptuosa liviandad, 430  
al goce, al apetito convidando  
con sus mórbidas formas la beldad.

Cuanto fingió e imaginó la mente,  
cuanto del hombre la ilusión alcanza,  
cuanto creara la ansiedad demente, 435  
cuanto acaricia en sueños la esperanza;

la radiante visión maravillosa  
brinda con mano pródiga en montón,  
y en óptica ilusoria y prodigiosa  
pasar el viejo ante sus ojos vio. 440

Y entre aplausos y músicas, y estruendo,  
y de ella en pos la humanidad entera  
y en torno de ella armónica volviendo  
en giro eterno la argentada esfera.

Suenan voces y cánticos sonoros, 445  
que el aire en ecos derramados hienden,  
y ángeles mil en matizados coros  
el aire rasgan y el fulgor lo encienden.

Y una voz como ráfaga de viento,

palpitando de vida y de armonía 450  
sobre el vario, magnífico concepto,  
así cantando resonar se oía:

-«¡Salve, llama creadora del mundo,  
lengua ardiente de eterno saber;  
puro germen, principio fecundo 455  
que encadenas la muerte a tus pies!

Tú la inerte materia espoleas,  
tú las ordenas juntarse y vivir,  
tú su lodo modelas, y creas  
miles seres de formas sin fin, 460

desbarata tus obras en vano  
vencedora la muerte tal vez,  
de sus restos levanta tu mano  
nuevas obras triunfante otra vez.

Tú la hoguera del sol alimentas, 465  
tú revistes los cielos de azul,  
tú la luna en las sombras argentas,  
tú coronas la aurora de luz.

Gratos ecos al bosque sombrío,  
verde pompa a los árboles das, 470  
melancólica música al río,  
ronco grito a las olas del mar.

Tú el aroma en las flores exhalas,  
en los valles suspiras de amor,  
tú murmuras del aura en las alas, 475  
en el Bóreas retumba tu voz.

Tú derramas el oro en la tierra  
en arroyos de hirviente metal,  
tú abrillantas la perla que encierra  
en su abismo profundo la mar. 480

Tú las cárdenas nubes extiendes,  
negro manto que agita aquilón,  
con tu aliento los aires enciendes,  
tus rugidos infunden pavor.

Tú eres pura simiente de vida, 485  
manantial sempiterno de bien,  
luz del mismo Hacedor desprendida,  
juventud y hermosura es tu ser.

Tú eres fuerza secreta que el mundo  
en sus ejes impulsa a rodar; 490  
sentimiento armonioso y profundo  
de los orbes que anima tu faz.

De tus obras los siglos que vuelan  
incansables artífices son,  
que el espíritu ardiente cincelan 495  
y embellecen la estrecha prisión.

Tú en violento, veloz torbellino,  
los empujas enérgica, y van;  
y adelante en tu raudo camino

a otros siglos ordenas llegar. 500

Y otros siglos ansiosos se lanzan,  
desaparecen y llegan sin fin,  
y en su eterno trabajo se alcanzan,  
y se arrancan sin tregua el buril.

Y afanosos sus fuerzas emplean 505  
en tu inmenso taller sin cesar.  
Y en la tosca materia golpean,  
y redobla el trabajo su afán.

De la vida en el hondo oceano  
flota el hombre en perpetuo vaivén, 510  
y derrama abundante tu mano  
la creadora semilla en su ser.

Hombre débil, levanta la frente  
por tu labio en su eterno raudal,  
tú serás como el sol en Oriente, 515  
tú serás como el mundo, inmortal.»

Calló la voz, y el armonioso coro  
y el estruendo y la música siguió,  
y repitiendo el cántico sonoro,  
turbas inmensas pasan en motón. 520

Sus alas lanzan luminosa estela,  
como la nave en la serena mar,  
y entre su viva luz la luz riela  
más pura de la imagen inmortal.

Cruzando va cual fulgurante tromba 525  
su cortejo magnífico en redor,  
y el viento rompe cual lanzada bomba  
sobre otros soles desprendido sol.

Atónito la faz alza el anciano,  
como el que vuelve en sí en el ataúd, 530  
con ansia, angustia y con delirio insano,  
aire buscando y anhelando luz.

Que en el regazo del no ser dormido,  
el alto estruendo en su estupor sintió,  
el intrépido canto hirió su oído, 535  
y súbito sus nervios sacudió.

Y el yerto brazo de la sombra fría  
que vierte al corazón hielo mortal,  
aparta con afán en su agonía,  
volar ansiando a la gentil deidad. 540

Y entrambos brazos con anhelo tiende,  
atento el canto animador escucha,  
de la visión de muerte se desprende,  
y por moverse y levantarse lucha.

Los ojos abre al resplandor inciertos, 545  
la luz buscando que su luz excita,  
siente grato calor sus miembros muertos,

con nuevo ardor su corazón palpita.

La sangre hierve en las hinchadas venas,  
siente volver los juveniles bríos, 550  
y ahuyentan de su frente albas serenas  
los pensamientos de la edad sombríos,  
y desprendidas ráfagas de lumbre  
su cuerpo bañan y su sien circundan;  
torrentes mil de la argentada cumbre, 555  
vertiendo vida, en su esplendor la inundan.

Y bajando la diosa encantadora,  
mecida en olas de encendido viento,  
en torno de él la tropa voladora  
esparce juventud y movimiento. 560

Y su rostro se pinta de hermosura,  
viste su corazón la fortaleza.  
Brilla en su frente juvenil tersura,  
negros rizos coronan su cabeza.

El alma en su mirar se transparente, 565  
mirar sereno, vívido y ardiente,  
y su robusta máquina alimenta  
la eterna llama que en el pecho siente.

Contra su seno la deidad le abraza,  
y en su velo le envuelve y le ilumina, 570  
y a su ruina y su destino enlaza  
el destino del mundo y su ruina.

Tú los siglos hollarás,  
sonó la voz de la altura,  
pasar los hombres verás, 575  
del mundo la edad futura  
como el mundo correrás.

El sol que hoy nace en Oriente  
y que ilumina tu frente,  
pasarán edades cien, 580  
y cual hoy resplandeciente  
la iluminará también.

El crudo invierno sombrío,  
del pintado abril las flores,  
las galas del bosque umbrío, 585  
los rigurosos calores  
de los meses del estío  
pasarán, y contarás  
hora a hora y mes a mes,  
y un año y otro verás, 590  
y un siglo y otro después,  
sin que se acabe jamás.

Y eternamente bogando,  
y navegando contino,  
sin hallar descanso, andando 595  
irás siempre, caminando,  
sin acabar tu camino.

Y los siglos girarán  
en perpetuo movimiento,  
las naciones morirán, 600  
y se escuchará tu acento  
en los siglos que vendrán.

Pero si acaso algún día  
lloras tal vez tu orfandad,  
y al cielo clamas piedad, 605  
y en lastimosa agonía  
maldices tu eternidad,  
acuérdate que tú fuiste  
el que fijó tu destino,  
que ser inmortal pediste, 610  
y arrojarte al torbellino  
de las edades quisiste.

Y que el mundo te dará  
cuanto el mundo en sí contiene,  
que tuyo el mundo será, 615  
y ya para ti previene  
cuanto ha tenido y tendrá.

En tanto el luciente coro  
repitió luego el cantar,  
y remontándose al cielo, 620  
la luz plegándose va  
entre nubes de oro y nácar  
que esconden a la deidad,  
y las voces en los aires  
perdidas se escuchan ya 625  
allá en lejana armonía  
como un eco resonar.

«Y que el mundo te dará  
cuanto el mundo en sí contiene,  
que tuyo el mundo será, 630  
y ya para ti previene  
cuanto ha tenido y tendrá.»

Dicha es soñar cuando despierto sueña  
el corazón del hombre su esperanza,  
su mente halaga la ilusión risueña, 635  
y el bien presente al venidero alcanza.  
Y tras la aérea y luminosa enseña  
del entusiasmo, el ánimo se lanza  
bajo un cielo de luz y de colores,  
campos pintando de fragantes flores. 640

Dicha es soñar, porque la vida es sueño,  
lo que fingió tal vez la fantasía,  
cuando embriagada en lánguido beleño

a las regiones del placer nos guía.  
Dicha es soñar, y el riguroso ceño 645  
no ver jamás de la verdad impía.  
Dicha es soñar y en el mundano ruido  
vivir soñando y existir dormido.

Y un sueño a la verdad pasa la vida,  
sueño al principio de dorada lumbre, 650  
senda de flores mil fácil subida  
que a un monte lleva de lozana cumbre;  
después vereda áspera y torcida,  
monte de insuperable pesadumbre,  
donde cansada de una en otra breña, 655  
llora la vida y lo pasado sueña.

Sueños son los deleites, los amores,  
la juventud, la gloria y la hermosura;  
sueños las dichas son, sueños las flores,  
la esperanza, el dolor, la desventura. 660  
Triunfos, caídas, bienes y rigores  
el sueño son que hasta la muerte dura,  
y en cierto y continuo movimiento  
agita al ambicioso pensamiento.

Siento no sea nuevo lo que digo 665  
que el tema es viejo y la palabra rancia,  
y es trillado sendero el que ahora sigo,  
y caminar por él ya es arrogancia.  
En la mente, lector, se abre un postigo,  
sale una idea y el licor escancia 670  
que brota el labio y que la pluma vierte,  
y en palabra y frases se convierte.

Nihil novum sub sole, dijo el sabio,  
nada hay nuevo en el mundo: harto lo siento.  
Que, como dicen vulgarmente, rabio 675  
yo por probar un nuevo sentimiento.  
Palabras nuevas pronunciar mi labio,  
renovado sentir mi pensamiento,  
ansío, y girando en dulce desvarío,  
ver nuevo siempre el mundo en torno mío. 680

Uniforme, monótono y cansado  
es sin duda este mundo en que vivimos.  
En Oriente de rayos coronado,  
el sol que vemos hoy, ayer le vimos.  
De flores vuelve a engalanarse el prado, 685  
vuelve el otoño pródigo en racimos,  
y tras los hielos del invierno frío,  
coronado de espigas el estío.

¿Y no habré yo de repetirme a veces,  
decir también lo que otros ya dijeron, 690  
a mí a quien quedan ya sólo las heces  
del rico manantial en que bebieron?  
¿Qué habré yo de decir que ya con creces

no hayan dicho tal vez los que murieron,  
Byron y Calderón, Shakespeare, Cervantes, 695  
y otros tantos que vivieron antes?

¿Y aún asimismo acertaré a decirlo?  
¿Saldré de tanto enredo en que me he puesto?  
¿Ya que en mi cuento entré, podré seguirlo,  
y el término tocar que me he propuesto? 700  
Y aunque en mi empeño logre concluirlo,  
¿a ti no te será nunca molesto,  
¡oh caro comprador!, que con zozobra  
imploro en mi favor, comprar mi obra?

Nada menos te ofrezco que un poema 705  
con lances raros y revuelto asunto,  
de nuestro mundo y sociedad emblema,  
que hemos de recorrer punto por punto.  
Si logro yo desenvolver mi tema,  
fiel traslado ha de ser, cierto trasunto 710  
de la vida del hombre y la quimera  
tras de que va la humanidad entera.

Batallas, tempestades, amoríos,  
por mar y tierra, lances, descripciones  
de campos y ciudades, desafíos, 715  
y el desastre y furor de las pasiones;  
goces, dichas, aciertos, desvaríos,  
con algunas morales reflexiones  
acerca de la vida y de la muerte,  
de mi propia cosecha, que es mi fuerte. 720

En varias formas, con diverso estilo,  
en diferentes géneros, calzando  
ora el coturno trágico de Esquilo,  
ora la trompa épica sonando;  
ora cantando plácido y tranquilo, 725  
ora en trivial lenguaje, ora burlando,  
conforme esté mi humor, porque a él me ajusto  
y allá van versos donde va mi gusto.

Verás, lector, a nuestro humilde anciano,  
que inmortal de su lecho se levanta, 730  
lanzarse al mundo de su dicha ufano,  
rico de la esperanza que le encanta.  
Verás luego también... Pero ¿a qué en vano  
me canso en ofrecerte empresa tanta,  
si hasta que el uno al otro nos cansemos, 735  
tú y yo en compañía caminando iremos?

Más vale prometerte poco ahora,  
y algo después cumplirte, lector mío,  
no empiece yo con voz atronadora,  
y luego acabe desmayado y frío; 740  
no una altiva columna vencedora  
que jamás rinda con su planta, impío  
el tiempo destructor, alzar intento;



yo con pasar mi tiempo me contento.

No es dado a todos alcanzar la gloria 745  
de alzar un monumento suntüoso,  
que eternice a los siglos la memoria  
de algún hecho pasado grandioso;  
quédele tanto el que escribió la historia  
de nuestro pueblo, al escritor lujoso, 750  
al conde que del público tesoro  
se alzó a sí mismo un monumento de oro.

Al que supo, erigiendo un monumento  
(que tal le llama en su modestia suma)1  
premio dar a su gran merecimiento, 755  
y en pluma de oro convertir su pluma,  
al ilustre asturiano, al gran talento,  
flor de la historia y de la hacienda espuma;  
al necio audaz de corazón de cieno.

A quien llaman el Conde de Toreno. 760  
¡Oh gloria! ¡Oh gloria! ¡Lisonjero engaño  
que a tanta gente honrada precipitas!  
Tú al mercader pacífico en extraño  
guerrero truecas, y a lidiar le excitas;  
su rostro vuelves bigotudo, huraño, 765  
con entusiasmo militar le agitas,  
y haces que sea su mirada horrenda  
susto de su familia y de su tienda.

Tú, al que otros tiempos acertaba apenas  
a escribir con fatigas una carta, 770  
animas a dictar páginas llenas  
de verso y prosa en abundante sarta.  
Político profundo en sus faenas,  
folletos traza, artículos ensarta,  
suda y trabaja, y en manchar se emplea 775  
resmas para envolver alcaravea.

Otros, ¡oh gloria!, sin aliento vagan  
solícitos huyendo acá y allá,  
suponen clubs, y con recelo indagan  
cuándo el gobierno a aprisionarlos va; 780  
a éstos si los destierran, los halagan;  
nadie en ellos pensó ni pensará,  
y andan ocultos y mudando trajes,  
creyéndose terribles personajes.

Éstos por lo común son buena gente, 785  
son a los que llamamos infelices,  
hombres todo entusiasmo y poca mente,  
que no ven más allá de sus narices;  
raza que el pecho denodado siente  
antes que, ¡oh fiero mandarín!, atices 790  
uno de tus legales ramalazos,  
que les dobla ante el rey los espinazos.

Otros te siguen, engañosa gloria,

que allá en sus pueblos son pozos de ciencia,  
que creyéndose dignos de la historia, 795  
varones de gobierno y experiencia,  
ansiosos de alcanzar alta memoria  
o abusos corregir con su elocuencia,  
diputados al fin se hacen nombrar  
tontos de buena fe para callar. 800

Estos viven después desesperados,  
del ministro además desatendidos,  
en el mundo político ignorados,  
y del pueblo también desconocidos;  
andan en la cuestión extraviados, 805  
siempre sin tino, torpes los sentidos,  
donde a saber con pruebas tan acerbas,  
que pierden fuerzas en mudando yerbas.

A todos, gloria, tu perdón nos guía,  
y a todos nos excita tu deseo. 810  
Apellidarse socio ¿quién no ansía,  
y en las listas estar del Ateneo?  
¿Y quién, aficionado a la poesía,  
no asiste a las reuniones del Liceo,  
do la luz brilla dividida en partes 815  
de tanto profesor de bellas artes?

Es cierto que allí van también profanos  
en busca de las lindas profesoras,  
hombres sin duda en su pensar livianos,  
que de todo hacen burla a todas horas, 820  
sin gravedad, de entendimiento vanos,  
gentes de natural murmuradoras,  
que se mofaran de Villena mismo<sup>2</sup>  
evocando los diablos del abismo.

Y yo, ¡pobre de mí!, sigo tu lumbre, 825  
también, ¡oh gloria!, en busca de renombre  
trepar ansiando al templo de tu cumbre,  
donde mi fama al universo asombre.  
Quiero que de tu rayo a la vislumbre  
brille grabado en mármoles mi nombre, 830  
y espero que mi busto adorne un día  
algún salón, café, o peluquería.

O el lindo tocador de alguna hermosa  
coronaré en figura de botella,  
lleno mi hueco vientre de olorosa 835  
agua que pula el rostro a la doncella;  
l'eau véritable de colonia y rosa  
el rótulo en francés dirá a mi huella,  
que de su vida al fin tanto blasón  
ha logrado alcanzar Napoleón. 840

En tanto ablanda, oh público severo,  
y muéstrame la cara lisonjera;  
esto le pido a Dios, y algún dinero,

mientras sigo en el mundo mi carrera;  
y porque fatigarte más no quiero, 845  
caro lector, al otro canto espera,  
el cual sin falta seguirá, se entiende,  
si éste te gusta y la edición se vende.

## Canto II

A Teresa (Descansa en paz).

Bueno es el mundo, ¡bueno!, ¡bueno!, ¡bueno!  
Como de Dios al fin obra maestra,  
por todas partes de delicias lleno,  
de que Dios al hombre hermosa muestra,  
salga la voz alegre de mi seno  
a celebrar esta vivienda nuestra;  
¡paz a los hombres!, ¡gloria en las alturas!  
¡Cantad en vuestra jaula, criaturas!

María, por DON MIGUEL DE LOS SANTOS ÁLVAREZ.

¿Por qué volvéis a la memoria mía,  
tristes recuerdos del placer perdido,  
a aumentar la ansiedad y la agonía  
de este desierto corazón herido?  
¡Ay!, que de aquellas horas de alegría, 5  
le quedó al corazón sólo un gemido  
y el llanto que al dolor los ojos niegan,  
¡lágrimas son de hiel que el alma anegan!  
¿Dónde volaron, ¡ay!, aquellas horas  
de juventud, de amor y de ventura, 10  
regaladas de músicas sonoras,  
adornadas de luz y de hermosura?  
Imágenes de oro bullidoras,  
sus alas de carmín y nieve pura,  
al sol de mi esperanza desplegado, 15  
pasaban, ¡ay!, a mi alrededor cantando.  
Gorjeaban los dulces ruiseñores,  
el sol iluminaba mi alegría,  
el aura susurraba entre las flores,  
el bosque mansamente respondía, 20  
las fuentes murmuraban sus amores.  
¡Ilusiones que llora el alma mía!,

¡oh!, ¡cuán süave resonó en mi oído  
el bullicio del mundo y su ruido!

Mi vida entonces cual guerrera nave 25  
que el puerto deja por la vez primera,  
y al soplo de los céfiros suave,  
orgullosa despliega su bandera  
y al mar dejando que a sus pies alabe  
su triunfo en roncós cantos, va velera, 30  
una ola tras otra bramadora  
hollando y dividiendo vencedora.

¡Ay!, en el mar del mundo, en ansia ardiente  
de mayor volaba, el sol de la mañana  
llevaba yo sobre mi tersa frente, 35  
y el alma pura de su dicha ufana.  
Dentro de ella el amor, cual rica fuente  
que entre frescuras y arboledas mana,  
brotaba entonces abundante río  
de ilusiones y dulce desvarío. 40

Yo amaba todo: un noble sentimiento  
exaltaba mi ánimo, y sentía  
en mi pecho un secreto movimiento,  
de grandes hechos generoso guía.  
La libertad con su inmortal aliento, 45  
santa diosa mi espíritu encendía,  
contino imaginando en mi fe pura  
sueños de gloria al mundo y de ventura.

El puñal de Catón, la adusta frente  
del noble Bruto, la constancia fiera 50  
y el arrojó de Scévola valiente,  
la doctrina de Sócrates severa,  
la voz atronadora y elocuente  
del orador de Atenas la bandera  
contra el tirano macedonio alzando, 55  
y al espantado pueblo arrebatando;

el valor y la fe de caballero,  
del trovador el arpa y los cantares,  
del gótico castillo, el altanero  
antiguo torreón, do sus pesares 60  
cantó tal vez con eco lastimero,  
¡ay!, arrancada de sus patrios lares,  
joven cautiva, al rayo de la luna,  
lamentando su ausencia y su fortuna.

El dulce anhelo del amor que aguarda, 65  
tal vez inquieto y con mortal recelo;  
la fortuna bella que cruzó gallarda,  
allá en la noche, entre el medroso velo.  
La ansiada cita que en llegar se tarda  
al impaciente y amoroso anhelo, 70  
la mujer y la voz de su dulzura,  
que inspira al alma celestial ternura;

a un tiempo mismo en rápida tormenta,  
mi alma alborotaban de contino,  
cual las olas que azota con violenta 75  
cólera, impetuoso torbellino.

Soñaba al héroe ya, la plebe atenta  
en mi voz escuchaba su destino;  
ya al caballero, al trovador soñaba,  
y de gloria y de amores suspiraba. 80

Hay una voz secreta, un dulce canto,  
que el alma sólo recogida entiende;  
un sentimiento misterioso y santo,  
que del barro al espíritu desprende:  
agreste, vago y solitario encanto 85  
que en inefable amor el alma enciende,  
volando tras la imagen peregrina  
el corazón de su ilusión divina.

Yo desterrado en extranjera playa,  
con los ojos extáticos seguía 90  
la nave audaz que argentada raya  
volaba al puerto de la patria mía.  
Yo cuando en Occidente el sol desmaya,  
solo y perdido en la arboleda umbría,  
oír pensaba el armonioso acento 95  
de una mujer al suspirar del viento.

¡Una mujer!, en el templado rayo  
de la mágica luna se colora,  
del sol poniente al lánguido desmayo,  
lejos entre las nubes se evapora. 100  
Sobre las cumbres que florece el mayo,  
brilla fugaz al despuntar la aurora,  
cruza tal vez por entre el bosque umbrío,  
juega en las aguas del sereno río.

¡Una mujer! Deslízase en el cielo 105  
allá en la noche desprendida estrella.  
Si aroma el aire recogió en el suelo,  
es el aroma que le presta ella,  
blanca es la nube que en callado vuelo  
cruza la esfera, y con su planta huella, 110  
y en la tarde la mar olas la ofrece  
de playa y de zafir donde se mece.

Mujer que amor en su ilusión figura,  
mujer que nada dice a los sentidos,  
ensueño de suavísima ternura, 115  
eco que regaló nuestros oídos;  
de amor la llama generosa y pura,  
los goces dulces del placer cumplidos,  
que engalana la rica fantasía,  
goces que avaro el corazón ansía; 120

¡ay!, aquella mujer, tan sólo aquélla,  
tanto delirio a realizar alcanza,

y esa mujer tan cándida y tan bella,  
es mentida ilusión de la esperanza.  
Es el alma que vívida destella 125  
tu luz al mundo cuando en él se lanza.  
Y el mundo con su magia y galanura  
es espejo no más de su hermosura.

Es el amor que al mismo amor adora,  
el que creó las sílfides y ondinas, 130  
la sacra ninfa que bordando mora  
debajo de las aguas cristalinas.  
Es el amor que recordando llora  
las arboledas del Edén divinas,  
amor de allí arrancado, allí nacido, 135  
que busca en vano aquí su bien perdido.

¡Oh llama santa!, ¡celestial anhelo!,  
¡sentimiento purísimo!, ¡memoria  
acaso triste de un perdido cielo,  
quizá esperanza de futura gloria! 140  
¡Huyes y dejas llanto y desconsuelo!  
¡Oh mujer!, ¡que en imagen ilusoria  
tan pura, tan feliz, tan placentera,  
brindó el amor a mi ilusión primera...!

¡Oh Teresa! ¡Oh dolor! Lágrimas mías, 145  
¡ah!, ¿dónde estáis que no corréis a mares?  
¿Por qué, por qué como en mejores días  
no consoláis vosotras mis pesares?  
¡Oh!, los que no sabéis las agonías  
de un corazón que penas a millares 150  
¡ay!, desgarraron, y que ya no llora,  
¡piedad tened de mi tormento ahora!

¡Oh!, ¡dichosos mil veces!, sí, dichosos,  
los que podéis llorar, y, ¡ay!, sin ventura  
¡de mí, que entre suspiros angustiosos 155  
ahogarme siento en infernal tortura!  
¡Retuércese entre nudos dolorosos  
mi corazón, gimiendo de amargura!  
También tu corazón hecho pavesa,  
¡ay!, llegó a no llorar ¡pobre Teresa! 160

¿Quién pensara jamás, Teresa mía,  
que fuera eterno manantial de llanto,  
tanto inocente amor, tanta alegría,  
tantas delicias, y delirio tanto?  
¿Quién pensara jamás llegase un día, 165  
en que perdido el celestial encanto,  
y caída la venda de los ojos,  
cuanto diera placer causara enojos?

Aún parece, Teresa, que te veo  
aérea como dorada mariposa, 170  
en sueño delicioso del deseo,  
sobre tallo gentil temprana rosa,

del amor venturoso devaneo,  
angélica, purísima y dichosa,  
y oigo tu voz dulcísima, y respiro 175  
tu aliento perfumado en tu suspiro.

Y aún miro aquellos ojos que robaron  
a los cielos su azul, y las rosadas  
tintas sobre la nieve, que envidiaron  
las de mayo serenas alboradas; 180  
y aquellas horas dulces que pasaron  
tan breves, ¡ay!, como después lloradas,  
horas de confianza y de delicias,  
de abandono, de amor y de caricias.

Que así las horas rápidas pasaban, 185  
y pasaba a la par nuestra ventura;  
y nunca nuestras ansias las contaban,  
tú embriagada en mi amor, yo en tu hermosura.  
Las horas, ¡ay!, huyendo nos miraban,  
llanto tal vez vertiendo de ternura, 190  
que nuestro amor y juventud veían,  
y temblaban las horas que vendrían.

Y llegaron en fin... ¡Oh!, ¿quién impío,  
¡ay!, agostó la flor de tu pureza?  
Tú fuiste un tiempo cristalino río, 195  
manantial de purísima limpieza;  
después torrente de color sombrío,  
rompiendo entre peñascos y maleza,  
y estanque, en fin, de aguas corrompidas,  
entre fétido fango detenidas. 200

¿Cómo caíste despeñado al suelo,  
astro de la mañana luminoso?  
Ángel de luz ¿quién te arrojó del cielo  
a este valle de lágrimas odioso?  
Aún cercaba tu frente el blanco velo 205  
del serafín, y en ondas fulgoroso,  
rayos al mundo tu esplendor vertía  
y otro cielo el amor te prometía.

Mas ¡ay!, que es la mujer ángel caído  
o mujer nada más y lodo inmundo, 210  
hermoso ser para llorar nacido,  
o vivir como autómata en el mundo.  
Sí, que el demonio en el Edén perdido,  
abrasara con fuego del profundo  
la primera mujer, y, ¡ay!, aquel fuego, 215  
la herencia ha sido de sus hijos luego.

Brota en el cielo del amor la fuente  
que a fecundar el universo mana,  
y en su tierra su límpida corriente  
sus márgenes con flores engalana. 220  
Mas ¡ay!, huid; el corazón ardiente  
que el agua clara por beber se afana,

lágrimas verterá de duelo eterno,  
que su raudal lo envenenó el infierno.

Huid, si no queréis que llegue un día 225  
en que enredado en retorcidos lazos  
el corazón, con bárbara porfía  
luchéis por arrancáoslo a pedazos;  
en que al cielo en histérica agonía  
frenéticos alcéis entrambos brazos, 230  
para en vuestra impotencia maldecirle,  
y escupiros, tal vez, al escupirle.

Los años, ¡ay!, de la ilusión pasaron  
las dulces esperanzas que trajeron  
con sus blancos ensueños se llevaron, 235  
y el porvenir de oscuridad vistieron.  
Las rosas del amor se marchitaron,  
las flores en abrojos convirtieron,  
y de afán tanto y tan soñada gloria,  
sólo quedó una tumba, una memoria. 240

¡Pobre Teresa!, ¡al recordarte siento  
un pesar tan intenso!... Embarga impío  
mi quebrantada voz mi sentimiento,  
y suspira tu nombre el labio mío;  
para allí su carrera el pensamiento, 245  
hiela mi corazón punzante frío  
ante mis ojos la funesta losa,  
donde vil polvo tu beldad reposa.

Y tú feliz, que hallaste en la muerte  
sombra a que descansar en tu camino, 250  
cuando llegabas mísera a perderte,  
y era llorar tu único destino.

¡Cuando en tu frente la implacable suerte  
grababa de los réprobos el sino!...  
¡Feliz!, la muerte te arrancó del suelo, 255  
y otra vez ángel te volviste al cielo.

Roída de recuerdos de amargura,  
árido el corazón, sin ilusiones,  
la delicada flor de tu hermosura  
ajaron del dolor los aquilones; 260  
sola, envilecida, y sin ventura,  
tu corazón secaron las pasiones;  
tus hijos, ¡ay!, de ti se avergonzaran,  
y hasta el nombre de madre te negaran.

Los ojos escaldados de tu llanto, 265  
tu rostro cadavérico y hundido;  
único desahogo en tu quebranto,  
el histérico, ¡ay!, de tu gemido.  
¿Quién, pudiera en infortunio tanto  
envolver tu desdicha en el olvido, 270  
disipar tu dolor y recogerte  
en su seno de paz? ¡Sólo la muerte!



¡Y tan joven y ya tan desgraciada!  
Espíritu indomable, alma violenta,  
en ti, mezquina sociedad, lanzada 275  
a romper tus barreras turbulenta;  
nave contra las rocas quebrantada,  
allá vaga, a merced de la tormenta,  
en las olas tal vez náufraga tabla,  
que sólo ya de sus grandezas habla. 280

Un recuerdo de amor que nunca muere  
y está en mi corazón; un lastimero  
tierno quejido que en el alma hiere,  
eco suave de su amor primero.  
¡Ay de tu luz en tanto yo viviere 285  
quedará un rayo en mí, blanco lucero,  
que iluminaste con tu luz querida  
la dorada mañana de mi vida!

Que yo, como una flor que en la mañana  
abre su cáliz al naciente día, 290  
¡ay!, al amor abrí tu alma temprana,  
y exalté tu inocente fantasía.  
Yo inocente también, ¡oh!, ¡cuán ufana  
al porvenir mi mente sonreía,  
y en alas de mi amor, con cuánto anhelo 295  
pensé contigo remontarme al cielo!

Y alegre, audaz, ansioso, enamorado,  
en tus brazos en lánguido abandono,  
de glorias y deleites rodeado,  
levantar para ti soñé yo un trono. 300  
Y allí, tú venturosa y yo a tu lado,  
vencer del mundo el implacable encono,  
y en un tiempo, sin horas ni medida,  
ver como un sueño resbalar la vida.

¡Pobre Teresa! Cuando ya tus ojos 305  
áridos ni una lágrima brotaban,  
cuando ya su color tus labios rojos  
en cárdenos matices cambiaban,  
cuando de tu dolor tristes despojos  
la vida y su ilusión te abandonaban, 310  
y consumía lenta calentura  
tu corazón al par de tu amargura.

Si en tu penosa y última agonía  
volviste a lo pasado el pensamiento,  
si comparaste a tu existencia un día 315  
tu triste soledad y tu aislamiento;  
si arrojó a tu dolor tu fantasía  
tus hijos, ¡ay!, en tu postrer momento,  
a otra mujer tal vez acariciando,  
madre, tal vez, a otra mujer llamando; 320  
si el cuadro de tus breves glorias viste  
pasar como fantástica quimera,

y si la voz de tu conciencia oíste  
dentro de ti gritándote severa;  
si en fin entonces tu llorar quisiste, 325  
y no brotó una lágrima siquiera  
tu seco corazón, y a Dios llamaste,  
y no te escuchó Dios, y blasfemaste;  
¡oh!, ¡cruel!, ¡muy cruel!, ¡martirio horrendo!  
¡Espantosa expiación de tu pecado! 330  
¡Sobre un lecho de espinas maldiciendo,  
morir, el corazón desesperado!  
¡Tus mismas manos de dolor mordiendo,  
presente a tu conciencia tu pasado,  
buscando en vano con los ojos fijos 335  
y extendiendo tus brazos a tus hijos!  
¡Oh!, ¡cruel!, ¡muy cruel!... ¡Ah!, yo entretanto  
dentro del pecho mi dolor oculto,  
enjuugo de mis párpados el llanto  
y doy al mundo el exigido culto. 340  
Yo escondo con vergüenza mi quebranto,  
mi propia pena con mi risa insulto,  
y me divierto en arrancar del pecho  
mi mismo corazón pedazos hecho.  
Gocemos sí; la cristalina esfera 345  
gira bañada en luz; ¡bella es la vida!  
¿Quién a parar alcanza la carrera  
del mundo hermoso que al placer convida?  
Brilla radiante el sol la primavera  
los campos pinta en la estación florida: 350  
truéquese en risa mi dolor profundo  
¡que haya un cadáver más qué importa al mundo!

### Canto III

«¡Cuán fugaces los años,  
¡ay!, se deslizan, Póstumo!», gritaba  
el lírico latino, que sentía  
cómo el tiempo cruel le envejecía,  
y el ánimo y las fuerzas le robaba. 5  
Y es triste a la verdad ver cómo huyen  
para siempre las horas, y con ellas  
las dulces esperanzas que destruyen  
sin escuchar jamás nuestras querellas.  
¡Fatalidad! ¡Fatalidad impía! 10  
Pasa la juventud, la vejez viene,  
¡y nuestro pie que nunca se detiene  
recto camina hacia la tumba fría!  
Así yo meditaba

en tanto me afeitaba 15  
esta mañana mismo, lamentando  
como mi negra cabellera riza,  
seca ya como cálida ceniza,  
iba por varias partes blanqueando;  
y un triste adiós mi corazón sentido 20  
daba a mi juventud, mientras la historia  
corría mi memoria  
del tiempo alegre por mi mal perdido,  
y un doliente gemido  
mi dolor tributaba a mis cabellos 25  
que canos se teñían,  
pensando que ya nunca volverían  
hermosas manos a jugar con ellos.  
¡Malditos treinta años,  
funesta edad de amargos desengaños! 30  
Perdonad, hombres graves, mi locura,  
vosotros los que veis sin amargura,  
como cosa corriente,  
que siga un año al año antecedente,  
y nunca os rebeláis contra el destino. 35  
¡Oh!, será un desatino,  
mas yo no me resigno a hallarme viejo  
al mirarme al espejo,  
y la razón averiguar quisiera  
que en este nuestro mundo misterioso, 40  
sin encontrar reposo,  
nos obliga a viajar de esta manera.  
Y luego las mujeres, todavía  
son mi dulce manía:  
ellas la senda de ásperos abrojos 45  
de la vida suavizan y coloran,  
¡y a las mujeres los llorosos ojos  
y los cabellos blancos no enamoran!  
¡Griegos liceos! ¡Célebres hospicios!  
(exclamaba también Lope de Vega 50  
llorando la vejez de su sotana)  
que apenas de haber sido dais indicios  
su morir del tiempo en la refriega,  
y ejemplo sois de la locura humana.  
¡Ah!, ¡no es extraño que el que a treinta llega 55  
llegue a encontrarse la cabeza cana!  
Adiós amores, juventud, placeres,  
adiós, vosotras, las de hermosos ojos,  
hechiceras mujeres,  
que en vuestros labios rojos 60  
brindáis amor al alma enamorada.  
Dichoso el que suspira  
y oye de vuestra boca regalada,  
siquiera una dulcísima mentira

en vuestro aliento mágico bañada. 65  
¡Ah!, para siempre adiós: mi pecho llora  
al deciros adiós ¡ilusión vana!

Mi tierno corazón siempre os adora,  
mas mi cabeza se me vuelve cana.

Coloraba en Oriente 70  
el sol resplandeciente  
los campos de zafir con rayos de oro,  
y su rico tesoro  
del faldellín de plata derramaba  
la aurora, y esmaltaba 75  
la esmeralda del prado con mil flores,  
brotando aromas y vertiendo amores,  
y llenaban el mundo de armonía.  
La mar serena y la arboleda umbría  
rizando aquéllas sus lascivas olas, 80  
y éstas las verdes copas ondeando,  
coronadas de vagas aureolas  
a los rayos del sol que se va alzando.

Y era el año cuarenta en que yo escribo  
de este siglo que llaman positivo; 85  
cuando el que viejo fue, por la mañana  
en vez de hallarse la cabeza cana  
y arrugada la frente,  
se encontró de repente  
joven al despertar, fuerte y brioso; 90  
y el antes fatigoso  
del triste corazón flaco latido,  
en vigoroso golpe convertido;  
y palpitantes, conteniendo apenas  
la hirviente sangre, las hinchadas venas. 95  
Y sintió nueva fuerza en los nervudos  
músculos, antes de calor desnudos,  
mientras en su agitada fantasía  
volando con locura el pensamiento,  
en vaga tropa imágenes sin cuento 100  
de oro y azul el porvenir traía.

El corazón henchido de esperanza,  
sin temor de mudanza  
mecida el alma en el placer futuro,  
el ánimo seguro 105  
tras su ilusión lanzándose a la gloria,  
y libre de recuerdos la memoria  
y el alma y todo nuevo.  
Todo esperanzas el feliz mancebo.

La nube más ligera 110  
no empañaba la atmósfera siquiera  
de su nuevo atrevido pensamiento;  
nuevo su sentimiento  
y pura y nueva su esperanza era;

a su espalda las aguas del olvido 115  
sus antiguos recuerdos se llevaron,  
y de la vida con raudal crecido  
correr el limpio manantial dejaron.

Y era el primer latido  
que daba el corazón, y era el primero 120  
pensamiento ligero  
que formaba la mente, y la primera  
nacarada ilusión del alma era.

Sus ojos a mirar no se volvían  
los recuerdos que huían. 125  
Y el denso velo de la mente oculta,  
porque muertos habían,  
muerto ya hasta el recuerdo de su nombre,  
que allá también la eternidad sepulta,  
y al despertar amaneció otro hombre. 130

¿Quién dudará que el nombre es un tormento?

Todo el tiempo pasado  
va para siempre atado  
al nombre que conserva el pensamiento,  
y trae a la memoria 135  
un solo nombre, una doliente historia.

Hilo tal vez de la madeja suelto,  
en el nombre ya envuelto  
el despecho, el placer, las ilusiones  
de cien generaciones 140

que su historia acabaron  
y cuyos nombres sólo nos quedaron.  
Clavo de donde cuelgan nuestras vidas  
en mis jirones pálidos rompidas,  
que traen a la memoria 145  
cual rota enseña de pasada gloria.

Porque el nombre es el hombre  
y es su primer fatalidad su nombre  
y en él se encarna a su existencia unido,  
y en su inmortal espíritu se infunde, 150  
y en su ser se confunde,  
y arranca su memoria del olvido.

Y viviendo de ajena y propia vida,  
alma de los que fueron, desprendida  
júntase al alma del que vive y lleva 155  
cual parte de su vida en su memoria  
la ajena vida y la pasada historia.

Cuanto diciendo voy se me figura  
metafísica pura,  
puro disparatar, y ya no entiendo 160  
lector, te juro, lo que voy diciendo.  
Vuelvo a mi cuento, y digo  
que el viejo nuestro amigo  
amaneció tan otro y tan ufano

tan orondo y lozano, 165  
que envidia y gloria diera  
a un jerónimo antiguo si le viera.  
No hablo de los jerónimos de hoy día,  
que flacos, macilentos,  
tal vez recuerdan con la panza fría 170  
la abundancia y la paz de sus conventos.

Tersa y luciente brilla  
la morena mejilla.  
Los afilados dientes  
unidos, transparentes, 175  
entre sus labios de carmín blanquean,  
y en negros rizos por su espalda ondean  
los cabellos de ébano bruñido,  
en tanto, que encendido  
fuego sus negros ojos centellean; 180  
y su frente diáfana ilumina  
su raudo pensamiento,  
prestando a su semblante movimiento  
vívido rayo de la luz divina  
ancha la espalda, levantando el pecho, 185  
de férreos nervios hecho  
el vigoroso cuerpo, y la belleza  
junta a la fortaleza.  
Maravillosa máquina formada  
por ingenio divino, 190  
de siglos mil a resistir lanzada  
el choque y torbellino.

¡Y el alma!, ¡el corazón!, ¡la fantasía!  
¡Oh!, la aurora más pura y más serena  
de abril florido en la estación amena 195  
fuera junto a su luz noche sombría.

Nosotros, ¡ah!, los que al nacer lloramos,  
que paso a la razón seguimos,  
que una impresión tras otra recibimos  
que ora a la infancia, a la niñez llegamos, 200  
luego a la juventud, ¡ah!, no alcanzamos  
a imaginar la dicha y la limpieza  
del alma en su pureza.

¿Quién no lleva escondido  
un rayo de dolor dentro del pecho? 205  
¿Por cuál dichoso rostro no han corrido  
lágrimas de amargura y de despecho?  
¡Quién no lleva en su alma,  
¡ah!, por muy joven y feliz que sea,  
un penoso recuerdo, alguna idea, 210  
que nublando su luz turba su calma!

Tal nuestro padre Adán... Pero dejando  
comparaciones frías  
que el alma atormentando  
nos traen recuerdos de mejores días, 215  
y de aquella fatal, negra mañana  
de la flaqueza o robustez de Eva,  
cuando alargó la mano a la manzana  
y... Pero, pluma, queda...  
¿A qué vuelvo otra vez al paraíso 220  
cuando la suerte quiso  
que no fuera yo Adán, sino Espronceda?  
Ni el primer hombre, ni el varón segundo  
sino Dios sabe el cuántos, que no tengo  
número conocido, y me entretengo 225  
en este mundo tan alegre y vario,  
como en jaula de alambres el canario  
divertido en cantar mi Diablo Mundo,  
grandilocuo poema y elocuente,  
en vez de hablar allí con la serpiente... 230  
Reptil sin instrucción, poco profundo,  
poco espiritual, y al cabo un ente  
de fe traidora y de melosa lengua,  
el cual tal vez me hubiera pervertido,  
y como a Eva para eterna mengua 235  
deshonrado además y seducido;  
y al fin allí no había  
cátedras ni colegios todavía.

Y dejando también mis digresiones,  
más largas cada vez, más enojosas, 240  
que para mí son tachas y borrones  
de las mejores obras, fastidiosas  
haciéndolas, llevando al pacienzudo  
lector confuso siempre, aunque es defecto  
de escritor concienzudo 245  
que perdona el efecto,  
con la intención de mejorar conciencias  
con sus disertaciones y advertencias.

El hombre en fin se levantó del lecho  
mancebo ardiente y vigoroso hecho, 250  
fuera de sí de esfuerzo y de alegría,  
rebosándole el gozo  
al rostro, y en el alma el alborozo,  
al impulso secreto que sentía.

Era el mes de abril una mañana; 255  
con un rayo de sol dorado el viento  
alegraba el cristal de su ventana,  
y mecidas en blando movimiento  
de varios tiestos las pintadas flores  
sus corolas erguían 260  
y al transparente céfiro esparcían

juveniles aromas y colores.

Desplegaba ligera  
entre las flores y el cristal sus alas,  
ninfa de la galana primavera, 265  
de su color vestida y ricas galas,  
en círculos volando bulliciosa  
alegre mariposa,  
sus alas dando al sol rico tesoro  
de nieve y de zafir con polvos de oro. 270

Y la aromosa flor que se mecía,  
y el aliento del aura enamorada,  
y la brillante luz que se bullía,  
el inquieto volar de la encantada  
eran, y rico adorno 275

mariposa feliz girando en torno,  
imágenes doradas de la vida  
que a la ilusión del porvenir convida.  
Flores, luces, aromas y colores,  
que sueña el alma enamorada cuando 280  
guardan su sueño a su alrededor cantando  
la virtud, la esperanza y los amores,

    y un alegre rumor que el vago viento  
en confundido acento  
de la calle elevaba 285

bullicio de la gente que pasaba,  
cada cual acudiendo a sus quehaceres,  
acá y allá esparcidos,  
su afán mezclando y diferentes ruidos  
al confuso rumor de los talleres. 290

Escalando a la estancia del mancebo  
con estrépito alegre y armonía,  
a su encantado pensamiento nuevo  
regocijo añadía.

¡Oh mundo encubridor, mundo embustero! 295

¡Quién en la calle de Alcalá creyera  
tanta felicidad que se escondiera  
y en un piso tercero!

Mas todo son jardines de hermosura,  
si con su varia tinta 300

el alma en su ventura  
y mágica ilusión el cuadro pinta.

¡Y el más bello pensil trueca y convierte  
del alma la amargura  
en páramo erial de luto y muerte! 305

    ¡Bueno es el mundo!, ¡bueno!, ¡bueno!, ¡bueno!  
Ha cantado un poeta amigo mío,  
mas es fuerza mirarlo así de lleno,  
el cielo, el campo, el mar, la gente, el río



sin entrarse jamás en pormenores 310  
ni detenerse a examinar despacio,  
que espinas llevan las lozanas flores,  
y el más blanco y diáfano topacio  
y la perla más fina,  
manchas descubrirá si se examina. 315  
Pero ¿qué hemos de hacer, no examinar?  
¿Y el mundo que ande como quiera andar?  
Pasar por todo y darlo de barato  
fuera vivir cual sandio mentecato;  
elegir la virtud en un buen medio 320  
es un continuo tedio;  
lanzarse a descubrir y lanzarse al cielo  
cuando apenas alcanza nuestro vuelo  
a elevarnos un palmo de la tierra,  
miserables enanos, 325  
y con voces hacer mezquina guerra  
y levantar las impotentes manos,  
es ridículo asaz y harto indiscreto.  
Vamos andando pues y haciendo ruido,  
llevando por el mundo el esqueleto 330  
de carne y nervios y de piel vestido,  
¡y el alma, que no sé yo do se esconde!  
Vamos andando sin saber adónde.

Vagaba en tanto por la estancia en cueros  
sin respeto al pudor como un salvaje. 335  
O como andaba allá por los oteros  
floridos del Edén, o por los llanos,  
sin arcabuz ni paje,  
el padre universal de los humanos.  
Que sin duda andaría 340  
solo y sin su mujer el primer día;  
o como van aún en las aldeas,  
sucias las caras feas  
y el cuerpo del color de la morcilla  
los chicos de la Mancha y de Castilla, 345  
nuestro héroe gritando,  
gestos haciendo y cabriolas dando,  
hasta que al fin al ruido  
entró allí su patrón medio dormido.  
Frisaba ya el patrón en sus cincuenta, 350  
hombre grave y sesudo,  
tenido entre sus gentes por agudo,  
con lonja de algodones por su cuenta;  
elector, del sensato movimiento  
partidario en política, y nombrado 355  
regidor del heroico ayuntamiento  
por fama de hombre honrado,

y odiar en sus doctrinas reformistas  
no menos al partido moderado  
que a los cuatro anarquistas, 360  
aunque éstos le incomodan mucho más;  
por no verlos se diera a Barrabás,  
y tiene persuadida a su mujer  
que es gente que no tiene qué perder.

Leyendo está las Ruinas de Palmira 365  
detrás del mostrador a aquellas horas  
que cuenta libres, y a educarse aspira  
en la buena moral,  
y a la patria ser útil en su oficio,  
habiendo ya elegido en su buen juicio, 370  
en cuanto a religión, la natural;  
y mirando con lástima a su abuelo  
que fue al fin un esclavo,  
y el mezquino desvelo  
de los pasados hombres y porfías, 375  
rinde gracias a Dios, que el mundo al cabo  
ha logrado alcanzar mejores días.  
Así filosofando y discuriendo,  
sus cuentas componiendo,  
cuidando de la villa y su limpieza, 380  
sólo tal vez alguna ligereza  
turba su paz doméstica, que ha dado  
en darle celos su mujer furiosa,  
y aunque sobremanera  
los celos sin razón ella exagera, 385  
suena en el barrio como cierta cosa,  
que aunque viejo, es de fuego,  
corriente en una broma y mujeriego.

En la estancia, al estruendo y algazara,  
entre el discreto concejal gruñendo, 390  
y con muy mala cara  
de las bromas del huésped maldiciendo;  
bromas de un hombre de su edad ajenas,  
con un pie en el sepulcro dando voces,  
haciendo el niño y disparando coces 395  
mas lo que pueda el regidor, apenas,  
(don Liborio) llegar a comprender,  
es cómo a tanto escándalo se atreve  
un hombre que le debe  
cuatro meses lo menos de alquiler. 400  
«¿Es posible, al entrar, dijo don Pablo,  
(sin reparar siquiera  
que su huésped el mismo ya no era)

que os tiene así tan de mañana el diablo?  
¡Vive Dios, que os encuentro divertido...! 405  
Parece bien que un viejo que ya tiene  
más años que un palmar hecho un orate  
arme él solo más ruido  
que cien chiquillos juntos... ¡Botarate!  
¡Más valiera que tantas alegrías 410  
fueran pagar contado  
mis cuatro meses y diez y ocho días!»

Tal con rostro indigesto  
dijo, y en ademán de hombre enojado,  
con desdén la cabeza torció a un lado 415  
y empujó el labio con severo gesto.

Con una interjección y un fiero brinco  
digno de Auriol el saltarín payaso  
al grave regidor le salta al paso,  
colgándose a su cuello con ahínco 420  
y amorosa locura,  
su improvisado huésped, que se afana  
(tal simpatiza la familia humana)  
por conocer aquel confuso ente  
de tan rara figura 425  
que aparece a sus ojos de repente;  
ambas manos le planta  
en los carrillos, y su faz levanta  
por verle bien, y en la nariz le arroja  
tan súbita y ruidosa carcajada, 430  
fijando en él su vívida mirada.  
Que al pequeñuelo regidor enoja.

¡Cómo!, ¡a mí!, ¡voto a tal!, gritó en su ira  
furioso el pobre concejal, en tanto,  
viendo aquel tagarote con espanto 435  
que con salvaje júbilo le mira,  
que le acaricia rudo,  
Hércules sin pudor, Sansón desnudo,  
con atención tan rara y tan prolija  
que al contemplar sus sujetos y oír su voz 440  
cada vez más se alegra y regocija  
con delirio feroz,  
crujiéndole de cólera los huesos  
en su impotencia don Liborio en vano  
a remediar se esfuerza los excesos 445  
de aquel bárbaro audaz y casquivano.  
Confuso y sin saber quién le ha traído,  
ni por dónde ha venido,  
ni como, por qué arte prodigioso  
su pacífico viejo en tan furioso 450  
huésped se ha convertido.

Su alegre huésped que le palpa y ríe  
como su juguete vil contempla el niño,  
que en su brutal cariño  
ni un punto le permite se desvíe; 455  
que imperturbable, en tanto que murmulla  
el patrón amenazas y razones,  
súplicas, maldiciones,  
gritos inortográficos les aúlla  
pálpale el rostro y pízcale el semblante. 460

¡Qué hombre formal se vio  
en situación jamás tan apurada!  
¡Su grave dignidad comprometida,  
y aquí la autoridad desconocida  
yace además y ajada 465  
con que la sociedad le revistió!

Ya le levanta en alto y le examina,  
y al verle mal formado y tan pequeño,  
le contempla risueño  
entre cariño y burla con ternura, 470  
y que un poder providencial lo envía  
(¡oh presunción del hombre!) se figura  
a servirle y hacerle compañía.

En fin, los gritos fueron  
tales y tantas del patrón las voces, 475  
que todos los vecinos acudieron  
al estruendo y estrépito feroces.  
Acudió, como era  
de su deber, al punto la primera  
su mujer, con vestido de mañana 480  
y tres moños no más, en la marmota,  
dos de color de rosa, otro de grana,  
que aunque el afán de ver quién alborota  
la hizo subir con el vestido abierto,  
la negra espalda al aire y sin concierto, 485  
la marmota y los lazos con descuido  
por el bien parecer se los ha puesto,  
que un traje limpio y un semblante honesto  
decoro en la mujer dan al marido,  
acudió a la par de ella 490  
un pintor joven, cuya mala estrella  
trajo a Madrid con más saber que Apeles  
mas no llegó a pintar, porque el dinero  
a su llegada le ganó un fullero  
y no compró ni lienzo ni pinceles; 495  
y en la buhardilla vive  
lejos del ruido y pompas de este mundo,  
junto a Dios nada menos, que del profundo  
genio de Dios la inspiración recibe;

mas tanto genio por causa tan fútil 500  
estéril es, la inspiración inútil.  
¡Y, oh prosa! ¡Oh mundo vil! No inspiraciones  
pide el pintor a Dios, sino doblones.

Un cachazudo médico, vecino  
del cuarto principal, materialista, 505  
sin turbarse subió, y entre otros vino  
un romántico joven periodista  
que en escribir se ocupa folletines,  
de alma gastada y botas de charol,  
que ora canta a los muertos paladines, 510  
ora escribe noticias del Mogol,  
cada línea a real, y anda buscando  
mundo adelante nuevas sensaciones,  
las ilusiones que perdió llorando,  
lanzando a las mujeres maldiciones. 515

En tanto, le ha quitado su gorreta  
griega al patrón el héroe, y decidido  
sobre su noble frente la encasqueta  
ancho de vanidad, de gozo henchido;  
y en cueros con su gorro se pasea 520  
por el cuarto, y gentil se pavonea,  
que es natural al más crudo varón  
ser algo retrechero y coquetón;  
echándole al patrón con desparpajo,  
miradas que le miden de alto a bajo, 525  
sin hacer caso de sus voces fieras  
creyéndole en su estado natural,  
ni atender al estrépito infernal  
de los que suben ya las escaleras,  
se abrió de golpe la entornada puerta 530  
y de tropel entraron los vecinos,  
y hallaron al patrón, que a hablar no acierta,  
y al Hércules haciendo desatinos.  
Su esposa la primera, medio muerta  
de espanto y de dolor, gritó: ¡asesinos!, 535  
porque tiene el amor ojos de aumento  
y quita la pasión conocimiento.

Fue del patrón, cuando llegó socorro,  
echarla lo primero de valiente,  
y recobrar su dignidad y el gorro, 540  
tomando un ademán correspondiente.  
Y así mirando indiferente al corro,  
que es máxima que tiene muy presente  
la de nihil admirari, y la halló un día  
en un tratado de filosofía. 545

Tendió la mano al loco señalando,  
y al mismo punto su inocente esposa,  
¡la misma infausta dirección, temblando  
con los ojos siguió toda azarosa!

¡Oh terrible visu!, ¡oh cuadro infando! 550

¡Oh!, la casta matrona ruborosa  
vio... Mas ¿qué vio, que de matices rojos,  
cubrió el marfil y se tapó los ojos?

Musas, decid qué vio... La Biblia cuenta  
que hizo a su imagen el Señor al hombre, 555  
y a Adán desnudo a su mujer presenta  
sin que ella se sonroje ni se asombre.  
Después se le ha llamado, y a mi cuenta,  
mientras peritos prácticos no nombre  
la familia animal, está dudoso, 560  
entre todos al hombre el más hermoso.

Y muy cara se vende una pintura  
de una mujer o un hombre en siendo buena,  
y estimamos desnudo en la escultura  
un atleta en su rústica faena, 565  
mas eso no: la natural figura  
es menester cubrirla y darla ajena  
forma, bajo un sombrero de castor,  
con guantes, frac, y botas por pudor.

No que me queje yo de andar vestido 570  
y ahora mucho menos en invierno,  
y que el pudor se dé por ofendido  
de ver desnudo un hombre lo discierno.  
Y mucho más si el hombre no es marido,  
ni cuñado siquiera, suegro o yerno, 575  
que entonces la mujer no tiene culpa  
y el mismo parentesco la disculpa.

Mas es el caso aquí, que aquella dama  
mujer del concejal... ¡Oh!, sin lisonja,  
¿cómo diré la edad que le reclama 580  
el tiempo que hace ya vive en la lonja,  
yo que me precio de galán? La fama,  
viéndola hacer escrúpulos de monja,  
a los presentes reveló la cuenta,  
y hubo vecino que la echó cincuenta. 585

¡Tanto pudor a los cincuenta años!  
¡Oh incansable virtud de la matrona!  
Después de tanto ataque y desengaños  
en este mundo pícaro, que abona  
el vicio con sus crímenes y amaños, 590  
el tiempo que peñascos desmorona  
no pudo su virtud jamás vencer.

¡Oh feliz don Liborio! ¡Oh gran mujer!

¿Y habrá de irse sin mirar siquiera  
a un monstruo, a un loco? ¿Y dejará en el riesgo 595  
a su Liborio con aquella fiera  
en trance que ha tomado tan mal sesgo?  
No lo permita Dios: Liborio muera,  
y ella también con él. -¡Y aquí yo arriesgo

por seguir en octavas este canto 600  
débilmente contar dévouement tanto!

Ella, la pobre, a su pesar forzada  
a ver un hombre en cueros, que no es  
su esposo, con rubor una mirada  
le echó de la cabeza hasta los pies; 605  
y aunque fuerte, y honesta, y recatada,  
un pensamiento la ocurrió después:  
que la mujer al cabo menos lista  
tiene en su corazón algo de artista.

Y a contemplar las formas majestuosas, 610  
la robustez del loco y carnes blancas,  
recordó suspirando las garrosas  
del pobre regidor groseras zancas.

Son las comparaciones siempre odiosas,  
siempre, y en el archivo de Simancas, 615  
si no me engaño, pienso haber leído  
que en el símil, perdió siempre el marido.

¡Oh cuán dañosas son las bellas artes!  
¡Y aún más dañosa la afición a ellas!  
A sus maridos estudiar por partes 620  
¡cuántas extravió mujeres bellas!  
No pensó más moléculas Descartes,  
ni en más rayos se parten las estrellas,  
que en partes, ¡ay!, una mujer destriza  
a su esposo infeliz y lo analiza. 625  
Y a par que en él aplica el analítico,  
al ajeno varón le hecha el sintético,  
y al más fuerte marido encuentra estético,  
y al más débil galán encuentra atlético.  
Juzga al primero un corazón raquíptico, 630  
halla en el otro un corazón poético.

La palabra de aquél ruda y narcótica  
y la del otro tímida y erótica.  
Y a mí este juicio me parece exacto,  
y parézcales mal a los maridos, 635  
que ellos han hecho con el mundo un pacto  
y sus derechos son reconocidos;  
y si tienen mujer, justo ipso facto  
es que su condición lleven sufridos,  
que habla con su mujer el que se casa, 640  
y yo con las paredes de mi casa.

El pensamiento que cruzó la mente  
de la honrada mujer del concejal,  
fue, sin pasión juzgado, estrictamente  
cuando más un pecado venial. 645  
La honrada dueña que no sea siente  
(y éste es un sentimiento natural)  
tan membrudo, tan noble y vigoroso  
como su huésped su querido esposo.

Y otra cosa además siente también 650  
que no se ha de saber por mí tampoco,  
ya que ella la reserva y hace bien,  
que al cabo el hombre aquel no es más que un loco.  
Y hay quien dice además que con desdén  
vio desde entonces y le tiene en poco 655  
(tal impresión en ella el huésped hizo)  
a un mozo de la tienda asaz rollizo.

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!  
Mas la verdad (si la verdad se puede  
en materia decir tan espinosa) 660  
es (y perdón la pido si se excede  
mi pluma en lo demás tan respetuosa)  
(y esto, ¡oh lector!, entre nosotros quede),  
mas no lo he decir, que es un secreto,  
y siempre me hepreciado de discreto. 665

¿Quién es el hombre aquél? ¿Quién le ha traído?  
¿Adónde el viejo está que allí vivía?  
¿Cómo y de dónde en cueros ha venido?  
La noche antes don Liborio había  
visto en su cuarto al viejo recogido, 670  
su cuenta preparada le tenía;  
y cuando el ruido a averiguar hoy entra  
desnudo un loco en su lugar se encuentra.

Miran al loco todos, entre tanto,  
que por tal al momento le tuvieron, 675  
y tal belleza y desenfado tanto  
confiesan entre sí que nunca vieron.  
Viéranlo con deleite, si el espanto  
que al encontrarlo súbito sintieron  
les dejara admirarle, pero el susto 680  
hasta a la dueña le acibara el gusto.

Él los mira también entre gustoso  
y extrañado, con plácido semblante,  
con benévola risa, cariñoso,  
señalando al patrón que está delante, 685  
y festejar queriéndole amoroso  
fija la vista en él, y al mismo instante  
la mano alarga, y el patrón la evita,  
se echa hacia atrás amedrentado, y grita.

Y su desvío y desdeñoso acento 690  
sin comprender tal vez, y ya impaciente  
el nuevo mozo, entre jovial y atento,  
de un salto avanza a la agolpada gente;  
en pronta retirada un movimiento  
todos hicieron hasta el más valiente 695  
el audaz regidor, lo menos cinco  
escalones saltó de un solo brinco.

No es retirarse huir, no, ni cordura  
fuera trabar tan desigual combate



con un loco de atlética figura 700  
capaz de cometer un disparate.  
Gritando ¡atarlo! bajan con presura;  
gran medida, mas falta quién le ate;  
velos el loco, y más veloz que un gamo  
prepárase a saltar de un brinco un tramo. 705

¡Oh confusión!, que al verle de repente,  
rápido desprenderse de lo alto,  
cada cual baja atropelladamente,  
con gritos de terror, de aliento falto;  
rueda en montón la acobardada gente, 710  
y el regidor, queriendo dar un salto,  
entre los pies del médico se enreda  
se ase a su esposa, y con su esposa rueda.

Y el médico también rueda detrás,  
a un tobillo cogido del patrón; 715  
entregábase el pintor a Barrabás,  
que en un callo le han dado un pisotón:  
ármase un estridor de Satanás,  
el poeta ha perdido una ilusión,  
que ha visto que la dama no sé qué, 720  
y a más acaba de torcerse un pie.

Y acude gente, y el rumor se aumenta,  
y llénase el portal, crece el tumulto,  
su juicio cada cual por cierto cuenta,  
y se pregunta y se responde a bulto: 725  
dicen que es un ladrón, hay quien sustenta  
que al pueblo de Madrid se hace un insulto,  
prendiendo a un regidor, y que él resiste  
a la ronda de esbirros que le embiste.

Llega la multitud formando cola 730  
al sitio en que se alzaba Mariblanca,  
y la nueva fatal de que tremola  
ya su pendón, y que asomó una zanca  
el espantoso monstruo que atortola  
al más audaz ministro, y lo abarranca, 735  
el Bu, de los gobiernos, la anarquía,  
llegó aterrando a la secretaría.

Órdenes dan que apresten los cañones,  
salgan patrullas, dóblense los puestos,  
no se permitan públicas reuniones, 740  
pesquisas ejecútense y arrestos,  
queden prohibidas tales expresiones,  
obsérvense los trajes y los gestos  
de los enmascarados anarquistas  
y de sus nombres que se formen listas. 745

Que luego a son de caja se publique  
la ley marcial, y a todo ciudadano,  
cuyo carácter no le justifique  
luego por criminal que le echen mano;

que a vigilar la autoridad se aplique 750  
la mansión del congreso soberano,  
y bajo pena y pérdida de empleos,  
sobre todo, la casa de Correos.

Pásense a las provincias circulares,  
y en la Gaceta en lastimoso tono, 755  
imprímense discursos a millares  
contra los clubs y su rabioso encono;  
píntense derribados los altares,  
rota la sociedad, minado el trono,  
y a los cuatro malévolos de horrendas 760  
miras, mandando y destrozando haciendas,  
¡oh cuadro horrible! ¡Pavoroso cuadro!  
Pintado tantas veces y a porfía  
al sonar el horrísono balandro  
del monstruo que han llamado la anarquía. 765  
Aquí tu elogio para siempre encuadro,  
que a ser llegaste el pan de cada día,  
cartilla eterna, universal registro  
que aprende al gobernar todo ministro.

¡Oh, cuánto susto y miedos diferentes, 770  
cuánto de afán durante algunos años  
con vuestras peroratas elocuentes  
habéis causado a propios y aun extraños!  
Mal anda el mundo, pero ya las gentes  
han llegado a palpar los desengaños 775  
y aunque cien tronos caigan en ruina  
no menos bien la sociedad camina.

¡Oh imbécil, necia y arraigada en vicios  
turba de viejas que ha mandado y manda!  
Ruinas soñar os hace y precipicios 780  
vuestra codicia vil que así os demanda.  
¿Pensáis tal vez que los robustos quicios  
del mundo saltarán si aprisa anda,  
porque son torpes vuestros pasos viles,  
tropel asustadizo de reptiles? 785

¿Qué vasto plan? ¿Qué noble pensamiento  
vuestra mente raquítica ha engendrado?  
¿Qué altivo y generoso sentimiento  
en ese corazón respuesta ha hallado?  
¿Cuál de esperanza vigoroso acento 790  
vuestra podrida boca ha pronunciado?  
¿Qué noble porvenir promete al mundo  
vuestro sistema de gobierno inmundo?

Pasad, pasad como funesta plaga,  
gusanos que roéis nuestra semilla, 795  
vuestra letal respiración apaga  
la luz del entusiasmo, apenas brilla.  
Pasad, huid, que vuestro tacto estraga  
cuanto toca y corrompe y lo amancilla.

Sólo nos podéis dar, canalla odiosa, 800  
miseria y hambre y mezquindad y prosa.

Basta, silencio, hipócritas parleros,  
turba de charlatanes eruditos,  
tan cortos en hazañas y rastreros  
como en palabras vanas infinitos; 805  
ministros de escribientes y porteros,  
de la nación eternos parasitos;  
basta, que el corazón aurado salta,  
la lengua calla y la paciencia falta.

Mientras al arma el ministerio toca 810  
y se junta la tropa en los cuarteles,  
y ve la gente con abierta boca  
edecanes a escape en sus corceles  
cruzar las calles, y al motín provoca  
El gobierno con bandos y carteles, 815  
y andan por la ciudad jefes diversos  
cuyos nombres no caben en mis versos,  
como el jefe político y sus rondas,  
capitán general, gobernador,  
los que por mucho, ¡oh monstruo!, que te escondas. 820

Darán contigo en tu mansión de horror;  
como del amar las agolpadas ondas,  
al ímpetu del viento bramador,  
la calle entera de Alcalá ocupando  
se va la gente en multitud juntando. 825

Y ya el disorde estrépito aumentaba  
y la mentira y el afán crecía,  
y la gente a la gente se empujaba,  
codeaba, pisaba y resistía.

El semblante y los ojos empinaba 830  
cada cual para ver si algo veía,  
y en larga hilera están ya detenidos  
gentes, carros y coches confundidos.

Con bosque de palmas que al violento  
ímpetu dobla la gallarda copa, 835  
cuando apiñado lo recoge el viento  
y con su manto anchísimo lo arropa,  
así ondula con sordo movimiento  
en la ancha calle la agolpada tropa,  
y la apiñada muchedumbre ruge 840  
al vaivén rudo de su propio empuje.

Y cede, y vuelve, y crece el vocerío,  
la agitación del popular tumulto,  
y un pánico terror entre el gentío  
con asombro resbala oculto; 845  
y en tan revuelto y congojoso lío,  
con ronca voz y con violento insulto,  
contrarios intereses y pasiones  
se abren plaza a codazos y empujones.

Y como negra nube en el verano 850  
desátase en violento torbellino,  
y piedras llueve, y el dorado grano  
arroja el viento en raudo remolino.  
Súbito rompe el populacho insano,  
se esparce y atropéllase sin tino, 855  
y huyendo acá y allá, y allá y acá  
corre la gente sin saber do va.

Ya habrá el lector, si como yo del ruido  
y bulla popular y movimiento  
alguna vez aficionado ha sido, 860  
y con juicio observó y detenimiento  
visto alguno tal vez tan aturdido  
de la fuga en el crítico momento,  
que dos horas después si lo ha encontrado  
del ímpetu primero aún no ha aflojado. 865

Y en bandadas derrámase y se extiende  
la antes amontonada muchedumbre,  
como gorriones que el gañán sorprende  
vuelan del llano a la lejana cumbre.  
Nadie a la voz del compañero atiende, 870  
nadie acude a la ajena pesadumbre,  
nadie presta favor y todos gritan  
y en confuso tropel se precipitan.

Y allí la voz aguardentosa truena,  
grita asustada la afligida dama, 875  
ladran los perros, y las calles llena  
la gente que en tumulto se derrama.  
Suspende el artesano su faena,  
cuidoso el mercader sus gentes llama,  
puertas y tiendas ciérranse, añadiendo 880  
nuevo rumor al general estruendo.

Y la prisa es de ver con que asegura  
cada cual su comercio y mercancía.  
Y cómo alguno entre el tropel procura  
mostrar serenidad y valentía, 885  
y en torno de él la multitud conjura,  
a reunirse con calma y sangre fría  
aconseja, mirando alrededor  
con ojos que desmienten su valor.

Y otros audaces de intención dañina, 890  
gózanse en el tumulto y de repente  
donde la gente más se arremolina  
prontos acuden a aturdir la gente.  
Y huyen por aumentar la tremolina  
y confusión, y contra el más paciente 895  
espectador pacífico se estrellan,  
y con fingido espanto le atropellan.

Y en tanto que unos y otros alborotan,  
perora aquél y el otro hazañas cuenta,

páranse en corro y furibundos votan, 900  
y un solo grito acaso el corro ahuyenta,  
y aquéllos de placer las palmas frotan,  
y éste el sombrero estropeado tienta,  
párase, y el aliento ahogado exhala,  
y el tambor va tocando generala. 905

Y algunos nacionales van saliendo  
el ánimo a la muerte apercibido,  
el motín y su suerte maldiciendo  
con torvo ceño y gesto desabrido.  
Y con voz militar, adiós, diciendo 910  
a su aterrada cónyuge el marido,  
al son del parche y a la voz de alarma  
carga el fusil y bayoneta arma.

Y entre tanto que vienen batallones  
y órdenes mil el ministerio expide, 915  
y envuelta en mil diversas confusiones  
la autoridad en fin nada decide.  
Y hay quien demanda a gritos los cañones,  
y quien las cargas de lanceros pide,  
y tal vez otro cavilando calla 920  
si escogerá la lanza o la metralla.

Y en tanto que en Madrid, cual se derraman  
por las faldas del rojo Mongibelo  
de lava mil torrentes, que recaman  
con ígneas cintas el tremante suelo 925  
turbas de gente alborotadas braman,  
y se derraman con insano anhelo,  
en turbiones las calles inundando  
los unos a los otros espantando.

Súbito con asombro ve la gente 930  
Que aún al portal del regidor espera,  
salir desnudo a un hombre de repente  
con veloz violentísima carrera.  
Y otro tras él con cólera impotente,  
chico y gordo y vestido a la ligera, 935  
afligido, empolvado y sin aliento,  
todos los pelos de la calva al viento;  
y a una mujer también desaliñada,  
y seis o siete más llenos de espanto,  
todos tras él gritando con turbada 940  
voz, que tengan al loco, y entre tanto  
por la calle la faz alborozada,  
el loco va con regocijo tanto,  
que causa gusto al verle tan esbelto  
andando a brincos tan airoso y suelto. 945

Pero la gente, viendo la figura  
desnuda de aquel hombre que corría  
rápido como el viento, y la premura  
de la turba que ansiosa le seguía,

y las voces oyendo, y la locura 950  
temiendo del que loco parecía,  
sin otra reflexión viento tomaron,  
y hasta tomar distancia no pararon.

Mas luego que la calma sobrevino  
y los más animosos acudieron, 955  
y que era huir un necio desatino  
los menos advertidos conocieron,  
y a todos de saber el caso vino  
curiosidad, hacia el patrón corrieron,  
que eran el nuevo joven y el patrón 960  
de tanto laberinto la ocasión.

Y en corro el caso del patrón indagan,  
y discuten tal vez puntos sutiles,  
y los mages desvariando vagan  
perdidos de la historia en los perfiles; 965  
y oyen discursos sin que satisfagan  
los discursos las mentes varoniles  
que ansían profundizar, y nadie entiende  
el caso que el patrón contar pretende.

«Es pues el caso, el regidor decía, 970  
que este viejo es un loco huésped mío,  
trocado en joven de la noche al día.

-Mirad que estáis diciendo un desvarío.

-Yo cuento la verdad -¡Necia porfía!

Está loco. -Señores, no me río. 975

Yo no discurro nunca a troche y moche.

Era un viejo a las doce de la noche.

-Vamos, el regidor perdió un sentido.

Si eso no puede ser -¡No hay quien me asista!

Gritaba la mujer, es un perdido, 980

un servil, un ladrón, un anarquista:

ha querido matar a mi marido.

-Y a vos os viola si no andáis tan lista,

la repuso un chuzón cara de pillo

que alegraba con chistes el corrillo. 985

Yo dije que era viejo, ahora no digo  
que no sea joven. -Id y el diablo os lleve.

-Y ahora se me va... -Sois un bodigo.

-Con más de cuatro meses que me debe.

-Vos os contradecís. -Me contradigo 990

y no me contradigo. -Que lo pruebe,

gritaba el chusco de la faz burlona;

idos, buen hombre, a reposar la mona.»

Desnudo en tanto el nuevo mozo vuela,  
párase; corre, alborozado grita 995

mira alegre en redor, nada recela,

cuanto le cerca su entusiasmo excita.

Palpar, gritar, examinar anhela

cuando mira y en torno de él se agita,

como el amor del maternal cariño 1000  
mira la luz embelesado el niño.

¡Pobre inocente, alma que entretiene  
el mundo, y le divierte cual gracioso  
juguete, y a mirarle se detiene  
con pueril regocijo candoroso! 1005  
La luz, las gentes en conjunto viene  
todo a herirla, cual juego luminoso  
de prodigioso mágico que alzara  
ideal otro mundo con su vara.

Y la ciudad y el sol, y sus colores, 1010  
la gente y el tumulto, y los sonidos  
en grata confusión de resplandores  
y de armonías llega a sus sentidos,  
cual las que esmaltan diferentes flores,  
los verdes prados por abril floridos 1015  
confunden con sonoro movimiento  
ruido y colores, si las mece el viento.

Y les presta su alma su hermosura,  
y el corazón su amor y lozanía,  
su mente les regala su frescura, 1020  
y su rico color su fantasía.  
Les da su novedad luz y tersura,  
regocijo les presta su alegría,  
que el alma gozo al contemplarse siente  
del mundo en el espejo transparente. 1025

Y en el continuo cambio y movimiento,  
y algazara, y bullicio alegre y vario,  
movido por recóndito portento  
ve el mundo cual magnífico escenario:  
lámpara el sol meciéndose en el viento, 1030  
y obras de artificioso estatuario  
las figuras que en rápido tumulto  
cruzan, y animan algún resorte oculto.

Y con su propio gusto satisfecho,  
que en sí propia su alma se alimenta; 1035  
latir sintiendo alborozado el pecho,  
nada se explica, ni explicarse intenta.  
Corre al placer de su ilusión derecho,  
de su mismo placer sin darse cuenta,  
que del placer que se gozó sin tasa, 1040  
nadie se ha dado cuenta hasta que pasa.

Pobre inocente, alma que no sabe  
que sólo al niño su inocencia abona,  
y que en el mundo compasión no cabe  
que en la inocencia mofador se encona. 1045  
Alma llena de fe, cándida ave  
que dulces trinos en el bosque entona,  
que sencilla de rama en rama vuela,  
sin que su gracia al cazador conduela.

Alma que en la aflicción y la agonía 1050  
del alboroto popular y estruendo,  
grata danza de amor y de alegría  
con indecible júbilo está viendo;  
cánticos la espantosa gritería,  
piensa tal vez, en su ilusión creyendo; 1055  
animadas escenas placenteras  
el susto de la gente y las carreras.

Y a tomar parte en el común contento  
lánzase y rompe, y en mitad se arroja  
del bullicio, más rápido que el viento, 1060  
y en torno de él la gente se amanoja.  
Ni cura del ajeno sentimiento,  
ni de verse desnudo se sonroja,  
ora formen en torno de él corrillos,  
ora le siga multitud de pillos. 1065

Fue aquel día el asombro de la villa  
y escándalo de todo hombre sesudo,  
yendo tras él de gente una trailla  
que aterra a veces su ademán forzudo.  
Allí corren los chicos, aquí chilla 1070  
una mujer al verle andar desnudo,  
y algunas que los ojos se taparon  
por pronto que acudieron lo miraron.

Y andando así, la gente ya le acosa,  
y alguno allí de condición liviana 1075  
quiere que pruebe la intención graciosa  
y el trato afable de la especie humana.  
Y arrojándole piedras, con donosa  
burla por gusto e intención villana,  
le hizo el dolor sentir, para que sepa 1080  
que no hay placer donde el dolor no quepa.

Que entró en el mundo nuestro mozo apenas.  
Y su dicha y el mundo bendecía,  
e inocentes miradas y serenas  
vertiendo en torno afable sonreía, 1085  
cuando la bruta gente a manos llenas  
lanzaba en él cuanto dolor podía,  
que en traspasar disfrutaban los humanos  
su dolor en el alma a sus hermanos.

Sintió el dolor, y el rostro placentero 1090  
súbito coloró de azul la ira,  
y ya el semblante demudado y fiero  
con ojos torvos a la gente mira.  
Huye el cobarde vulgo a lo primero,  
piedras después sin compasión le tira, 1095  
gritan: al loco, y con temor villano  
huyen y le señalan con la mano.

¿Quién de nosotros la ilusión primera  
recuerda acaso con su niñez perdida?



¿Cuál el primer dolor, la mano fiera, 1100  
que abrió en el alma la primera herida?  
¡Ay!, desde entonces, sin dejar siquiera  
un solo día, siempre combatida  
el alma de encontrados sentimientos,  
ha llegado a avezarse a sus tormentos, 1105  
mas ¡ay!, que aquel dolor fue tan agudo  
que el alma atravesó sin duda alguna,  
fue de todos los golpes el más rudo  
que injusta nos descarga la fortuna.  
Cuando inocente el corazón desnudo, 1110  
en el primer columpio de la cuna,  
se abre el amor en su ilusión divina,  
y en él se clava inesperada espina,  
¡y después!, ¡y después!... Así el mancebo,  
hombre en el cuerpo y en el alma niño, 1115  
todo a sus ojos reluciente y nuevo,  
todo adornado con gentil aliño,  
del falso mundo el engañoso cebo  
corre y brinda bondad, brinda cariño,  
y el mundo, que al placer falaz provoca, 1120  
dolor da en cambio al alma que lo toca.  
Mas deje: el mundo por su amor se encarga  
como un chorizo de curarla al humo,  
¡y de hiel rica quinta esencia amarga  
sacar para bañarla con su zumo! 1125  
Luego la ensancha más, luego la alarga,  
la esquina, en fin, con artificio sumo,  
hasta que endurecida y hecha callo,  
suave al tacto le parece un rallo.  
Grave dolor el del mancebo ha sido, 1130  
grave dolor, porque de aquella gente  
la injusticia y crueldad ha comprendido  
con que paga su amor tan inocente.  
No en el cuerpo, en el alma le han herido,  
que es niña el alma y varonil la mente, 1135  
y del juicio y razón le ha dotado,  
para que juzgue el mal que le ha tocado.  
Sintió primero cólera, y pasando  
el físico dolor al pensamiento.  
Volvió los ojos tristes implorando 1140  
piedad con amoroso sentimiento.  
Madre tal vez en su dolor buscando  
que temple con caricias su tormento,  
mas los nombres no sirven para madres,  
y aún apenas, si valen para padres. 1145  
Cuando llegó un piquete, y bien le avino,  
que la gente ahuyentó con su llegada  
y el mozo, agradecido a su destino,  
miraba con placer la gente armada:

pregúntanle después de donde vino, 1150  
cómo va en cueros, dónde es su morada,  
y él, que no sabe hablar, nada responde,  
los mira, y sigue sin saber adónde.  
¿Y adónde va? A la cárcel prisionero,  
que andar desnudo es ser ya delincuente; 1155  
él, entretanto, observa placentero  
los colores que viste aquella gente.  
Y de una bayoneta lo primero,  
al mirarla tan tensa y reluciente,  
tocó la punta en su delirio insano, 1160  
y en su inocente afán se hirió una mano.  
Y éste fue entonces el dolor segundo,  
y dejaremos ya de llevar cuenta,  
que para algo Dios nos echa al mundo,  
y la letra con sangre entra y se asienta. 1165  
Y así la razón gana, así el profundo  
juicio con la experiencia se alimenta,  
y porque aprenda, el mundo así recibe  
al que no sabe cómo en él se vive.

#### Canto IV

Rizados copos de nevada espuma  
forma el arroyo que jugando salta,  
ricos países de vistosa pluma  
en campos de aire el pajarillo esmalta;  
álzase lejos nebulosa bruma 5  
de sombra rica, si de luces falta,  
y el verde prado y el lejano monte  
muro y término son del horizonte.

Allá en la enhiesta vaporosa cumbre  
su manto en el Oriente el alba tiende, 10  
y blanca y pura, y regalada lumbre  
de su frente de nácares desprende.  
Cándida silfa a su fugaz vislumbre  
el aire en torno sonrosado enciende,  
y en su fuente la ondina voluptuosa 15  
se mece al son del agua armoniosa.

Y tras la densa y fúnebre cortina  
del hondo mar sobre la rubia espalda,  
ráfagas dando de su luz divina,  
mécese el sol en lecho de esmeralda. 20  
La niebla a trozos quiebra, y la ilumina  
del terso azul por la tendida falda,  
y de naranja, y oro, y fuego, pinta  
sobre plata y zafir mágica cinta.

Y en monte, y valle, y en la selva amena 25  
y en la de flores mil fértil llanura,  
y en el seno del agua que serena  
se desliza entre franjas de verdura,  
el ruido alegre y bullicioso suena  
de seres mil que cantan su ventura, 30  
prestando su algazara y movimiento  
voz a las flores, y palabra al viento.

Las rosas sobre el tallo se levantan  
coronadas de gotas de rocío,  
lasavecillas revolando cantan 35  
al blando son del murmurar del río;  
chispas de luz los aires abrillantan,  
salpicando de oro el bosque umbrío:  
y si el aura a la flor murmura amores,  
la flor le brinda aromas y colores. 40

Y resonando... Etcétera: que creo  
basta para contar que ha amanecido,  
y tanta frase inútil y rodeo,  
a mi corto entender no es más que ruido.  
Pero también a mí me entra deseo 45  
de echarla de poeta, y el oído,  
palabra tras palabra colocada,  
con versos regalar sin decir nada.

Quiero decir, lector, que amanecía,  
y ni el prado ni el bosque vienen bien, 50  
que este segundo Adán no verá el día  
nacer en los pensiles del Edén,  
sino en la cárcel lóbrega y sombría.  
Que su pecado cometió también  
viniendo al mundo por extraño hechizo, 55  
y es justo que tal pague quien tal hizo.

Corrió entretanto por Madrid la fama  
de aquella aparición del hombre nuevo,  
de cómo viejo se acostó en su cama,  
y al despertar se levantó mancebo. 60  
Nueva de que era causa se derrama  
del gran tumulto que contado llevo,  
cuando atento el patrón, subiendo al ruido,  
halló en otro a su huésped convertido.

Hay en el mundo gentes para todo, 65  
muchos, que ni aún se ocupan de sí mismos;  
otros, que las desgracias de un rey godo  
leen en la historia, y sufren parasismos;  
quién por saber la cosa, y de qué modo  
pasó, y contarla luego, a los abismos 70  
es capaz de bajar; quien, nunca sabe  
sino es de aquello en que interés le cabe,  
quien por saber lo que a ninguno importa  
anda desempolvando manuscritos,

para luego dejar la gente absorta 75  
con citas y con textos eruditos;  
otro almacena provisión no corta  
de hechos recientes, cuentos infinitos,  
y mentiras apaña, y cuanto pasa,  
se entretiene en contar de casa en casa. 80

Este raro suceso que yo cuento  
aquí en la capital ha sucedido,  
y es tanta la jarana y movimiento  
en que su vecindario anda metido,  
que muchos no tendrán conocimiento 85  
de un caso no hace mucho acontecido;  
y a otros tal vez tan verdadera historia  
se habrá borrado ya de la memoria.

Mas yo, como escritor muy concienzudo,  
incapaz de forjar una mentira, 90  
confesaré al lector que mucho dudo  
de la verdad del caso que le admira;  
contaré el cuento con mi estilo rudo  
al bronco son de mi cansada lira,  
y el hecho a otros afirmar les dejo, 95  
de haberse el mozo convertido en viejo.

Como me lo contaron te lo cuento,  
y yo de la verdad sólo respondo  
de que el mozo salvaje del portento  
anda alegre por ahí mondo y lirondo. 100  
Raro misterio que en conciencia siento  
no poder descifrar por más que ahondo;  
mas, ¿qué mucho, si necio me confundo  
sin saber para que vine yo al mundo?

Que no es menor misterio este incesante 105  
flujo y reflujo de hombres, que aparecen  
con su cuerpo y su espíritu flotante,  
que se animan y nacen, hablan crecen,  
se agitan con anhelo delirante,  
para siempre después desaparecen, 110  
ignorando de dónde procedieron,  
y adónde luego para siempre fueron.

Baste saber que nuestro héroe existe  
sin entrarse a indagar arcano tanto,  
que tiene para estar alegre o triste 115  
risa en los labios y en sus ojos llanto,  
que come, bebe, duerme, calza y viste  
ya más civil en este cuarto canto,  
y que Adán en la cárcel le pusieron  
cuando desnudo como Adán le vieron. 120

Basta saber que el Diario, en su importante  
sección que casos de la corte cuenta,  
en estilo variado y elegante  
que el interés del sucedido aumenta,

refiere este suceso interesante 125  
al número dos mil seiscientos treinta,  
y cómo sigue causa, el parte dado,  
no me acuerdo qué juez de qué juzgado.

Y todos los de todos los colores  
periódicos (¡amable cofradía!) 130  
que se apellidan ya conservadores,  
ya progresistas, y que en lucha impía,  
cebo de los políticos rencores,  
mondan y pulen la cuestión del día,  
de ilustración vertiendo ricas fuentes 135  
en caudales fructíferos torrentes;

ahondando la cuestión de estrago tanto,  
buscando el móvil de motín tan fiero,  
hallaron unos y otros con espanto  
que era un pagado y vil aventurero 140  
no disfrazado bajo el noble manto  
de la santa virtud, sino altanero,  
agente digno de la trama impía,  
saliendo en carnes a la luz del día.

Y acusó cada cual a su contrario 145  
de haber pagado y encerrado al loco,  
y del absurdo cuento estrafalario  
que honra por cierto su invención muy poco;  
cuál, al gobierno acusa atrabiliario,  
cuál, supone en los clubs que se halla el foco, 150  
sin que ninguno ser quiera en su ira  
autor de tan ridícula mentira.

Y con lógica sana y juicio recto  
probaron como cuatro y tres son siete,  
que no cabe en el más rudo intelecto 155  
que se convierta un viejo en mozalbete;  
y alguno, a los milagros poco afecto,  
con odio a todo clerical bonete,  
probó que nada, en un sabio discurso,  
basta del mundo a trastornar el curso. 160

Y yo quedé de entonces convencido  
casi de que era mentiroso el cuento  
aunque siempre mis dudas he tenido,  
que es muy dado a dudar mi entendimiento.  
Y cuanto llevo hasta ahora referido 165  
ni lo afirmo, oh lector, ni lo desmiento,  
que por mi honor te juro no quisiera  
que nadie mentiroso me creyera.

Y casi, casi arrepentido estoy  
de haber tomado tan dudoso asunto, 170  
y de a pública luz sacarlo hoy,  
que la incredulidad llega a tal punto;  
mas ya adelante con mi cuento voy  
al son de mi enredado contrapunto,

que es mi historia tan cierta y verdadera 175  
como lo fue jamás otra cualquiera.

Es el caso que Adán, preso y desnudo,  
hace ya un año que en la cárcel vive,  
do con áspero trato y ceño rudo  
áspera y ruda educación recibe. 180  
Es cada cual allí doctor sesudo  
que practicando de su ciencia vive,  
tomos que enseñan más filosofía  
que en cien años de estudio en sólo un día.

Sociedad de filósofos, aquella, 185  
andar allí desnudo a nadie espanta,  
antes más bien pondrán pleito y querella  
al que lleve chaqueta, capa o manta;  
y así a nadie extrañó cuando su estrella  
trajo allí al joven que mi lira canta; 190  
y un año desde entonces ha corrido  
y el mancebo se está como ha venido.

En cuanto a traje y nada más se entiende  
que la sana razón su juicio aploma,  
sus sentidos aviva y los entiende, 195  
y su rústico ardor desbrava y doma.  
La gracia y ademán del jaque aprende.  
Las más punzantes voces del idioma,  
y a sufrir y a callar, y a caso hecho,  
guardarse la intención dentro del pecho. 200

Y como el juicio el talento rijan,  
comprende de derechos y deberes  
el intrincado código que fija  
los goces de aquel mundo y padeceres.  
Y el noble ardor que el corazón le aguija 205  
en ansia de dominio y de placeres,  
y su hercúlea simpática figura  
del ajeno respeto le asegura.

Ni chistes ni pillada se le escapa,  
ni gracia alguna sin respuesta queda, 210  
ni las cartas mejor ninguno tapa  
cuando entre amigos el cané se enreda.  
Revuelta al brazo con desdén la capa,  
con él, navaja en mano, no hay quien pueda.  
Que en la cárcel ahora ya no hay pillito 215  
que maneje mejor que él un cuchillo.

Ni lo hay más suelto y ágil, ni quien sea  
más diestro a la pelota y a la barra,  
ni más vivo y sereno en la pelea,  
ni de apostura tal ni tan bizarra; 220  
y a tanto va su gracia que puntea  
de modo que hace hablar una guitarra,  
y para acompañar se pinta solo  
su acento varonil cantando un polo.

Y áspero a par que juguetón y atento, 225  
sin que de su derecho un punto ceda,  
hombre de pelo en pecho y mucho aliento,  
con los ternes y jaques entra en rueda;  
y creciendo en arrojó y valimiento,  
en juez se erige, y los insultos veda 230  
del fuerte al débil, y animoso arguye  
y a su modo justicia distribuye.

Tal vez habrá quien diga escrupuloso  
que es poco tiempo para tanto un año,  
y poco fuera, cierto, si dichoso 235  
vivido hubiera en lisonjero engaño;  
más allí donde el látigo furioso  
la suerte vibra con semblante huraño,  
donde ninguno de ninguno cuida,  
pronto se aprende a conocer la vida. 240

Allí, do hierve en ciego remolino  
la sociedad, ni títulos ni honores  
son del respeto formulado sino,  
ni sirven al que entra sus mayores;  
breve mundo de más grandes dolores, 245  
do lucha el triste en su afligido centro  
contra la sociedad de fuera y dentro.

Siempre en eterna tempestad, impura  
mar donde el mundo su sobrante arroja,  
lucha náufrago el hombre a la ventura 250  
sin puerto amigo que en su mal le acoja;  
pechos que endureció la desventura  
y que el castigo de piedad despoja,  
cada cual de su propio pesar lleno,  
nadie se duele del dolor ajeno. 255

Y ¿en qué parte del mundo, entre qué gente  
no alcanza estimación, manda y domina  
un joven de alma enérgica y valiente,  
clara razón y fuerza diamantina?  
Apura el jarro del licor hirviente, 260  
cuando el más esforzado desatina  
y trastornado y balbuciente bebe,  
y aún él cien jarros a apurar se atreve.

Y es su malicia la malicia aquella  
viva y gentil del despejado niño, 265  
luz y candor su razón destella  
en medio de su alegre desaliño;  
su noble frente y su figura bella,  
su audacia inspira al corazón cariño,  
que aquella fiera gente, en su dureza, 270  
admiran el valor y la grandeza,

y aunque es su lengua rústica y profana,  
y es su ademán de jaque y pendenciero,  
pura se guarda aún su alma temprana

como la luz del matinal lucero; 275  
bate gentil, cual mariposa ufana,  
el corazón sus alas placentero,  
que abrillantan aún los polvos de oro  
de inocencia y virtud breve tesoro.

Ni leyes sabe, ni conoce el mundo, 280  
sólo a su instinto generoso atiende,  
y un abismo de crímenes inmundo  
cruza, y el crimen por virtud aprende;  
y aquel pecho que es noble sin segundo  
y que el valor y el entusiasmo enciende, 285  
aplica el crimen la virtud que alienta  
y puro es, si criminal se ostenta.

Como niño que cándido se esfuerza,  
y hacerse el hombre en su candor presume,  
y la echa de ánimo y de fuerza, 290  
miente blasfemias, fuma aunque no fume,  
no hay nadie sobre él que imperio ejerza,  
y habla de mozas, tal, grato perfume  
vertiendo en torno de inocencia pura,  
al más bandido remedar procura. 295

Y como en mente y en valor les gana  
y aventaja en nobleza y bizarría,  
tanto les vence cuanto más se afana  
en mostrarles mayor su gallardía;  
y aquellas almas viejas su alma ufana 300  
con noble anhelo superar ansía,  
sin cuidarse en los lances que le empeñan  
de si es vicio o virtud lo que le enseñan  
y por amor a adornos y colores,  
y entender que lo exige su decoro, 305  
bordado un marsellés con mil primores  
cuelga de su hombro izquierdo con desdoro.  
Charro un pañuelo de estampadas flores  
ciñe a su cuello una sortija de oro,  
calzón corto, la faja a la cintura, 310  
botín abierto y gran botonadura.

Que aprendiendo a jugar ganó dinero,  
y allí a la reja la Salada viene.  
Moza que vive de su propio fuero  
y en cuidar a los presos se entretiene: 315  
el Parecer, tal vez, la hizo salero;  
y ella que es libre y que a ninguno tiene  
cuenta que dar dineros y comida  
le trae, de amores por su Adán perdida.

Y ya le ha aconsejado en su provecho; 320  
la pobre moza de su amor prendada;  
que aunque de rumbo y garbo y franco pecho  
y en su modo y palabras desgarrada  
y aunque le mira en cueros, que es bien hecho.



Con dulce encanto y alma enamorada, 325  
le aconsejó vestirse por decencia,  
y él se dejó vestir sin resistencia.

Vagando va confuso el pensamiento  
en torno a la mujer del mozo ardiente,  
sin poderse explicar el sentimiento 330  
que por sus nervios esparcido siente;  
mas su vista le da dulce contento,  
respira en ella un codicioso ambiente,  
que mágico embelesa los sentidos  
tras la ilusión de su placer perdidos. 335

Y su voz aunque áspera que suena  
grata a su oído, el corazón le adula  
y de ansiedad confusa su alma llena,  
ni su ilusión ni su placer formula.  
Lejano son de amante cantilena, 340  
que entre la brisa perfumada ondula,  
al aire de su dulce devaneo  
perdido vaga su genial deseo.

Y cuando ella con amor le mira,  
en la ansiedad vehemente que le aqueja 345  
y en el ardor violento que le inspira,  
quiere romper la maldecida reja,  
y la sacude con violenta ira,  
porque acercarse a ella no le deja;  
trémulo de furor sus miembros laten 350  
y sus arterias dolorosas baten.

Látigo y gritillos y penoso encierro,  
pronta a saltar sobre él la muchedumbre,  
tratado allí como indomable perro,  
le impusieron forzada mansedumbre. 355  
Cual vigoroso potro tasca el hierro,  
bota y arranca de las piedras lumbre,  
el mozo así sujeto a su despecho  
siente un dolor que le desgarras el pecho.

Fiero león que a la leona siente 360  
en la cercana jaula de amor llena,  
que con lascivo ardor ruge demente,  
de cólera, erizando la melena,  
y la garra clavando en la inclemente  
reja, en tono los ámbitos atruena, 365  
y el duro hierro sacudido cruje  
de tanto esfuerzo a tan tremendo empuje.

Que al placer le convida su hermosura  
más a sus ojos mágica, que el cielo  
con su sereno azul bañado en pura 370  
luz que colora el transparente velo.  
Placer que inspira al corazón bravura  
fuerza a sus nervios y valiente anhelo,  
su máquina impulsada y sacudida

al ignorado goce a que convida. 375

Que los ardientes ojos de la bella,  
y el que mayo pintó de rosa y nieve  
semblante alegre que salud destella,  
redondas formas y cintura leve.

Y gallardo ademán, ligera huella, 380  
pie recogido en el zapato breve,  
y blanca media que al tobillo pinta  
de negro a trechos la revuelta cinta.

Y el hueco traje que flotante vaga  
en rica de lujuria y vaporosa 385  
atmósfera de amor, el alma halaga,  
y excita los sentidos codiciosa,  
y que enseñar el movimiento amaga  
cuanto finge acaso la mente ansiosa,  
que allá penetra en la belleza interna 390  
tras la pulida descubierta pierna.

Sácanle el rostro en torbellinos rojos  
el fuego del volcán que el pecho asila,  
lanzando llamas sus avaros ojos,  
encendida la lúbrica pupila. 395

¡Mísero del que entonces sus enojos,  
¡ay!, provocara; la ira que destila  
su impotencia en su alma, rebosando,  
sobre él cayera su dolor vengado!

¿Visteis al toro que celoso brama, 400  
la cola ondeando sacudida al viento,  
que el polvo levantando inflama,  
envuelto en nube de vahoso aliento,  
y ora a su amada palpitante llama,  
ora busca en su cólera violento, 405  
con erizado cerro y frente torva,  
quién el deseo de su amor estorba?

Así el mancebo en rededor revuelve  
la vista en ansia de feroz pelea,  
de nuevo a sacudir la reja vuelve, 410  
que trémula a su empuje titubea;  
calmarse, en fin, a su pesar resuelve,  
siente que en vano lucha y forcejea,  
y ella le habla, y él triste la mira,  
y sin saber qué responder, suspira. 415

Que él no sabe con ella hablar de amores,  
sino sentir en su locura ciego.

Suspiros son la voz de sus dolores,  
y son sus ansias en sus ojos fuego.  
Ella entre tanto calma sus furiosos, 420  
que él siempre cede a su amoroso ruego,  
y en sus salvajes ojos se desliza  
dulce rayo de amor que los suaviza.

Porque es a un tiempo la manola airosa,

gachona y blanda como altiva y fiera, 425  
y sabe con su Adán ser amorosa,  
y esquivada con los otros y altanera;  
paloma fiel, cordera cariñosa,  
aunque de rompe y rasga, y de quimera  
y mal hablada, y de apostura maja, 430  
y que lleva en la liga la navaja.

Y está de su pasión tan satisfecha,  
tan ancha está de su gallardo amante,  
que hasta la tierra le parece estrecha.  
Y no hay dicha a su dicha semejante 435  
cuando a la espalda la mantilla echa,  
y las calles se lleva por delante,  
pensando en el gachón que su alma adora,  
en su propia hermosura se enamora.

Corazón toda ella, y alma, y vida 440  
y gracia, y juventud, desprecio siente  
hacia la sociedad, libre y erguida,  
hollándola con planta independiente.  
Dejando a su pasión franca salida,  
un pues mejor rasgado e insolente, 445  
con cara osada por respuesta arroja  
si alguno reprendiéndola la enoja  
pobre mujer para sufrir criada,  
vil la marcó la sociedad impía,  
viviendo en medio de ella condenada 450  
a perpetua batalla y rebeldía.

Hija del crimen, sola abandonada  
a su propia experiencia y energía,  
sin más lazo en el mundo ni consejo,  
que un padre preso, criminal y viejo. 455

Era el tío Lucas, padre de la bella,  
hombre de áspero trato y de torcida  
condición dura y de perversa estrella,  
sin cesar por su boca maldecida;  
pocas palabras de indolente huella, 460  
mal encarado y de intención dormido,  
chico y ancho de espaldas, y cargado.  
Largo de brazos y patiestevado.

De chata y abultada catadura,  
de entrecana y revuelta espesa ceja, 465  
ojos saltones y mirada dura,  
blanca patilla a trechos y bermeja,  
la frente estrecha y de color oscura,  
rojo el pelo, como áspera guedeja,  
inaccesible al peine, aborrascado, 470  
en vedijas le cubre enmarañado.

No hay cárcel ni presidio en las Españas  
que no conserve de él alta memoria,  
ciudad que no atestigüe de sus mañas,

ni camino sin muestras de su gloria; 475  
y consignada está de sus hazañas,  
en procesos sin fin, su ínclita historia,  
aunque oscura y truncada, que a la pluma  
fió muy poco su modestia suma.

Lleva a rastra los pies andando, y mueve 480  
pesada y vacilante la cabeza,  
su pensamiento a intención aleve  
mostrando en su abandono y su pereza.  
Mosquitos insigne, por azumbres bebe  
sin vacilar un punto su firmeza; 485  
siempre fumando el labio ya tostado  
con el tabaco negro y quemado.

Raya en sesenta años, y cincuenta  
hace ya que empezó sus correrías,  
quiénes fueron sus padres no se cuenta, 490  
ni dónde ha visto sus primeros días.  
Siempre sagaz, diversa historia inventa  
de sus viajes, familia y fechorías,  
cambia su nombre y patria, dando largas  
así a las horas de su vida amargas. 495

Este honrado varón, cuando desnudo  
Adán entró en la cárcel, y la gente  
le examinaba con anhelo rudo,  
explicó el caso con sesuda mente:  
«¿No habéis, les dijo, visto nunca un mudo? 500  
¿Qué diablos os chungáis de un inocente?»  
Y apartó a todos, con afecto raro  
dando a su mudo protección y amparo.

Y como luego el inocente diera  
pruebas de su vigor y valentía, 505  
y abriera a uno en desigual quimera  
contra las piedras la cabeza un día.  
Tanto amor le cogió, que la severa  
faz desplegando que jamás reía,  
hablaba siempre dél guiñando el ojo 510  
con cierta sonrisita de reajo.

«El chaval, el chaval», decía entre sí,  
«Meterle mano, que mejor gazapo  
no ha regalado el líbano al buchí3;  
vamos con él a quién es el más guapo.» 515  
Y cuando vio que el mozo hecho un zahorí  
camina viento en popa a todo trapo,  
y aprende a hablar y en ardimiento crece  
y hacerse un hombre de provecho ofrece,  
fundó esperanzas el astuto viejo, 520  
y comenzó a formarle a su manera,  
y le oye el joven con sagaz despejo  
y con más atención que conviniera.  
A él y a nadie más pide consejo,

sometida al talento su alma fiera, 525  
que en las cosas del mundo el viejo es ducho,  
y el candoroso Adán le tiene en mucho.

Su observación profunda y su experiencia  
ha reducido a máximas la vida,  
es cada frase suya una sentencia, 530  
cada palabra una ilusión perdida:  
torpe y lento en hablar, vierte su ciencia  
en truncados períodos sin medida,  
más en su gesto su intención marcada  
que el valor de la palabra hablada. 535

Como entreabierta garra alza la mano,  
siempre de quite al frente el movimiento,  
y habla gruñendo como perro alano  
con ojos de través y sordo acento.  
Sobre la frente el pelo rojicano, 540  
la barba sobre el pecho, al mozo atento  
que su doctrina codicioso espera,  
una noche le habló de esta manera:

Hijo mío, pocos años  
me quedan ya que matar, 545  
porque a mí me han de acabar  
la viuda<sup>4</sup> o mis desengaños  
a ti mañana, a mí hoy.  
Yo soy punta y tú eres mango,  
este mundo es un fandango; 550  
tú vienes y yo me voy.

Mira, de nadie te fíes,  
hijo Adán, vive en acecho,  
lo que guardes en tu pecho  
ni aún a ti mismo confíes. 555

La gente... No hay un amigo:  
al que cae, la caridad...,  
de una mala voluntad  
tienes un falso testigo.

Si mojas<sup>5</sup> a alguno, cuida 560  
de endiñarle al corazón...  
No se olvida una intención  
y un beneficio se olvida.

Eres mozo, al mundo sales.  
De los montes se hacen llanos. 565  
Buena suerte y muchas manos,  
y callar y vengan males.

A malos trances más bríos:  
como la mar es en suma  
el mundo, pero en su espuma 570  
se sustentan los navíos.

Las mujeres... La mejor  
es una lumia<sup>6</sup>: en el suelo  
el diablo no tiene anzuelo

más seguro ni peor, 575

ellas te chupan el jugo,  
y te espantan los parnés7:  
cuando carne comer crees  
estás comiendo besugo.

El hombre ahí ha de enredar 580  
sin que le enrede el enredo,  
tú no te chupes el dedo,  
que no hay que pestañear.

Mala siembra, mala siega;  
nada me va, nada sé; 585  
quien más mira menos ve,  
y di la verdad, Juan Niega.

Esto es negro para ti,  
pero ya lo entenderás,  
y acaso te acordarás, 590  
cuando lo entiendas, de mí.

Poco en verdad el candoroso mozo  
de tan profundas máximas comprende,  
con tal misterio y maleante embozo  
hablándole de un mundo que no entiende. 595  
Y al través de su rústico rebozo,  
si el sentido tal vez sagaz trasciende  
de alguna frase, en su confuso empeño  
cuanto adivina le parece un sueño.

Un mundo que una luz pura ilumina, 600  
que viste y cubre un tan hermoso cielo,  
¿mansión habrá de ser donde camina  
el hombre siempre con mortal recelo?  
¿Y será la mujer, creación divina,  
vida del alma y generoso anhelo, 605  
brillante de placer y de hermosura,  
enemiga también, también impura?

¿Será del hombre el enemigo,  
y en medio de los hombres solitario,  
él, su sola esperanza y solo amigo 610  
verá en su hermano su mayor contrario?  
¿Grillos, cadenas, hambre y desabrigo  
siempre serán el lúgubre sudario  
que vista, al entregarle a su abandono  
el hombre al hombre en su implacable encono? 615

¿Será tal vez que en bandos dividida,  
lucha furiosa en obstinada guerra  
la raza de los hombres fraticida  
alterando el reposo de la tierra?  
¿Qué brazo audaz que justo se apellida 620  
contra su voluntad allí le encierra?  
¿Quién llama criminal a aquella gente  
a quien oye decir que es inocente?

Y él, que recuerda como en sueño apenas

de su vida el primer dulce momento, 625  
¿por qué a vivir en ásperas cadenas  
vino, y cruel con bárbaro tormento  
el hombre de dolor las manos llenas,  
en su inocencia lo arrojó violento,  
castigando con grillos y prisiones 630  
el natural vigor de sus pasiones?

Estas y otras reflexiones rudas  
hierven en su ofuscada fantasía,  
como aparece entre las sombras mudas  
incierto rayo de la luz del día. 635  
Turbio su juicio, amontonando dudas,  
sin fórmula vagando en la sombría  
nube de que su mente está cubierta  
ni acierta a hablar, ni a preguntar acierta.

Tosió entre tanto su Mentor, que arranca 640  
del pulmón a pedazos su catarro.  
Y remoja la voz, que le atranca  
sorbiéndose de vino medio jarro;  
de un negro torcidón como una tranca  
pica, lía y enciende su cigarro, 645  
chupa y empuja con la uña el fuego,  
y en su discurso así prosiguió luego.

¿Tú qué has hecho? No has salido  
chibato<sup>8</sup> del cascarón;  
sin razón o con razón 650  
a la sombra te han traído.

Es sino de criaturas:  
no te gruñirá el barí<sup>9</sup>;  
a mí me tienen aquí  
un chota<sup>10</sup> y mis desventuras 655  
se berreó<sup>11</sup> el maldecido  
y dos señores muy llanos  
vinieron con cuatro alanos  
a sorprenderme en mi nido.

Yo como soy muy cortés 660  
excusé su compañía,  
hasta que vi no podía  
ni por menos ni por pies.

No se llevaron mal chasco:  
seis pobretes... La del humo... 665  
Que por ahí andan presumo.  
Yo aquí a la sombra me rasco.

Por ellos me di a partido;  
dando largas ello irá;  
que no los traigan acá, 670  
y nada se habrá perdido.

Tú, pobrecillo, reserva  
lo que ahora vas a saber,  
que en el mundo hay que aprender

a sentir crecer la yerba. 675

El que lo gana, lo jama12  
a buscársela, hijo mío;  
a hacer tú mismo tu avío,  
que el que no llora no mama.

Y tú para ti has de hacer, 680  
yo te pondré en buen camino.  
Hijo, si tienes buen sino,  
pan te queda que roer.

Los seis pobretes... Más plata  
valen que ha dado el Perú. 685  
Son muy gentes; verás tú  
seis meloncitos de cata.

Muy hombres, muy campechanos,  
no porque yo los alabe,  
pero es cosa que se sabe, 690  
como las tuyas no hay manos.

Saladilla te dirá  
lo que has de hacer: ¡malos mengues13  
te lleven a ti y sus dengues,  
que tan derretida está! 695

Los seis pobretes reciben  
también de este pobre viejo  
de cuando en cuando un consejo,  
y, Adán, como pueden viven.

Yo bien te quise dar 700  
rentas y capellanía,  
pero el que no tiene usía  
se lo tiene que ganar.

El refrán dice, hijo Adán,  
que Dios es omnipotente 705  
y el dinero es su teniente,  
y que sin el din no hay dan.

Con que salud y andar vivo,  
que por tu bien tengo empeño,  
y a Dios, que ya viene el sueño, 710  
cada mochuelo a su olivo.

Quedóse Adán, mientras espera el día,  
rumiando las palabras del bandido;  
pasar el mundo en confusión veía  
con loca fiebre y delirante ruido. 715  
Luego en grata embriaguez su fantasía,  
embargándole el sueño su sentido,  
la imagen en visión encantadora  
le trajo amor de la mujer que adora.

Su loco enajenado pensamiento, 720  
que trae regalo y esperanza al alma,  
ignorado deleite y sentimiento;  
en mitad del desierto umbroso palma



que temple su calor calenturiento,  
y a cuyo pie el viajero se reposa 725  
en paz de amor y languidez sabrosa.

Visión en cuyos brazos descansando  
su oscura cárcel y ansiedad olvida,  
en jardines de rosas respirando  
el encantado aroma de la vida. 730  
El alma allí con movimiento blando  
en el columpio mágica mecida  
de su propia ilusión, cuenta un tesoro  
de esperanzas sin fin, de ensueños de oro  
alma joven y pura que suspende 735  
en la región del aire un devaneo,  
y que en su propia luz, la luz enciende,  
y da forma y visión a su deseo;  
la atmósfera tal vez ruda le ofende  
del ignorado mundo y su mareo; 740  
mas si siente sus puntas dolorida  
su propia juventud cura su herida.

Que hay en el alma, cuando nueva agita  
sus áureas alas, una fuente pura,  
que alegre riega la ilusión marchita 745  
y renueva su fuerza y su hermosura;  
bebiendo de ella el corazón palpita  
hasta que al fin secándose la apura,  
y en vez de la ilusión se alza la pena  
que al manantial purísimo envenena 750  
así en su propia alma su consuelo  
halla el mancebo, y de la pura fuente  
con las aguas de vida su desvelo  
templa, y el sueño perezoso siente.  
Y luego en alas de su propio anhelo, 755  
de la amada mujer, cruza en su mente  
la blanca imagen, que, por más delicia,  
amorosa le besa y le acaricia.

Brilló entre tanto, si decirse puede  
que brilla en una cárcel nunca el día, 760  
donde a su luz la sombra nunca cede  
ni un rayo el sol al corazón envía.  
Donde la tregua que al dolor concede  
un breve sueño con crueldad impía  
rompe la aurora, y vuelve a su faena 765  
el cautivo amarrado a su cadena.

Donde las horas hilan su tejido  
sin enredar tal vez una esperanza,  
y el tiempo al parecer pasa dormido  
sin señales de alivio ni mudanza; 770  
donde tal vez el término cumplido  
que la ilusión del desdichado alcanza,  
es en su ruda, inexorable suerte

en su suplicio una penosa muerte.

Donde... Pero también el hombre olvida 775  
allí su pena en su locura insana,  
ríe y canta, y devánase su vida  
que entre el ayer se enreda y el mañana.

La llaga del dolor adormecida  
templa un olvido, una esperanza vana, 780  
que es el presente lago alborotado,  
do el porvenir se enturbia y lo pasado.

La causa, en tanto, en un rincón dormía,  
sin cuidarse de Adán el escribano,  
y un año largo su prisión corría. 785  
Y nadie de él se acuerda: y un verano,  
y otro pasara, y ciento, y pasaría  
un siglo entero, y mil, y todo en vano,  
situación en las cárceles no extraña,  
gracias al modo de enjuiciar de España. 790

Cuando la hermosa que al mancebo adora,  
quién sabe cómo, acaso malamente,  
logró de la pereza vencedora  
del juez que diese Adán por inocente;  
vista la causa en fin, llegó la hora, 795  
de darle libertad, y delincuente  
no pudiéndole hallar, le sentenciaron  
las costas a pagar que otros causaron.

Las costas, pues, con otras bagatelas  
pagó de sus ahorros la Salada, 800  
cálzase el escribano las espuelas,  
la causa aviva, y la dejó zanjada:  
¡oh, cuánto amor, el corazón desvela  
de una hermosa mujer enamorada!  
¡Cómo voló a la cárcel aquel día 805  
rebotando la nueva en su alegría!

Párase ante la cárcel, precipita  
acá y allá agitada sus paseos,  
frenético su espíritu se agita;  
sueña su alma amantes devaneos. 810  
Un siglo en su ansiedad loca, infinita,  
cuenta cada minuto sus deseos,  
allí esperando a que el escriba venga  
y oír gritar: «Adán con lo que tenga»<sup>14</sup>.

Llegó por fin el anhelado instante; 815  
corrió a la reja la feliz manola;  
toda turbada látele el semblante,  
que amor con mil colores arrebola;  
y trémula la mano, y anhelante  
con un ansia no más y una idea sola, 820  
entre la verja entrándola la agita  
y con el gesto y con la voz le grita,  
y como tigre que acechando hambriento

tal vez descubre presa en la llanura,  
y en arco el cuerpo arrójase violento, 825  
salta, y entre sus garras le asegura,  
no con ansia menor al dulce acento  
que entrando hasta sus tuétanos murmura.

El mozo corre a donde ve su bella  
que al través de la reja se atropella. 830

¡Oh del primer amor dulces escenas  
que presencia risueño el escribano,  
palomas inocentes de amor llenas  
que se huelgan delante del milano!  
Romped, en fin, romped esas cadenas 835  
con que el destino os separó tirano,  
y otras os teja de amorosas flores  
el buen Dios protector de los amores.

Abrazó Adán al redomado viejo,  
honrado padre de su amada prenda, 840  
el cual frunciendo el rígido entrecejo  
le apartó donde nadie los entienda;  
y a solas repitiéndole el consejo  
de la noche anterior, le recomienda  
prudencia y tino y ánimo en la vida 845  
y le abraza otra vez por despedida.

¡Cuánto júbilo al alma y alborozo,  
cuánto loco placer, cuánta alegría,  
sintió alterado el indomable mozo  
libre al mirarse y a la luz del día! 850  
Las arterias palpitantes de gozo,  
baña la luz su audaz fisonomía,  
y de contento el corazón deshecho  
suenan a sus golpes conmovido el pecho.

Y ella veloz con su ademán de maja, 855  
su planta firme y su gentil soltura,  
la calle al lado de su amante baja  
llamando la atención su donosura.  
Y ambos en medio a la común baraja  
de gentes que atraviesan con presura, 860  
y que a su garbo y gentileza atienden,  
ojos a un tiempo y corazón suspenden.

Y él al mirarse al lado de su bella,  
y al tocarla tal vez su tacto es fuego,  
fuego que lanza vívida centella 865  
que el alma y corazón penetra luego;  
páranle a un tiempo su ignorancia, y ella  
que contiene su ardor con blando ruego,  
y acaso su ardimiento también doma  
cuando recuerda la pasada broma. 870

Que ha comprendido Adán que aquella gente  
que él con recelo y cuidado mira,  
es acaso la misma que inclemente

pedras y lodo al inocente tira.  
Y cual furioso loco va impaciente 875  
junto al loquero que temor le inspira,  
así la rienda puesta a sus arrojios,  
gira en redor sus recelosos ojos.

Un pobre cuarto bajo en una casa  
pobre, la moza en Avapiés habita, 880  
de baja planta y de fachada escasa,  
limpia por dentro y de esmerada cuita.  
La llave con incierta mano para,  
y el mancebo infeliz se precipita  
tras ella en la mansión, que amor ahora 885  
con tintas mil de su ilusión colora.

Tintas que bañan en su lumbre pura  
la pobre estancia con celeste encanto,  
vertiendo en torno aromas de dulzura  
que amor derrama de su aéreo manto. 890  
Morada acaso triste, acaso impura,  
mas de la dicha ahora templo santo,  
convertido en Edén de ricas flores  
al soplo germinal de los amores.

Que solo allí con la mujer que adora, 895  
cuya hermosura la mansión encanta,  
bastan apenas al mancebo ahora  
los ojos a admirar belleza tanta.  
Y el fuego que frenético atesora  
el corazón y su vigor levanta, 900  
y su inquietud redobla, fulminante  
en ráfagas de luz brota al semblante.

Y entre sus manos trémula su mano,  
sus labios devorándose encendidos,  
al rudo impulso y al furor tirano 905  
de sus tirantes nervios sacudidos,  
él, ignorante en su delirio insano,  
respondiendo latidos a latidos.  
Al corazón la aprieta, el juicio pierde,  
la besa hambrienta y con placer la muerde. 910

Y una nube quimérica ya vela  
sus sentidos, y vaga y vaporosa  
placer, deleites y delirios cela  
y confunde su dicha vagarosa;  
y la hermosura disipada vuela 915  
de la mujer que espárcese amorosa,  
y donde quiera él, gusta, toca y mira,  
dicho, hermosura e ilusión respira.

Aire que con riquísimos olores  
baña su negra cabellera riza, 920  
luz vagarosa y blanda que de amores  
en los húmedos ojos se desliza,  
voluptuosa niebla de colores

que un deliquio dulcísimo matiza,  
los cerca en derredor embebecidos 925  
en su lánguida magia los sentidos.

Amor encuentra en su sabrosa boca,  
y en sus ojos de amor, amor respira,  
afán de amores en su frente loca  
latir contempla si a su hermosa mira. 930  
Furor ardiente que el amor provoca  
él en su aliento abrasador aspira,  
y ella a su furia y su pasión demente  
doblar su amor al estrecharle siente.

Y amor en voluntad se desvanece 935  
y va a perderse en el remoto cielo,  
que hasta allí disipándose parece  
que elevan sus espíritus su vuelo;  
y el aura del deleite que las mece  
y confunde sus almas en un velo, 940  
cubriéndolas de gloria y de ventura,  
allá las alza en sueños de dulzura,  
sueños que en torno en formas nacaradas  
vagos acá y allá revolotean,  
y en las venas latiendo arrebatadas 945  
entre la sangre trémulos serpean.  
En los rígidos nervios desplegadas  
sus alas placidísimas ondean,  
sobre la frente bulle su armonía  
y ofuscan con su luz la fantasía 950

genios de amor, deidades de hermosura,  
donde la juventud, nuevas creaciones,  
que en el primer placer el alma pura  
llueve desde su cielo de ilusiones;  
inmenso amor, riquísima ventura, 955  
que ignoran los morales corazones  
que el varonil vigor aún no ha sentido  
y está el candor de su niñez perdido.

¡Oh! A su inocencia, a su infantil pureza  
la fuerza juvenil junta el mancebo, 960  
nueva a sus ojos es tanta belleza,  
nuevas sus ansias y su gozo nuevo;  
antes que la ilusión en su cabeza  
seque el deseo con picante cebo,  
dicha, ilusión, amores y delicias 965  
se atropellan en él con sus caricias.

Y allí en tropel, cual vierte su rocío  
en las mañanas del abril la aurora  
sobre las verdes ramas del sombrío  
y en las pintadas flores que enamora, 970  
al alma y cuerpo con amante brío  
la turba de placeres voladora,  
que en torno en algazara se levantan.

En círculos de júbilo la encantan.

Olas que van y vienen en su mente 975  
son sus alborotados pensamientos,  
confusos todos en tumulto ardiente  
brotando el corazón sus sentimientos;  
y al armonioso estrépito latente  
absortos los sentidos, los violentos 980  
impulsos del amor muestran pasmados  
en éxtasis de gozo arrebatados.

¡Oh! ¡Cómo vibra y en acorde canto  
el alma de ella al alma de su amante!  
¡Oh! ¡Cómo tanto amor, delirio tanto 985  
se retrata en su célico semblante!  
¡Oh! ¡Cuál le presta su ignorado encanto  
su espíritu a su espíritu flotante,  
como el arco del músico se agita  
cuando violenta inspiración le excita! 990

Que, como cuando arrebatado azota  
al muelle mar el huracán violento,  
las apiñadas olas que alborota  
a merced van del combatido viento,  
así en la llama eléctrica que brota 995  
el alma en cada nuevo sentimiento,  
envuelta el alma ajena y sacudida  
vaga a merced de la pasión perdida.

Y ahora que así las almas considero  
prestándose placer, gloria y ternura, 1000  
pararme un punto y lastimarme quiero  
de mi propio disgusto y desventura;  
que ya gastado de mi ardor primero  
el tesoro riquísimo se apura.  
Y en mi amargo dolor continuo lloro 1005  
perdido malamente aquel tesoro.

Aunque por otra parte me consuela  
no tener ya que ir como iba un día  
a escape con el alma y dando espuela  
al alma que en mi curso antecogía; 1010  
ni soñada esperanza me desvela,  
ni doy crédito ya a mi fantasía,  
y si de amor no late el pecho mío  
también en cambio a mi placer me hastío.

¡Oh! ¡Bendita mil veces la experiencia 1015  
y benditos también los desengaños!  
Piérdese en ilusión, gánase en ciencia,  
gastas la juventud, maduras años,  
tanta profundidad, tanta sentencia,  
tantos remedios contra tantos daños, 1020  
¿a qué los debes, mundo, en tanta copia  
sino a la edad y a la experiencia propia?  
¿Y habrá tal vez alguno que sostenga

que no vale la ciencia para nada?  
¿Y habrá menguado que a probar nos venga 1025  
que está la dicha en la ilusión cifrada?  
¿Pues hay cosa que más nos entretenga  
que medir de los astros la jornada,  
y saber que la luna es cuerpo oscuro,  
y aire ese cielo al parecer tan puro? 1030  
Viva la ciencia, viva, y si en el mundo  
perdiste ya del alma la energía,  
y en ella guardas con dolor profundo  
algún recuerdo de un dicho día  
con viva aplicación meditabundo 1035  
engólfate en los libros a porfía,  
que aunque ellos nunca calmarán tu pena  
al menos te dirán qué es luna llena.

Y entretanto, vosotros los que ahora  
pinté embriagados de placer y amores, 1040  
gozad en tanto vuestras almas dora  
la primera ilusión con sus colores.  
Gozad, que os brinda la primera aurora  
con el jardín de sus primeras flores.  
Coged de amor las rosas y azucenas 1045  
de granos de oro y de perfumes llenas.

Y sed vosotros isla de verdura  
donde repose yo, cansado y yerto  
del sol que ennegreció mi frente pura  
y del árido viento del desierto. 1050  
Idea de suavísima dulzura  
vosotros sed do el pensamiento incierto  
fije su vuelo, y vuestro aroma blando  
venga a mi corazón su afán templando.

## Canto V

### Cuadro I

Interior de una taberna en el Avapiés. En un rincón junto a una mesa  
ADÁN con la SALADA; ella contemplándole con recelosa curiosidad, él  
distráido: grupo de majos a un lado: grupos de manolos y manolas que  
danzan. Un hombre con traje mitad seglar, mitad eclesiástico, flaco,  
ruin de estatura, chato, lampiño, pelleja arrugado, pelo pobre y  
rojizo chisgarabís repugnante, toca la guitarra. Su edad cuarenta

años15.

UN MANOLO Buen ánimo, padre cura.  
Vamos, otra seguidilla.

MANOLA 1.<sup>a</sup> ¡Qué sería está Saladilla!

MANOLA 2.<sup>a</sup> Chica, por poco se apura.

MANOLA 1.<sup>a</sup> (Al CURA.)  
¿No canta usted?

CURA (Con ademán salado que le sienta muy mal.)  
¡Salerosa! 5

MANOLA 1.<sup>a</sup> ¡Viva la gracia!

MANOLA 2.<sup>a</sup> Mohosa,  
mala mano te desuelle.

CURA (Apurando el vaso.)  
¡Sangre de Cristo! Al avío.

MANOLA 2.<sup>a</sup> Vamos pues, toque usted aprisa.

CURA Consumé: siga la misa, 10  
y ayúdame, hijo mío.  
(A un mozalbete que alternará con él cantando.)  
(Mientras rasga la guitarra, desaparece la fisonomía  
del CURA escuerzo entre millares de innobles gestos.)  
No hay religión más santa  
(Canta.)  
que la de Cristo,  
que señala a los moros  
como enemigos. 15  
Guerra a los cueros,  
porque matando moros  
se gana el cielo.



(Danzan.)

SALADA ¿Estás triste, dueño mío?  
¿No respondes?

ADÁN (Distraído.)  
No sé, siento 20  
una ansiedad, un tormento.

SALADA Me matas con tu desvío.  
Mira, Adán, me miro en ti  
como en Dios. ¿Qué mal te oprime?  
Por Dios, Adán, por Dios dime 25  
que también me amas así.

ADÁN (Con frialdad.)  
Sí, te amo.

SALADA (Con ternura.)  
¿No es verdad?  
Yo con locura; ¿suspiras?  
¿No respondes? ¿No me miras?

(ADÁN recorre con los dedos la mesa, y los ojos bajos profundamente pensativo: ella con zozobra le mira fijamente y los ojos húmedos de lágrimas. Sigue la danza.)

MANOLA 1.<sup>a</sup> (Con desgarró.)  
¡Jalea de Navidad! 30  
¿Quién me la compra?

MANOLA 2.<sup>a</sup> (Señalando a ADÁN y a la SALADA.)  
¡Qué par!  
¡La romántica ya llora!  
Traigan agua a la señora,  
porque se va a desmayar.

CURA (Canta.)  
La mujer y las flores 35  
son parecidas,

mucha gala a los ojos  
y al tacto espinas.  
Y yo, que tengo  
el corazón herido 40  
nunca escarmiento.

(Corro de guapos.)

GUAPO 1.º ¿Con que es aquél?  
(Señalando a ADÁN con el gesto.)

GUAPO 2.º Aquél es.

GUAPO 3.º Un trago, que pase el miedo.

GUAPO 2.º Señor Matorrales, quedo  
que es muy hombre.

GUAPO 3.º ¿Por los pies? 45

GUAPO 2.º Y por las manos.

GUAPO 1.º Amigo,  
dice el refrán que su silla  
pierde el que se va a Sevilla.

GUAPO 2.º Y es natural.

GUAPO 3.º Pues yo digo  
que la cortaré la cara. 50

MANOLO 1.º Coja usted tierra, salero.

(MANOLOS bailando.)

CURA (Mirando de reojo a los majos.)  
Buena danza se prepara.  
(Canta.)  
Tienes una boquirris  
tan chiquitirris,  
yo me la comeriba 55  
con tomatirris.

EL CHICO (Canta.)  
Y en tus ojillos,  
¡ay!, se me baila el alma  
que me derrito.

GUAPO 1.º¿No te ha conocido?

GUAPO 3.ºNo; 60  
está ella muy distraída.

GUAPO 2.ºQuien bien quiso tarde olvida.

GUAPO 3.ºPues ella pronto olvidó.

TABERNEROUna azumbre se me debe.

GUAPO 3.ºEche usted otra, que quiero 65  
que el mozo aquel tan salero  
y aquella niña lo pruebe.

ADÁN (A la SALADA.)  
¡Me ahogo! Siento un deseo,  
Salada, no sé de qué;  
un afán...

SALADA Yo sí lo sé; 70  
no me quieres: bien lo veo.

ADÁN¿Vistes aquel pez dorado  
que en tu casa, en un fanal,  
breve lago de cristal,  
da vueltas aprisionado, 75

y en la ventana al sol mira  
tejiendo en torno colores,  
y en las macetas las flores  
donde la brisa suspira;  
y ya escucha su rumor 80  
que le encanta, y le suspende  
ya la llama que se enciende,  
ya la beldad de la flor;  
y en su cárcel cristalina,  
nada con más ligereza, 85  
por gozar de la belleza  
que los ojos le fascina?  
Pues así yo, dueño mío,  
la tierra, la luz, el cielo,  
disfrutar con loco anhelo, 90  
y sin saber cómo, ansío.

SALADAMira, si tú, vida mía,  
me amaras como yo a ti,  
todo eso hallaras en mí  
y tu ansiedad calmaría 95  
yo..., que tu amor sólo anhelo,  
para templar mis enojos,  
busco mi luz en tus ojos,  
hallo en tu frente mi cielo.  
Y estando a tu lado, Adán, 100  
ni ese sol ni el cielo veo,  
que eres todo mi deseo  
y eres tú todo mi afán.  
Decir ternuras ignoro,  
ruda y salvaje nací, 105  
no sé qué pasa por mí  
ni tampoco por qué lloro.  
Fuego en mi amargo dolor,  
fuego de Dios es mi estrella  
que no me formó más bella 110  
para aumentarte tu amor.  
Mal haya, mal haya amén  
cuando te vi, ¿y quién te viera  
que al mirarte no aprendiera  
al momento a querer bien? 115

ADÁN; Ves tú cuándo tornasola  
los cielos la luz del día,  
y huye la noche sombría;  
y en tintas mil arrebola  
la aurora el blanco celaje, 120  
y cantar a la alborada

las aves en la enramada,  
luciendo el vario plumaje?  
Más placer, más luz, más vida,  
más amor vierte a torrentes 125  
ese estrépito de gentes  
que en multitud confundida  
ayer vi cuando a tu lado  
con tanto afán, tanto gozo,  
tanta gala y alborozo, 130  
bajaban tantos al Prado.  
Adornos tan relucientes,  
ricos trajes y colores,  
coches, caballos, primores  
y gustos tan diferentes; 135  
y el lujo y la gentileza  
de aquellos tan altaneros  
que llamas tú caballeros  
y damas de la nobleza;  
¿cómo pueden no admirar 140  
al que siquiera los mire?  
¿Quién habrá que no suspire  
por su grandeza igualar?

SALADA ¿Quién mejor que tú entre ellos?  
Por el mejor de más brío 145  
no trocara yo, Adán mío,  
un rizo de tus cabellos.

ADÁNO estoy loco, vive Dios,  
o no me entiendes, Salada.

GUAPO 3.º (Se acerca al 1.º con el jarro de vino.)  
Ve y dales la cambiada 150  
y brinda tú por los dos.

(Quedan en observación en el rincón opuesto los dos guapos.)

GUAPO 1.º (A ADÁN y la SALADA.)  
Dios bendiga lo que cría  
bueno, y lo estoy yo mirando.

SALADA (Con desgarro.)  
¡Vaya un don necio!

GUAPO 1.º Estimando  
mi alma, más cortesía, 155  
(A ADÁN.)  
Mocito, un sorbo quisiera.  
(ADÁN sin mirarle continúa distraído.)  
¿Y usted niña?

SALADA Me hace mal  
la espuma.

GUAPO 1.º (Acercándose al oído de ella.)  
¡Viva la sal!  
¿Está el gaché de quimera?

SALADA ¿Sabe usted los mandamientos? 160  
Pues el quinto no moler.

GUAPO 1.º Se me olvidan sin querer  
a veces.

GUAPO 3.º (Al 2.º en acecho desde el rincón opuesto.)  
Bebo los vientos  
de pura cólera.

GUAPO 2.º El majo  
de monos sin duda está. 165

(Coro de baile.)

MANOLA 1.ª ¡Un soponcio, que me da!

MANOLO 1.º ¡Viva ese desparpajo!

CURA (Canta.)  
Nunca mató a los hombres  
la pena negra.  
Desventuras y males 170

y penas vengan.  
¡Ay! ¡Las mujeres  
a los hombres mejores  
les dan la muerte!

GUAPO 1.º (A ADÁN.)  
Mocito, ¿usted ha perdido 175  
el habla?

SALADA Vaya un moscón.

ADÁN No gasto conversación.

GUAPO 1.º ¿Se da usted por ofendido?  
Pues lo siento.

ADÁN (Con calma.)  
Se acabó.

SALADA ¿Lo quiere usted claro?

GUAPO 1.º Sí. 180

SALADA Que está usted de más aquí.

GUAPO 1.º (Se rasca con sorna y meneos truhanescos.)  
No entiendo indirectas yo.

GUAPO 3.º (Al 2.º)  
El demonio me retienta  
compañero.

(Continúan en acecho.)

GUAPO 2.º Críe usted pecho.

GUAPO 1.º;Tengo una sangre!

GUAPO 2.ºEl despecho. 185

GUAPO 1.ºY la indina que lo aumenta.

(Corro de baile.)

MANOLA 1.ªPae cura, usté se enronquece.

MANOLA 2.ªHija, dale un caramelo.

CURADe verte a ti me amartelo  
pichona.

MANOLA 2.ªMe lo parece. 190

CURA (Canta.)  
Arrecógete y brinca,  
menéate y salta,  
porque tanto meneo  
me lleva el alma.

EL CHICO (Canta.)  
¡Jesús, qué liga! 195  
Y es lo bueno que nunca  
miente la pinta.

SALADA¿Con que no?

GUAPO 1.ºPues por supuesto.

(ADÁN se levanta y lo coge con fuerza del brazo.)

ADÁN Buen amigo, basta ya.



(Le separa sujetándole sin trabajo y vuelve a sentarse.)

GUAPO 1.º (Echa mano de la navaja.)  
Un demonio bastará, 200  
que el brazo me ha descompuesto.

GUAPO 3.º Compañero, me perdí.  
(Al 2.º, echándose ya en medio.)

GUAPO 2.º (Siguiéndole.)  
Ya se armó.

GUAPO 3.º Mala carcoma.  
(Desembozándose y presentándose a la SALADA.)  
Di, ¿me conoces? Pues toma.  
(Le tira una navajada a la cara que no le da.)

SALADA Esas se dan siempre así. 205  
(Le entra el cuchillo junto al corazón.)

GUAPO 3.º ¡La unción! ¡Favor! ¡Me han herido!

TABERNERO ¡En mi casa!

CURALas lió.  
(Tira la guitarra y sale a escape.)

(Huyen todos precipitadamente; coge a ADÁN la SALADA del brazo, y salen juntos por la puerta de la trastienda.)

ADÁN ¿Qué has hecho tú?

SALADA ¿Qué sé yo?  
Corre pronto.

TABERNERO Me han perdido.

(Gente, justicia que acude, etc.)

## FIN DEL CUADRO

Tú el espíritu amor, tú eres la vida 210  
de la mujer que en tu ilusión se ceba,  
y halla en ti sólo su ansiedad cumplida  
la que tu dardo penetrante prueba.  
El viento en remolinos sacudida  
acá y allá inconstante el alma lleva 215  
del hombre, y pasajero devaneo  
eres no más de su primer deseo.

Inmenso mar que brinda al navegante  
con mansas olas y sereno viento.  
Y una playa riquísima y distante 220  
que ilumina a su gusto el pensamiento,  
y una luz que se pierde rutilante,  
y brilla con inquieto movimiento,  
glorias, tesoros, la esperanza ofrece  
a su ambición que en su delirio crece. 225

¡Cuánto en la juventud la vida es bella!  
Con músicas regala nuestro oído,  
los ojos guía reluciente estrella,  
brinda la flor aromas al sentido.  
Lánzase el hombre con ardor tras ella, 230  
como al dejar al águila su nido,  
buscando al sol, y con seguro vuelo  
volando a hallarle en el remoto cielo.

¿Quién parará su rápida carrera?  
¿Quién pondrá coto a su afanar ardiente? 235  
Corre campo a buscar, como la fiera  
que se lanza en el circo de repente.  
Arrebata tal vez en su primera  
locura al que se opuso, indiferente  
lo abandona después. ¡Ay! ¡Desdichada 240  
la mujer que se oponga a su pasada!

Flor que arrebató de su tallo el viento,  
la roba enamorado y se la lleva,

bésala y acaríciala violento  
con nuevo ardor y con locura nueva; 245  
bebe su aroma de su olor sediento,  
y las hojas le arranca; en ella ceba  
su amoroso furor, y al fin la arroja  
cuando marchita y sin olor le enoja.  
Y sigue, y allá va, y allá se lanza, 250  
y allá acomete, la región buscando,  
que la imaginación apenas alcanza  
a pintarse, su vuelo remontando:  
y él allá va, y ardiente se abalanza,  
cayendo despeñado y tropezando, 255  
a merced de su propia fantasía,  
tras la engañosa estrella que le guía.

## Cuadro II

### Escena I

Habitación de la SALADA.

(ADÁN y la SALADA.)

SALADA (Acariciándole.)  
Gachón mío, di, ¿no das  
un beso a tu pobre amante?

ADÁN¿Por qué has herido a aquel hombre? 260

SALADA¿Por qué? Porque yo a mi padre  
le he oído decir, que gana  
el pleito quien pega antes.

ADÁNNo sé por qué no me gusta  
ver esas manos con sangre. 265

¡Son tan lindas! Llevar flores  
mejor que un puñal les cae.

SALADA Bien puede ser, y si quieres,  
tan sólo por agradarte,  
nunca cogeré un cuchillo, 270  
y aun dejaré que me maten.  
(Con gachonería.)

ADÁN ¡Qué hermosa es!  
(Le da un beso.)

(La SALADA juega con sus rizos.)

SALADA ¡Como en ondas  
los negros rizos te caen!  
Quisiera tener millones  
de almas para adorarte, 275  
y en cada cabello tuyo  
enredar una. ¡No sabes  
cómo te amo, Adán mío!  
Y en esos ojos que arden,  
quisiera ser mariposa 280  
para en su luz abrasarme.  
Échate, Adán, en mi falda,  
así. ¿Estás bien? ¡Cuál te late  
el corazón! ¿No es verdad  
que es sólo mío? ¡Ah! Dame 285  
otro beso, mas ¿qué tienes?  
¿No me escuchas?

ADÁN (Entre sí.)  
¿Por qué nacen  
pobres como yo los unos,  
y nacen los otros grandes?

SALADA ¿Qué murmuras?

ADÁN Tú que has visto 290  
esos ricos tan galanes,  
que en poderosos caballos,  
con jaeces tan brillantes

galopan, o reclinados  
en magníficos carruajes, 295  
parece que se desdennan  
en su soberbia insultante  
de mirar a los que cruzan  
a pie, como yo, las calles;  
tú, en fin, que el mundo, aunque en vano 300  
quisiste ayer explicarme;  
mundo que en mil confusiones  
más me enreda a cada instante,  
dime, ¿esas damas tan bellas  
con esos garbos y trajes, 305  
viven así? Dime, ¿hablan  
como nosotros? ¿Qué hacen?

SALADA (Con gesto desabrido.)  
Dueño mío, somos hijas  
toditas de un mismo padre,  
y la mejor es tan buena 310  
como yo, y ¡gracias!...

ADÁN Me hablaste  
de eso: de un padre común  
también ayer.

SALADA Son de carne  
y hueso como tú y yo.

ADÁN Es inútil que me canse. 315  
Ni yo te acierto a entender,  
ni tú aciertas a explicarte.  
Pero dime, ¿cuáles son  
sus diversiones, sus bailes,  
su vida, sus alegrías, 320  
sus casas? ¿Cómo se hace  
para juntarse con ellos  
con ellos vivir, hablarles,  
y en lujo, poder y galas  
a su grandeza igualarse? 325

SALADA ¿Te acuerdas, Adán, del pez  
dorado, que entre cristales  
gira admirando del sol  
los rayos en que se parte,  
y oyendo el rumor del aura 330

entre las flores suave,  
embebecido en su música  
ansía quebrantar su cárcel  
por gozar de la armonía  
de luces, flores y aire? 335  
Pues, pobre pez si cumpliera  
su voluntad, que al hallarse  
en otro ajeno elemento  
del elemento en que nace,  
céfiros, luces y flores 340  
le dieran muerte al instante.  
Sueños son éstos, Adán,  
los que tu mente distraen,  
aire que anhelas coger,  
porque los sueños son aire. 345  
Entre esas gentes altivas  
quien más de nosotros vale,  
no alcanza sino desprecios  
en premio de su donaire.  
Nuestros enemigos son, 350  
y el modo de ser iguales,  
es en la misma moneda  
en que nos pagan pagarles.  
Y piensa... Pero no quiero  
pensar en ello, ni caben 355  
pensamientos de otro amor  
en tu corazón de ángel.  
Pero..., si acaso esas damas...  
(Con ira celosa.)  
Las de las blondas y encajes...  
Tal vez..., si tú en tu delirio 360  
de mí olvidado..., no sabes,  
Adán, de lo que es capaz  
una mujer por vengarse;  
pero no, no; no es verdad.  
Tu amor es mío; Adán, dame 365  
mil besos, uno tan sólo  
que mis inquietudes calme.

ADÁN Puede ser; pero ¿por qué  
riquezas que son palpables,  
galas que miran mis ojos, 370  
no han de estar nunca a mi alcance?  
Tanta ansiedad me fatiga,  
mil pensamientos combaten  
dentro de mí, pasan, huyen...  
Un beso, mi bien.  
(Le besa la SALADA con amor.)  
Regale. 375

Tu boca mi corazón.  
Y entre tus brazos descansa  
de tanto afán.  
(Se duerme.)

(La SALADA le contempla dormido con ternura íntima, y le hace aire con un abanico, mientras le guarda el sueño. Besa de cuando en cuando la frente hermosa y serena de ADÁN, y le separa los rizos que el aire suele traer a vagar sobre ella.)

SALADA Se ha dormido.  
¡Qué hermoso es! ¡Qué suaves  
sobre sus cerrados ojos 380  
las negras pestañas caen!  
¡Cómo respira! No hay flores  
que tan rico olor exhale  
como para mí su boca.  
¡Cómo en su frente se esparce 385  
tanta belleza, reunida  
a tan varonil y grave  
majestad! ¡Qué diferente  
de los otros hombres! ¡Nadie  
más feliz que yo!... ¡Amor mío! 390  
¡Ah! ¡Déjame que te ame  
toda mi vida, y me muera,  
mi bien, así, contemplándote!  
Pero, ¿por qué esta zozobra  
con que el corazón me late? 395  
¿Por qué de súbito siento  
ira y locura, y matarle,  
a veces cuando le miro,  
quisiera, y luego matarme  
a mí también? ¡Porque sea 400  
mío sólo! ¿Quién robarme  
mi dicha y su amor intenta?  
Él es mío, no ama a nadie,  
ni puede amar sino a mí.  
A mí sola; a mí. ¿Y quién sabe 405  
si siempre así me amará?  
¡Oh! ¡El corazón se me parte  
de sólo dudarlo! Entonces...  
¡Triste la que me arrebató  
su corazón! ¡Oh! ¡Morir 410  
sólo me queda en tal trance!  
¡Matarle y morir, y luego,  
idolatrar su cadáver!  
¿Y qué mujer, en mis brazos

será capaz de robarte, 415  
Adán mío?  
(Con ternura.)  
¡Cómo suda!  
(Le enjuga la frente con un pañuelo blanco.)  
¡Oh sean mis manos cárcel  
de ese corazón que es mío;  
que no me lo robe nadie!  
(Le pone ambas manos sobre el pecho como para  
aprisionarle el corazón.)  
¡Oh! Deshojad sobre su frente flores 420  
del noble mozo en su primer mañana,  
guardad su sueño, amores,  
mimad conmigo su beldad temprana.  
Dejadme en mi alegría  
cuidar ya sola de la flor que es mía. 425

ADÁN;Qué calor!, ¿dónde estoy?  
(Despierta.)  
Aquí, bien mío.

SALADA;No me ves? A mi lado.

ADÁN;Oh!, sí, soñaba;  
pero un sueño tan dulce, un desvarío  
tan alegre, que el alma me robaba.

SALADA (Reconviniéndole dulcemente.)  
No hay sueño alguno por feliz que sea 430  
que yo no cambie por mirar tus ojos,  
y tú el sueño al dejar que te recrea,  
viéndome al despertar sientes enojos.

ADÁN;Era un sueño... Sabrás, hermosa mía,  
que era una tarde en el florido abril, 435  
cuando viste del campo la alegría  
hojas al bosque, flores al jardín,  
vagaba solo yo por la ribera  
del Manzanares. Lo que fue de ti  
no sé, Salada mía, ni siquiera 440  
cómo yo solo me encontraba allí.  
Cuando de pronto a la azulada cumbre  
de un monte lejos me sentí volar,  
y un hilo suelto al aire en viva lumbre  
vi ante mis ojos fúlgido ondear. 445



Yo asido al hilo trepo a la montaña,  
¡oh!, ¡cuánto entonces a mis plantas vi!  
¡Cuántos acentos y algazara extraña,  
alzarse alegre de repente oí!  
Luciendo generosa gentileza, 450  
cien caballeros rápidos pasar,  
ágiles vi, domando la fiereza  
de sus caballos que al galope van.  
Y entre la luz de remolinos de oro  
que deslumbra los ojos como el sol, 455  
mujeres, de beldad rico tesoro,  
brindando glorias y vertiendo amor.  
Y danzas, juegos, y algazara y vida,  
magnífico tropel y movimiento  
riqueza abandonada y esparcida 460  
cuanta puede crear el pensamiento.  
Y yo también con ellos me juntaba  
y con oro y con trajes de colores  
yo, cual aquella gente me adornaba  
y también mis caballos a mi brío. 465

SALADA; Y ni un recuerdo para mí entre tanto,  
ni un recuerdo guardabas, Adán mío,  
a esta pobre mujer que te ama tanto!

ADÁNY en un caballo con la crin tendida,  
la cola suelta vagaroso, al viento, 470  
y la abierta nariz de fuego henchida,  
en alas iba yo de mi contento.  
Y zanjas, montes, valles y espesuras,  
y ramblas, y torrentes traspasaba,  
y otros montes después, y otras llanuras, 475  
y nunca fin a mi carrera hallaba.  
Y siguiendo a mi loca fantasía,  
jinete alborozado en mi bridón,  
latiendo de entusiasmo y de alegría,  
mi anhelo redoblaba su furor. 480  
Mi frente sudorosa palpitando,  
azotaba mi rostro el huracán,  
mis ojos, fuego en su inquietud lanzando,  
campo adelante devorando van.  
¡Oh!, ¡qué placer! En medio al torbellino, 485  
oír el trueno rebramar y el viento,  
siguiendo en polvoroso remolino  
el ímpetu veloz del pensamiento.  
¡Y en incesante vértigo y locura,  
desvanecida en confusión la mente, 490  
cuanto el deseo y la ilusión figura

arrojarse a alcanzarlo de repente!  
¡Oh! Yo entendía voces y cantares,  
y vi mujeres ante mí volar,  
y atrás quedaban gentes a millares, 495  
y encontraba otras gentes más allá.  
¡Oh!, si me amas, si tu amor es cierto,  
llévame al punto donde yo soñé.  
¡Un caballo!, ¡un caballo!, ¡campo abierto!  
Y déjame frenético correr. 500  
Viento que en torno de mi frente brame  
rayos que sienta sobre mi tronar,  
triumfos, y glorias, y riquezas dame  
que derramen mis manos sin cesar.

SALADA ¡Oh! ¡Adán! ¡Adán! ¡Tu corazón no es mío! 505  
¡Oh! Tu ambicioso corazón delira.  
¡Ay!, que me lo robó tu desvarío,  
¡y por sólo mi amor ya no suspira!  
Pobre mujer, ¿qué puedo yo ofrecerte,  
ni qué te puedo en mi desdicha dar? 510  
Ten compasión de mí; dame la muerte;  
¡oh!, no me dejes sin tu amor llorar.  
¡Ah!, dime, ¿dónde, dónde yo podría  
hallar esas venturas para ti?  
¿Dónde? Mas ¡ah!, ¡que la desdicha mía 515  
en mi impotencia me arrojó a morir!  
Jamás, jamás, Adán, nunca hasta ahora  
mi bajeza en el mundo he conocido.  
¡Mi corazón, que desgarrado llora,  
tan amargo dolor nunca ha sentido! 520  
¡Oh!, ¿qué me da mi condición villana?  
Despreciable mujer, juguete vil,  
arrojada en el mundo una mañana  
cuando la luz entre miserias vi,  
cuando entre bosques que el viajante ignora 525  
mi madre moribunda me parió,  
nacida al mundo en maldecida hora,  
¡fruto podrido, hija de un ladrón!  
¿Sabes Adán, lo que le guarda el mundo,  
a la que nace como yo nací? 530  
En una cárcel un rincón inmundo,  
y un hospital quizá donde morir.  
Una belleza, infame mercancía,  
que una pobre mujer por oro trueca,  
y gozando en su propia villanía 535  
un corazón que el infortunio seca.  
Y en pecado y vergüenza concebida,  
y en la frente el escándalo marchar,  
a abrirse campo en su azarosa vida,

con lucha eterna e incesante afán. 540  
¡Miserable de mí!, ¡yo había vivido  
contenta con mi orgullo en mi bajeza!  
Tú no lo sabes, pero tú has herido  
un alma, en fin, que a comprenderse empieza.  
Tú, Adán mío, sin querer has hecho 545  
pedazos mi amargado corazón,  
perdida ya la que guardó mi pecho  
ilusión dulce de un dichoso amor.  
¡Oh!, ven acá, te estrecharé en mis brazos,  
déjame en mi dolor llorar así; 550  
¡fueran, Adán, eternos estos lazos,  
y yo llorara en mi aflicción feliz!  
¡Déjame que te apriete al corazón!  
No sé qué voz secreta en mi amargura,  
Adán, me dice que a perderte voy. 555  
¡Perderte! ¡Y para siempre! ¿Y yo que nada  
quiero ya, sino a ti, voy a perderte?  
Déjame así morir, así abrazada,  
¡muriendo yo bendeciré mi muerte!  
Mira, Adán mío, alma de mi vida, 560  
yo no soy más que una infeliz mujer,  
pobre en el mundo, una mujer perdida,  
con sólo desventuras que ofrecer.  
No tengo nada; ¡pero te amo tanto!  
¡Tengo un tesoro para ti de amor! 565  
¡Oh!, no me dejes, muévate mi llanto,  
muévate mi afligido corazón.  
¡Oh!, ¡no me dejes! Y pues ansías oro  
y dichas que no alcanzo a darte yo,  
el mundo te prodigue su tesoro, 570  
y yo, tu esclavo, te daré mi amor.  
Yo sufriré en silencio tus desvíos,  
yo tu criada, partiré tu pan,  
y una mirada de esos ojos míos  
hará mi dicha, premiará mi afán. 575  
¡Ah!, ¡no me dejes nunca!

ADÁN¿Yo dejarte?

¿Y para qué, y por qué? ¡Tú, mi querida!  
¿Ni cómo, aunque quisiera abandonarte,  
juntos tú y yo lanzados en la vida?  
Tu desdicha en tus quejas adivino; 580  
¿y habrá de ser eterno tu dolor?  
¡Qué poderosa mano a ese destino  
para siempre, Salada, te amarró!  
¡Oh!, en esas tierras donde yo soñaba,  
allí, do todo es gloria y placer, 585  
allí, do nunca de gozar se acaba,

ven, mi Salada, ven y te amaré.  
Un caballo, un camino, y ese cielo  
yo escalaré; yo siento dentro en mí  
fuerza bastante en mi ambicioso anhelo 590  
para cambiar; ¡quién sabe!, el porvenir.

SALADA; Juntos!, ¡juntos los dos! ¡Oh! Sí, marchemos.

(Dejándose arrebatado del entusiasmo de ADÁN.)

Rompamos del destino las cadenas.  
El mundo no es Madrid, juntos volemos  
a otras gentes hallar y otras escenas. 595  
¿Qué, adonde quiera llevaré en mi frente  
grabado el sello de vergüenza? No;  
que en otras tierras, y entre nueva gente  
ennoblecida brillaré en tu amor.  
Huyamos, sí de la laguna impura 600  
donde entre cieno sin tu amor viví.  
Huyamos a esas tierras de ventura  
que a entrambos nos ofrece el porvenir.  
¡Gracias!, ¡gracias! Amor, bendito seas,  
que mi bajeza me revelas tú. 605  
¡Huyamos luego, Adán, donde desees,  
a otro país que alumbrará otra luz!

## Escena II

Dichos y el CURA.

(Poco después hasta seis hombres de malas cataduras y modales rústicos.)

CURA (Frotándose las manos.)

¡Albricias!, ¡no hemos salido  
de mala! Por la tetilla  
derecha le entró, y si acierta 610  
a entrarle más una línea,  
Pax Christi

ADÁN (Aparte a la SALADA.)

No sé por qué  
me irrita sólo la vista  
de ese sapo.

SALADA Adán, huyamos.

(Aparte.)

¡Y yo contenta vivía! 615

CURA (Con tono truhanesco.)

Vive Dios, señor Adán,  
que tiene usted una niña  
que da la vida a un cristiano,  
lo mismo que se la quita.  
Tan buena para un barrido 620  
como un fregado. ¡Qué vivan  
esos ojuelos que matan,  
princesa, y esas manitas!

ADÁN (Con impaciencia.)

¡Ea!, basta, ¿qué queréis?

CURA Si incomoda mi visita 625

me iré; mas ya me hago cargo,  
la gente se divertía  
como Dios manda: ¡solitos!  
¡El demonio me maldiga!  
Mas siento yo interrumpir 630  
pero... Vamos..., yo creía  
que para todo había tiempo.  
Luego, como corre prisa  
nuestro negocio, y los otros  
van a acudir a la cita, 635  
y según me han dicho, usted  
es también de la partida,  
yo, por eso... La señora,  
que me conoce hace días,  
sabe muy bien que no soy 640  
yo mosca nunca; en mi vida  
la he estorbado para nada...  
Cada cual allá se avía,  
y a vivir. ¿Qué, no es verdad,  
señora Salada?

SALADA (Aparte.)

Grima 645

me da de oírle.

CURALo otro

no es cosa que a usted le aflija.  
Él ya habrá muerto a estas horas,  
y la señora justicia,  
como no sabe quién fue 650  
quién le apagó, ni en su vida  
sabrán tampoco a quién tiene  
que acudir, queda per istam,  
aquí no hay nada que hacer  
sino apandarse unos días, 655  
y aguardar que Dios mejore  
sus horas. Tiberio viva,  
y el pan a dos cuartos. ¡Prenda!  
(Acercándose al oído con instancia y picardigüela.)  
Vamos, una preguntilla:  
¿qué le ha dado usted al mocito 660  
que está que parece quina?

SALADA (Con desabrimiento.)

Oiga usted, padre curiana,  
a un ladito que me tizna.

(Entran los seis.)

1.º La paz de Dios, caballeros.

(Van entrando, unos se sientan, otros se quedan de pie, algunos sacan tabaco.)

CURAYa está la gente reunida. 665

(Da un silbido, y se asoma a una reja adonde acude un  
chico con quien habla.)

Pupas, ya sabes la seña,  
corre a tu puesto y avisa.

2.º ¿Con que es la cosa esta noche?

3.º (Al primero señalando a ADÁN.)

¿Es éste el mocito, Chispas,  
que recomendó su padre? 670

1.º Pues, el mismo.

4.º A Saladilla  
el diablo le ha vuelto el juicio.

3.º Padre cura, ¿qué noticias  
tiene?

CURA Muchas y muy buenas.

1.º Pues desembuche.

5.º (Señalando a ADÁN.)  
La pinta 675  
es de un elefante en leche.  
Mocitos, ¿hay ánimos?

ADÁNY diga,  
¿para qué me ha de faltar?

6.º Como es la primera cabrita  
que desuella

ADÁN La primera 680  
vez que he pensado en mi vida,  
pensé alcanzar con la mano  
donde alcanzaba la vista.

1.º Bien dicho.

(El padre CURA entretanto ha estado hablando a los otros.)

4.º ¿Y en eso está?

CURALuego que quedó Chiripas 685  
en abrir por la cochera  
y darnos entrada arriba,  
dije para mi capote:  
recemos la letanía,  
y entonemos un Te Deum, 690  
porque la ocasión la pintan  
calva, y para sosegar  
mi conciencia, dije a un quidam  
que en la taberna de enfrente  
estaba, que hiciese esquina 695  
sin quitar ojo a la casa,  
y pagara por Chiripas  
cuanto bebiese, que yo  
esta noche volvería  
con mi guitarra y mi acólito 700  
a echar cuatro seguidillas  
y alegrar el barrio.

3.ºY oiga:  
¿entra en el ajo Chiripas?

CURAEÍl, como es muy natural,  
no quiere que nunca digan 705  
que fue capaz de vender  
ni hacer una alevosía  
a la que le da su pan.  
Eso no, bueno es Chiripas  
ni digo yo a su ama, a nadie 710  
hará una mala partida.

1.ºY hace bien.

CURA Pero es distinto  
que en estando ya dormida  
la gente, que entréis vosotros  
y le atéis, y luego os sirva, 715  
llevándoos sin hacer ruido,  
ni ver a nadie, a la misma  
alcoba donde su ama,  
que no espera la visita,  
dormirá. Y así ha quedado 720  
en que la cosa se haría,  
para no tener que ver  
después él con la justicia,



cumplir como buen criado  
y hombre de bien. Yo en la esquina 725  
mientras, haré la deshecha,  
y allí con mi guitarrilla  
(Hace gestos de jaleador.)  
y cuatro coplas, y alza  
que se te ve hasta la liga,  
y toma y vuelve por otra, 730  
tendré la gente reunida  
de la calle: por si acaso  
cacarea la gallina  
que no se oiga, y que en paz  
vosotros hagáis la limpia. 735

3.º ¿Y habrá fango?

CURAHasta los codos.

Es la condesa de Alcira  
viuda con muchos millones,  
y alhajas y piedras finas,  
y más condados y rentas 740  
y tierras que el mapa pinta.

1.º Moneda acuñada, padre,  
déjese de baratijas

2.º (Refregándose las manos.)  
¿Y es buena moza?

3.º Me gusta  
la pregunta: que sea rica 745  
y haya donde entrar la mano,  
y más que tenga comida  
la cara de lamparones.

ADÁN (Con interés.)

¿Y es de esas damas que habitan  
palacios?

CURAUno tan grande 750

que en entrando no se atina  
a salir, pero no hay miedo,  
que para esto está Chiripas.

El lacayo incorruptible  
y fiel, que hallará salida 755  
al laberinto de Creta.

(Se va haciendo de noche. La SALADA entra con un velón encendido.)

ADÁN ¿Tendrá coches?

CURAY berlinas,  
y cabriolés, y oro y plata  
más que producen las Indias.

1.º ¿El chivato! De oírlo sólo 760  
los ojos se le encandilan.

SALADA (Aparte y con ojos llenos de lágrimas.)  
¡Pobre de mí!

1.º Chica, ¿lloras?

2.º ¿Por qué llora usted, mi vida?

ADÁN (Sin reparar en ella.)  
Vamos pronto, vean mis ojos  
cuanto vio mi fantasía. 765  
toquen mis manos, en fin,  
los sueños de mi codicia.

3.º Buen pollo; que a éste le pongan  
donde haya.

1.º Bien se explica.

2.º (A la SALADA.)  
Pero ¿por qué llora usted? 770

1.º Cosas de mujeres.

5.ª Niña,  
¿le duele a usted algo?

SALADA El alma  
y el corazón. Adán, mira,  
(Se adelanta con energía a ADÁN.)  
¿ves estas lágrimas? Son  
las primeras que en mi vida 775  
me ha hecho derramar un hombre;  
no hagas tú que mi desdicha  
se trueque en rabia, y se cambie,  
Adán, mi ternura en ira.  
No quiero, no, tú no irás.

CURA ¡Chispas! 780  
¡Qué mala yerba ha pisado  
la mocita!

SALADA Tú imaginas  
que esa mujer es hermosa.  
¿Pensabas que yo querría,  
que lo imagino también, 785  
dejarte ir? ¡Ah! ¿Tú olvidas  
que yo te amo, y te finges  
ilusiones y alegrías  
en otra parte, sin mí,  
con otra mujer? ¿La hija 790  
del ladrón cambiar presumes  
con desprecio, por la altiva  
condesa, por la señora  
que arrastra coche? ¡Deliras!  
Sí, tú has dicho a ti mismo; 795  
es una mujer perdida;  
la que ha nacido en el fango  
que llora en el fango y viva.  
Tú has olvidado mi amor,  
mi delirio, mis caricias 800  
¡ingrato! Que sin tu amor,  
(Con ternura y saltándose las lágrimas.)  
sin ti detesto la vida,  
que no tengo más que a ti,  
que te amo. ¡Oh!, de rodillas  
yo te lo ruego, Adán mío, 805  
no vayas te lo suplica  
tu pobre Salada, no...

Perdona, Adán, alma mía,  
no vayas, no, el corazón  
me da que alguna desdicha 810  
nos va a suceder..., no vayas.  
¿No harás lo que yo te pida?

ADÁN¿No ir? Salada, ¿no ir yo  
cuando fortuna me brinda,  
y en realidades mis sueños, 815  
en verdad mi fantasía  
trueca? ¿Quién? ¿Yo, yo no ir?  
¿Yo no ir...? Tú desvarías.

1.ºPero ven acá, ¿tú quieres  
que tu galán sea un gallina? 820

SALADA¿Tú a qué has de ir? ¡Si supieras,  
Adán mío, cuán indigna  
hazaña van a emprender  
estos hombres! ¡Ah! Tú huirías  
de ellos. Tu corazón 825  
noble di, ¿no te avisa  
de la bajeza del hecho?

CURAVaya una rara salida:  
el demonio predicándonos  
un sermón de moralista. 830

ADÁN Mira, Salada, no sé  
si la acción que se medita  
es buena o mala, ni entiendo  
qué es mal ni bien todavía.  
Y allá voy: sea cualquiera 835  
el hecho, dicha o desdicha  
nos traiga, yo he de seguir  
la inspiración que me anima.  
¿Acaso he nacido yo  
para vivir en continua 840  
agitación? ¿No podré  
seguir a mi fantasía  
jamás? No. Salada, no.  
Glorias y triunfos me pinta  
mi deseo; la fortuna 845  
a mi anhelo campo brinda  
donde cumplirlo. Yo quiero

ver, palpar cuanto imagina  
mi mente de una ojeada,  
ver todo el mundo que gira 850  
a mi alrededor; allí luego  
tú vendrás, donde yo elija  
un sitio para los dos,  
¡oh! Si me amaras, tú misma  
me llevarías. ¿Y quién 855  
habrá jamás que me impida  
volar donde yo desee?  
¡Fuera injusto! Y romperían  
mis manos, sí, las cadenas  
que aprisionaran mis iras. 860

1.º Bien dicho.

SALADA (Con mimo.)

Dime, Adán mío,  
¿me amas? ¿Por qué te irritas?  
¡Oh! ¡No te enojés conmigo!  
Dame un beso, una caricia;  
ya que te empeñas en ir... 865  
Otro beso. ¿No podrías  
ir otra vez, dueño mío,  
dejarlo para otro día?  
Las horas se me hacen siglos  
sin ti, todo me fastidia. 870  
¡Yo que pensaba esta noche  
pasarla en tu compañía  
tan feliz y acariciarte  
tanto! No hay mayor desdicha,  
tú ya lo sabes, Adán, 875  
que una esperanza fallida.  
Si te vas ¿qué haré? Llorar.  
Otro beso; no hay delicia  
igual; los dos aquí solos  
entre amores y caricias. 880  
Corriendo las horas yo  
te contaré mis fatigas,  
mi amor cuando estabas preso,  
¡a ti no te cansa oírlos!  
¿No es verdad mi bien? ¡Ah!, dame 885  
otro beso...

ADÁN (Conmovido.)

¡Vida mía!  
No llores, no, yo te amo

yo haré lo que tú me pidas.

3.º Eso es, ya está hecho un mandria.

2.º ¡Y lo que sabe la indina...! 890

CURA Señores, aquí se quede  
el que quiera, que maldita  
la falta que nadie hace.  
Nuestra condesa de Alcira  
(Con intención a ADÁN.)  
nos aguarda con sus coches, 895  
su palacio y joyerías.  
Nosotros vamos allá,  
con que amigo hasta la vista.  
(Dándole a ADÁN en el hombro.)

SALADA ¡Maldita sea tu lengua  
que me arrebató mi dicha! 900

ADÁN ¡Oh, es verdad! Y yo olvidaba...

SALADA (Arrojándose en sus brazos.)  
¡Adán mío!

ADÁN (Con aspereza.)  
Mujer, quita.

(Se arranca de ella, la SALADA cae desplomada de dolor en una silla.  
Salen los bandidos, y ADÁN el primero.)

## Canto VI

Era noche de danza y de verbena,

cuando alegre las calles el gentío,  
y en grupos mil estrepitosos suena  
música alegre y sordo vocerío.

Sonó pausada en el reló la una, 5  
la paz reinaba en el sereno azul;  
bañaba en tanto la dormida luna  
las altas casas con su blanca luz.

Y en un palacio, alcázar opulento  
de soberbia fachada, en un balcón 10  
penetraba su rayo macilento  
entreabierto el cristal por el calor.

Lámparas de oro, espejos venecianos,  
áureos sofás de blanco terciopelo,  
sillas de nácar y marfil indianos, 15  
los pabellones del color del cielo.

Caprichos raros de la industria humana,  
relieve y elegantes colgaduras,  
jarrones de alabastro y porcelana,  
magníficas estatuas y pinturas 20

ornan confusas la soberbia estancia  
y se pierden en mágica crujía,  
salones tras salones, y a distancia  
se abre de mármol ancha gradería.

Y allá a un jardín mansión encantadora 25  
de las hadas, conduce, y mil olores  
esparce en los salones voladora  
la brisa que los roba de las flores.

¿Quién la deidad, el ídolo dichoso  
de aquel templo magnífico será? 30  
¡Templo soberbio, alcázar grandioso  
que con oro amasó la vanidad!

Bella como la luz de la serena  
tarde que a la ilusión de amor convida,  
el alma acaso de amarguras llena, 35  
hermosa en el verano de la vida,

una mujer dormida sobre un lecho  
riquísimo allí está, los brazos fuera;  
palpítale desnudo el blanco pecho,  
vaga suelta su negra cabellera; 40

la almohada a un lado, la cabeza hermosa  
en un escorzo lánguida caída,  
turbios ensueños a su frente ansiosa  
vuelan tal vez desde su alma herida.

Una velada lámpara destella 45  
su tibia luz en rayos adormidos.  
En desorden brillando en torno de ella  
mil lujosos adornos esparcidos,

aquí un vestido de francesa blonda,  
la piocha allí de espléndidos brillantes, 50  
la diadema de piedras de Golconda,

sobre el sofá los aromados guantes;  
de flores ya marchita la guirlanda,  
allí sortijas de oro y pedrería,  
arrojada en la alfombra rica banda 55  
bordada de vistosa argentería.

Bandas, sortijas, trajes, guantes, flores,  
no os quejéis si os arroja con desdén.  
¡El placer, la esperanza y los amores  
ella arrojó del corazón también! 60

¡Ay!, que los años de la edad primera  
pasaron luego y la ilusión voló,  
y al partirse dejó la primavera  
al sol de julio que agostó la flor.

Y al alma sólo le quedó un deseo 65  
y un sueño le quedó a su fantasía,  
loco afán y engañoso devaneo  
que en vano en este mundo hallar porfía.

Y el corazón que palpitaba ufano  
henchido de esperanza y de ventura, 70  
donde placer halló lo busca en vano,  
perdida para siempre su frescura.

Y en vano en lechos de plumón mullidos,  
en rica estancia de dorado techo,  
se reclinan sus miembros adormidos 75  
mientras despierto le palpita el pecho.

Y en él inquieto el corazón se agita,  
y un tropel de deseos y memorias  
su mente a trastornar se precipita  
volando ansiosa tras mentidas glorias. 80

Y en vano busca con avaro empeño  
paz para el corazón en sus rigores;  
sus ojos cerrará piadoso el sueño,  
pero no el corazón a sus dolores.

Despierta, cuenta con mortal hastío 85  
las horas en su espléndida mansión,  
lánzase al mundo y con afán sombrío  
huye otra vez de su enojoso ardor.

Todo le cansa, en su delirio inventa  
cuanto el capricho forja a su placer; 90  
y ya cumplido, su fastidio aumenta  
y arroja hoy lo que anhelaba ayer.

¡Oh!, que no hay artífice en el mundo  
que sepa fabricar un corazón.

¡Ni sabio hay, ni químico profundo 95  
que encuentre medicina a su dolor!

Los trajes, bandas y aromosas flores,  
aquellos oros por allí esparcidos,  
extranjeros riquísimos primores  
a que eligiese a su placer traídos, 100  
violes apenas y arrojóles luego



acá y allá lanzados con desdén;  
que harta su alma y el sentido ciego  
todo le cansa cuanto en torno ve.

Y duerme ahora, y su entreabierta boca 105  
donde entre rosas que entrevé el marfil,  
respira del afán que la sofoca  
fuego que el corazón lanza al latir.

Sus labios mueve, y en su hermosa frente  
rasgos inquietos crúzanse en montón; 110  
cual detrás de la nube trasparente  
sus rayos lanza moribundo el sol;  
y acaso entre una lánguida sonrisa  
resbalar una lágrima se ve,  
cual suele al movimiento de la brisa 115  
diáfana gota por la flor correr.

¿Por qué esa angustia y respirar violento?  
¿Por qué soñando con dolor suspira?  
Tan hermosa y con tanto sentimiento,  
¡ay!, ¿por qué al corazón lástima inspira? 120

Un hombre en tanto de feroz semblante  
de repugnante y rústico ademán,  
y en la diestra un puñal, con vigilante  
faz cuidadosa y temeroso andar.

Súbito entró en la estancia, y silencioso 125  
a la dormida dama se acercó,  
contemplóla un momento receloso  
y por sus pasos a salir volvió.

«Duerme como un lirón», dijo en voz baja  
a otros que afuera y en aguardo están, 130  
y añadió mientras cierra su navaja:  
«manos pues a la obra y despachar.»

Y con destreza y silencioso tino  
abren y descerrajan a porfía,  
alegre el corazón del buen destino 135  
que sus intentos favorece y guía.

Y aquí amontonan, y acullá recogen,  
rompen allí y arrojan con desdén,  
y aquí los unos con cuidado escogen,  
despedazan los otros cuanto ven. 140

Y con ansia brutal oro buscando  
con insaciables ojos la codicia,  
riquezas y tesoros anhelando,  
riquezas y tesoros desperdicia.

Estremécese el alma al menor ruido 145  
de temeroso sobresalto llena,  
páranse un punto, aplican el oído,  
y vuelven otra vez a su faena.

Y en medio de su azaroso y mudo empeño  
rompe el silencio súbito rumor, 150  
y vuelven todos con airado ceño

los ojos con afán donde sonó.

Y lleno de infantil sandia alegría  
miran a Adán que escucha embelesado  
la estrepitosa súbita armonía 155  
que oculta en un reló de pronto hallado.  
De gozo el alma y de esperanzas llena  
y ávido de sorpresa el corazón,  
indiferente actor de aquella escena  
registra todo con pueril candor. 160

Y aquí contempla y palpa los colores  
del rico pabellón de oro bordado;  
allí admira los nítidos primores  
del limpio nácar y el marfil labrado.

Más allá, en la pared, le maravilla 165  
aparecida mágica figura,  
en cuyos ojos animados brilla  
cándida luz de celestial dulzura.

Formas aéreas que copió en el cielo  
la mente de Murillo y Rafael, 170  
virgen divina, celestial consuelo  
que trasladó a la tierra su pincel.

Y un caballero vio que le miraba,  
que vivo allí lo trasladó Van Dyck,  
que altivo y con desdén le contemplaba 175  
de noble aspecto y ademán gentil;

y el tierno amor que el rostro de hermosura  
de la Virgen Purísima le inspira,  
trocó luego en orgullo la bravura  
del caballero aquel que adusto mira. 180

Intrépidos en él clavó sus ojos  
brillantes de belleza y juventud,  
y provocar queriendo sus enojos  
llegóse a él y le acercó la luz.

Tocóle en fin, e imaginóse luego 185  
que sombra nada más la imagen era;  
y al aire despechado y con despego  
lanzó al retrato una mirada fiera.

Y volviendo la espalda, vio arrogante  
un mancebo galán que hacia él venía, 190  
de negros ojos y gentil semblante  
que al suyo reparó se parecía;

y sonrióse, y vio con gusto extraño  
su figura airosísima allí dentro,  
que tan terso cristal de aquel tamaño 195  
nunca hasta entonces la copió en su centro.

Y alegre el corazón miróse al punto.  
De sí agradado, y reparó en su traje;  
y volviendo al retrato cejijunto  
luego lo comparó con su ropaje. 200

Y parecióle que mejor cayera

aquel vestido en él que el que tenía,  
y mejor que su daga considera  
aquella larga espada que ceñía.

Y una ninfa después blanca y desnuda 205  
al aire ve que suelta se desprende,  
gentil guirnalda que su salto ayuda  
en sus manos purísimas suspende;  
suavísima figura y hechicera  
en escogido mármol de Carrara, 210  
que al aire desprendida va ligera,  
el juicio pasma y los sentidos para.

Todo lo mira Adán: todo lo toca,  
todo lo corre con prolijo afán,  
y allá en los sueños de su mente loca 215  
ser gran señor imaginando está.

Y carrozas, y triunfos, y contentos,  
raudos caballos de indomables bríos,  
y raros y magníficos portentos,  
brindan a su ansiedad sus desvaríos. 220

Y esto deja entre tanto, aquello toma,  
destapa un pomo de dorada china,  
viértese encima su fragante aroma,  
allá a otro objeto su atención inclina;  
toca y enciende un rico pebetero, 225  
báñase en ámbar súbito la estancia;  
y en un sillón sentándose frontero  
gózase en su dulcísima fragancia,

más allá, relumbrante joyería  
sobre una mesa derramada está, 230  
y se prende una flor de pedrería;  
luego al espejo a contemplarse va:  
niño inocente que encantado vaga  
en medio del crimen que acompaña ciego,  
que cuanto en torno ve todo le halaga 235  
ya todo codicioso acude luego;

que de la cárcel a los dulces lazos  
pasó encantado en su primer amor,  
y la bella Salada entre sus brazos  
enamorada de él le aprisionó; 240  
que luego el mundo apareció a sus ojos  
adornado de gala y de alegría,  
y su vista creó nuevos antojos,  
nuevos ensueños que gozar ansía.

Y libre allí, cual caprichoso niño, 245  
que alegre corre y libre su figura,  
si burló acaso el material cariño  
y por campo y ciudad va a la ventura,  
así la dulce libertad sentida,  
Adán huyó de su infeliz manola; 250  
y allí en su gozo embebecido olvida

la que le llora enamorada y sola.

Y así mirando y revolviendo todo  
párase ante un magnífico reló,  
y de gozarlo imaginando modo 255  
toca, y la oculta música sonó.

Al impensado estrépito los ojos  
volvieron todos, y mirando a Adán  
saltaron a sus rostros los enojos  
y aun alguien echó mano a su puñal: 260

-«Clávale ahí; maldita sea la hora  
que ese menguado con nosotros vino.»  
-«Por poco, señor Curro, se acalora»,  
repuso Adán mirando al asesino.

Y con sereno rostro y con desdén 265  
señalando al puñal se sonrió,  
dobló el bandido a su sonrisa el ceño  
y colérico a herirle se arrojó.

Trabárase la lid, si un alarido,  
un agudo chillido penetrante 270  
parando el movimiento al forajido.

-«Alto, dijo, volviéndose, hablar quedo,  
voy a tapar la boca a esa mujer.  
Nadie se mueva, no hay que tener miedo;  
hacer el hato vivo y recoger.» 275

¡Favor, favor! Con afanoso acento  
una mujer, en su desorden bella,  
súbito en el salón falta de aliento,  
y que en sus propios pasos se atropella,  
preséntase y mirando a los bandidos 280  
siente la voz helársele y suspira,  
y piedad implorando entre gemidos  
los bellos ojos temerosos gira.

Ojos que vierten lágrimas que velan  
su clara luz realzando su ternura, 285  
mientras suspiros de sus labios vuelan  
con fatiga que aumenta su hermosura;  
y mientras caen los agitados rizos  
que la sofocan a su ansiosa faz,  
aumenta en su congoja sus hechizos 290  
la blanca mano que a apartarlo va.

Y su voz, que se ahoga entre suspiros  
simpática entenece el corazón,  
ecos suaves, regalados tiros  
que al corazón de Adán lanza el amor. 295

Sintió piedad mirándola afligida,  
que era su hermoso rostro como el cielo,  
cuando si llueve en la estación florida  
coloca el sol el transparente velo.

¿Qué ciegos ojos la beldad no encanta? 300

¿Qué duro corazón no vuelven blando  
los ojos lastimeros que levanta  
al cielo la mujer que está llorando?

Los ladrones allí y en torno de ella,  
los estúpidos rostros agitados. 305  
Y ella, postrada y en extremo bella  
los ojos y los brazos levantados.

-«¡Silencio, juro a Dios!» -con mano ruda  
dijo asiéndola un brazo el capataz;  
«átale ese pañuelo, atrás lo anuda, 310  
y que hable para sí si quiere hablar»,  
díjole a otro, que a la dama hermosa  
un pañuelo doblado se acercó.

Mientras el capataz con su callosa  
mano, la boca a la infeliz tapó. 315

Miraba Adán, miraba a la hermosura  
de la gentil y dolorida dama.

Miraba luego a la cuadrilla impura  
que su belleza con su aliento infama.

Y cuando al bruto bandolero mira 320  
poner su mano rústica en su boca,  
arrebata en generosa ira

que a fiera lid su corazón provoca,  
tira de su cuchillo y se adelanta  
saltando en medio el círculo, y cogió 325  
del cuello al capataz con fuerza tanta  
que en el suelo de espaldas le arrojó.

Y en la diestra el puñal, la izquierda tiende  
describiendo una línea circular.

Y la turba, que al verle se sorprende, 330  
dos o tres pasos échase hacia atrás.

¡Oh!, ¡cuán hermoso es su gallardo empeño  
palpitante la faz, vivos los ojos,  
vuelve el bizarro mozo, y cual su ceño  
añade gentileza a sus enojos! 335

Aquellos rizos que en sus hombros flotan,  
tirada atrás la juvenil cabeza,  
las venas que en su frente se alborotan,  
su ademán de bravura y ligereza,

y aquella dama que postrada llora, 340  
yerta a sus pies y la razón perdida,  
que azorada y temerosa llora  
yace temblando a su rodilla asida;

y en torno de él las levantadas diestras  
de sus contrarios del cuchillo armadas, 345  
con ademanes y feroces muestras  
su muerte a un tiempo amenazando airadas;

en medio aquel desorden y el despojo,  
cuán grande en ardimiento y gallardía  
muestran al mozo, que en su noble arrojo 350

un genio fabuloso parecía.

Álzase en tanto, la navaja en mano,  
los labios comprimidos de la ira,  
como pisada víbora, el villano  
que cayó al suelo y que rencor respira; 355

y él y los otros al mancebo saltan,  
salta el mancebo que los ve llegar,  
y antes que a él lleguen los que así le asaltan  
logra la espalda en la pared guardar.

Quieto allí contra el ángulo resiste 360  
ojo avizor el ímpetu primero,  
y a veces salta y en la turba embiste  
con presto brinco y con puñal certero.

Y en silencio que sólo algún rugido  
sordo rompe, o mascada maldición, 365  
sigue la lucha, y al mancebo ardido  
la vil canalla acosa en derredor.

Como trailla de feroces perros  
sobre el cerdoso jabalí que espera,  
con diente avaro y encrespados cerros 370  
se arrojan a cebar su saña fiera;

y aquí y allá con ávida porfía,  
le acosan, y el colérico animal  
en cada horrible dentellada envía  
la muerte al enemigo más audaz. 375

Así, pero no así, sino más fieros,  
con mayor furia y sin igual rencor  
acometen a Adán los bandoleros,  
crece la lucha y crece su furor;

y cual ligero corzo que parece 380  
saltando zanjas que en el aire va,  
salta si un golpe a su intención se ofrece,  
y vuelve a la pared cuando lo da.

Y entre ellos luchando, en medio de ellos  
revuélvese y barájase y desliza 385  
su cuerpo, fatigados los resuellos,  
pueden apenas sostener la liza,

y aquí derriba al uno, al otro hiere,  
y como terne diestro se repara,  
y a todos a uso de la cárcel quiere 390  
marcarles las heridas en la cara;

y unos turbados de manejo tanto,  
y otros caídos de vencida van,  
cuando los gritos a aumentar su espanto  
llegan de gentes que se acercan ya. 395

«La justicia», dijeron, y el violento  
choque suspenden, corren al balcón,  
y Adán corre también, y huye al momento  
que la palabra de justicia oyó.

¡Fatal palabra! La primera ha sido 400

que oyó en su vida pronunciar tal vez;  
y ni en sus sueños la olvidó después.  
Hospedado en la cárcel la ha aprendido,

oyó justicia y olvidó a la hermosa  
dama que generoso defendió, 405  
riquezas, lujo, estancia suntuosa,  
y allá a la calle del balcón saltó.

Y sin pensar, sin calcular la altura  
unos tras otros a la calle van  
ninguno allí del compañero cura, 410  
sálvase como puede cada cual;

pero hubo alguno que en tamaño aprieto,  
más práctico y sereno, haciendo un lío,  
de cuanto recoger pudo en secreto  
sin curar las palabras tuyo y mío, 415

saltó a la calle con sagaz donaire  
apretada su prenda al corazón,  
y desprendido se soltaba al aire  
cuando la gente en el salón entró.

Cuenta la historia que el audaz mancebo, 420  
como en Madrid tan nuevo;  
corrió dos o tres calles sin destino,  
y huyendo acá y allá y a la ventura,  
solo se halló y en una calle oscura  
al saltar del balcón perdido el tino. 425

Y luego se asegura,  
y mira en derredor si alguien le sigue,  
y tranquilo prosigue,  
mas sin saber adónde, su camino  
iba despacio andando... 430

Súbita hirió su oído  
la bulla y bailoteo  
de una cercana casa, y al ruido  
dirigió nuestro héroe su paseo.  
Rumor de gente y música se oía 435  
y voces en confusa algarabía,  
y al estrépito alegre se juntaba  
choque gentil de vasos y botellas,  
y al son de la guitarra acompañaba  
alguno que cantaba, 440  
y con lascivos movimientos ellas.

Dio la vuelta a la esquina.  
Y en la casa del baile y la jarana  
vio con sorpresa que a calmar no atina  
de par en par abierta una ventana, 445  
y en una estancia solitaria y triste  
entre dos hachas de amarilla cera,  
un fúnebre ataúd; y en él tendida

una joven sin vida,  
que aún en la muerte interesante era. 450  
Sobre su rostro del dolor la huella  
honda grabado había,  
doliente el alma al arrancarse de ella  
en su congoja y última agonía,  
y allí, cual rosa que pisó el villano 455  
y de barro manchó su planta impura,  
marcada está la mano  
que la robó su aroma y su frescura.

Una mujer la vela,  
vieja la pobre, y llora dolorida 460  
junto al cadáver, y volverle anhela  
con besos a la vida;  
y ora llorando olvida  
hasta el estruendo y fiesta bulliciosa,  
que a alterar de la estancia dolorosa 465  
la lúgubre paz viene,  
y en darle dulces nombres cariñosa  
y en besar a la muerta se entretiene  
y a veces abren súbito la puerta  
que dentro lleva adonde suena danza, 470  
y sin respeto y de tropel se lanza  
un escuadrón de mozos, que a la muerta,  
con impureza loca contemplando,  
búrlanse de la vieja, profanando  
con torpes agudezas de la sombría 475  
mísera imagen de la muerte fría,  
y allí es de ver, la vieja codiciosa  
en medio de su amarga  
y sincera aflicción, cual la rugosa  
mano al dinero alarga, 480  
y a los mozos impíos  
los llama entre sollozos hijos míos,  
y de llorar ya rojos  
enjugan, en tanto, sus hinchados ojos.  
Y entre suspiros mil echa su cuenta, 485  
y luego se lamenta  
de nuevo, y a su mísero quebranto  
volviendo la infeliz, vuelve a su llanto.

Y en tanto alegre suena  
en la cercana sala el vocerío, 490  
la danza, el canto, y bacanal faena.  
Regocijo, guitarra y desvarío.  
Miraba Adán escena tan extraña  
con piadoso interés desde la reja,  
y a la cuitada vieja. 495  
Que en agradar sus huéspedes se amaña,  
a par que en llanto de amargura baña  
el cadáver aquél, que parecía



que con toda su alma lo quería.  
Y el baile y la alegría 500  
de la cercana estancia le admiraba,  
y el bullicioso y placentero ruido  
que confuso llegaba  
a mezclarse a deshora a su gemido.  
Y de saber y averiguar curioso 505  
el caso doloroso  
que unos celebran tanto,  
y aquella mujer llora  
con tan amargo llanto,  
llamó luego a la puerta, y desfadada 510  
una moza le abrió toda escotada,  
el traje descompuesto,  
con desgarrado modo y deshonesto.  
Y entró en un cuarto donde vio una mesa  
entre la niebla espesa 515  
de humo de los cigarros medio envueltos,  
seis hombres asentados  
con otras tantas mozas acoplados,  
en liviana postura,  
que beben y alborotan a porfía; 520  
y aquél el vaso apura,  
y el otro canta, y inmunda orgía.  
Con loco desatino  
al aire arrojan vasos y botellas,  
ellos gritando, y en desorden ellas, 525  
y con semblantes que acalora el vino.  
Y aquél perdido el tino  
tiéndese allí en el suelo,  
y éste bailando con la moza a vuelo  
a las vueltas que traen, 530  
tropezando en su cuerpo de repente,  
ella y él juntamente  
sobre él riendo a carcajadas caen.  
Bebe tranquilo aquél; disputan otros,  
brincan aquéllos como ardientes potros 535  
que roto el freno por los campos botan,  
y mientras todos juntos alborotan,  
alguno, con el juicio ya perdido  
murmura en un rincón medio dormido.  
Solicita una moza al forastero 540  
llegóse y preguntóle qué quería,  
llamándole, buen mozo lo primero,  
«quisiera yo, alma mía,  
Adán le respondió, si se me deja,  
ver a esa pobre vieja 545  
que está en ese aposento  
velando a la difunta». -«¡Ay, es su hija!  
A las seis se murió; buen sentimiento

nos ha dado la pobre; era una rosa.  
¡Todas nosotras la queríamos tanto! 550  
Dios la tenga consigo; tan hermosa  
y ahora muerta, vea usted, ¡pobre Lucía!  
Razón tiene en llorar doña María,  
entre usted por aquí.» -Y abrió una puerta  
y hallóse Adán con la afligida madre, 555  
y el cadáver miró, y hablar no acierta.  
Reina siempre en redor del cuerpo muerto  
una tan honda soledad y olvido,  
tan inmensa orfandad, allí tendido  
desamparado ya del trato humano, 560  
sin voluntad, sin voz, sin movimiento,  
que en vano el pensamiento  
presume ahondar tan misterioso arcano,  
y recogido su ambicioso giro  
pliégase al corazón que ahoga un suspiro. 565

Miraba Adán, miraba los despojos  
de aquella un tiempo que animó la vida,  
sobre el cadáver los innobles ojos  
y el alma con angustia y dolorida.  
Y turbia y embebida 570  
la mente, contemplándola allí atento,  
embargó sus sentidos  
un mudo inexplicable sentimiento  
en el vacío del no ser perdidos.  
Y olvidó dónde estaba, 575  
parado y aturdido el pensamiento,  
y miraba y callaba  
sin hacer ademán ni movimiento,  
mas que de cuando en cuando suspiraba.

Rompió el silencio la angustiada vieja 580  
con lastimada voz, y entre quebrantos.  
Que encuentran eco a su doliente queja  
y halla un consuelo entre pesares tantos.  
Viendo al mancebo aquel desconocido  
lloroso como ella y dolorido. 585  
-«¡Véala usted, señor, cuando cumplía  
apenas quince años!... ¡Hija mía!»  
-«Buena mujer, repuso con ternura  
volviendo Adán en sí de su letargo,  
¿cómo en tanta tristura, 590  
en tanto duelo y sentimiento amargo,  
permitís ese estrépito a deshora  
y danza y bulla tanta,  
mientras dolor tan íntimo quebranta  
vuestro llagado corazón que llora?» 595  
«¡Ay!, respondió la vieja desolada,  
vivo de eso, señor; ¡no tienen nada  
que hacer esos señores

conmigo y mis dolores!  
Vivan ellos allá con sus placeres, 600  
y mientras besan el ardiente seno  
de esas locas mujeres,  
yo con el corazón de angustias lleno,  
beso aquí solitaria en mi agonía  
la boca de mi hija muda y fría. 605  
¡Hija mía, hija mía!  
¡Ah, para el mundo demasiado buena!  
Dios te llevó consigo;  
mas es dura mi pena,  
y cruel, aunque justo mi castigo.» 610  
Dijo, y rompió con tan amargo llanto  
que la voz le robó su sentimiento,  
y en su mortal quebranto,  
convertido en sollozo su lamento,  
en llanto que hilo a hilo le caía, 615  
por sus mejillas pálidas le corría.  
-«Yo, buena madre, ignoro,  
nuevo en el mundo aún, lo que es la muerte,  
Adán le respondió; pero ¿quién pudo  
arrebatar sañudo 620  
la que fue vuestro encanto de esa suerte?  
¿Será imposible ya darla la vida?  
La antorcha ahora encendida  
si la apaga mi soplo de repente.  
Juntándola otra luz, resplandeciente 625  
torna al punto a alumbrar. ¿Y aquella llama  
no hay otra luz que renovar la pueda?  
¿Acaso inmóvil para siempre y fría  
con el aliento de la muerte queda?  
Vos sois pobre tal vez... ¡Ah!, con dinero 630  
quizá se compre; débil y afligida,  
los muchos años vuestro ardor primero  
gastaron, y el elixir de la vida  
se halla lejos de aquí... Decidme dónde,  
decidme do se esconde, 635  
y yo allá volaré; sí, yo un tesoro  
robaré al mundo, y compraré la vida,  
y la apagada luz, luego encendida  
veréis brillar, y enjugaré ese lloro  
volviendo al mundo la que os fue querida. 640  
¿Dónde, decidme, encontraré yo fuego  
que haga a esos ojos recobrar su ardor,  
dónde las aguas cuyo fértil riego  
levante fresca la marchita flor?»  
Dijo así Adán con entusiasmo tanto, 645  
con tan profunda fe con tanto celo,  
que la vieja, a pesar de su quebranto,  
alzó a él los ojos con curioso anhelo.

-«¡Pobre mozo, delira!  
Si comprar esta vida se pudiera, 650  
esta vieja infeliz que yerta miras,  
por una hora siquiera,  
por un solo momento  
de ver abrir los ojos celestiales,  
y otra vez escuchar el dulce acento 655  
de la hija querida de su alma,  
¿qué puedes figurarte que no haría?  
¿Qué crimen, qué castigo  
por recobrarla yo no arrostraría,  
y otra vez verla palpitar conmigo? 660  
¿Sabes tú que una hija es un pedazo  
de las entrañas mismas de su madre?  
Por un beso no más, por un abrazo.  
Y morirme después, el mundo entero  
pidiendo una limosna correría, 665  
y con los pies desnudos y mi llanto,  
piedras enterneciera en mi quebranto  
y al mundo mi dolor lastimaría.  
¡Oh!, ¡que del alma mía,  
pobre Lucía, te arrancó la muerte, 670  
y el corazón contigo de mi pecho  
arrancó de esa suerte,  
a tantos males y aflicciones hecho!  
¡Hora fatal, maldita  
por siempre la hora aquella 675  
que el hombre aquel te contempló tan bella!  
¡El señor me la dio y él me la quita!  
¡Cómo ha de ser!» -Y el corazón partido,  
secos los ojos exhaló un gemido.  
En remolinos mil su pensamiento 680  
vagando Adán por su cabeza siente,  
que no acierta a explicarse el sentimiento  
que a par que el corazón turba su mente.  
-¡El Señor me la dio y él me la quita!  
Repite luego en su delirio insano, 685  
y penetrar tan insondable arcano  
su mente embarga y su ansiedad irrita.  
El Dios, ése que habita  
omnipotente en la región del cielo,  
¿quién es, que inunda a veces de alegría, 690  
y otras veces cruel con mano impía  
llena de angustia y de dolor el suelo?  
Nombrar le oye doquiera,  
y a todas horas el mortal le invoca,  
ora con ruego o queja lastimera, 695  
ora también con maldiciente boca.  
Tal devanaba Adán su pensamiento  
que en vano ansioso comprender desea,

y en medio al rudo afán que le marea  
los hombros encogió, dudas sin cuento 700  
de su ignorancia y su candor nacidas,  
no del alma lloradas y sentidas,  
sueños de su confuso entendimiento  
su mente asaltan, y por vez primera  
adán súbito siente 705  
volar queriendo, sin saber adónde  
del corazón ardiente  
la perpetua ansiedad que en él se esconde.

-¿Cómo en vuestro dolor, dijo inocente,  
madre infeliz, la cana cabellera 710  
tendida al aire, y los quemados ojos  
con muestra lastimera,  
y bañados de lágrimas, de hinojos  
no os postráis ante Dios? ¡Ah!, si él os viera  
desdichada a sus pies cual yo a los míos, 715  
y los ojos de lágrimas dos ríos,  
y ese del corazón hondo lamento  
de amargura y melancólica querella  
oyera, y el profundo sentimiento  
que en esa seca faz marcó su huella, 720  
y en vuestro corazón fijó su asiento,  
contemplara cual yo: ¿por qué a la rosa  
que súbito secó ráfaga impura  
no renovara su color hermosa,  
y volviera su aroma y su frescura? 725  
Desdichada mujer, ¡oh!, ven conmigo,  
juntos lloremos a sus pies tus penas,  
él nos dará su bondadoso abrigo;  
a la fuente volemos  
eterno manantial de eterna vida, 730  
y la rica simiente allí escondida  
juntos recogeremos.  
Seca, buena mujer, tu inútil llanto,  
vuélvate la esperanza tu energía,  
y el cuadro de tu mísero quebranto, 735  
soledad y agonía,  
muestra a ese Dios, y con humilde ruego  
que no será, confía,  
sordo a tus quejas, ni a tu llanto ciego.»

La vieja, en tanto, levantó los ojos 740  
al techo, y murmuró luego entre dientes  
quizá sordas palabras maldicientes,  
o quizá una oración; que el más sufrido  
suele echar en olvido  
a veces la paciencia, y darse al diablo. 745  
Y usar por desahogo  
refunfuñando como un perro dogo  
de algún blasfemador rudo vocablo.

Mas todo se compone  
con un «Dios me perdone», 750  
que así mil veces yo salí del paso  
si falto de paciencia juré acaso,  
y cierto, vive Dios si no jurara  
que el diablo me llevara,  
que cuando ahoga el pecho un sentimiento 755  
y el ánimo se achica, porque crezca,  
y el corazón se ensanche y engrandezca  
no hay suspiro mejor que un juramento,  
y aún es mejor remedio  
para aliviar el tedio, 760  
mezclarlo con humildes oraciones,  
como al son blando de acordada lira  
la voz de melancólicas canciones,  
confundida suspira.  
Y así también se dobla la esperanza, 765  
que donde falta Dios, el diablo alcanza.  
Yo a cada cual en su costumbre dejo,  
que a nadie doy consejo,  
y así como el placer y la tristeza  
mezclados vagan por el ancho mundo, 770  
y en su cauce profundo  
a un tiempo arrastran flores y maleza,  
así suelen también mezclarse a veces  
maldiciones y preces,  
y yo tan sólo lo que observo cuento, 775  
y a fe no es culpa mía  
que la gente sea impía  
y mezcle a una oración un juramento.  
Testigo aquella vieja  
de la antigua conseja 780  
que a San Miguel dos velas le ponía,  
y dos al diablo que a sus pies estaba,  
por si el uno fallaba  
que remediase el otro su agonía.  
Ya de seguir a un pensamiento atado 785  
y referir mi historia de seguida,  
sin darme a mis queridas digresiones,  
y sabias reflexiones  
verter de cuando en cuando, y estoy harto  
de tanta gravedad, lisura y tino 790  
con que mi historia ensarto.  
¡Oh!, cómo cansa el orden; no hay locura  
igual a la del lógico severo  
y aquí renegar quiero  
de la literatura 795  
y de aquellos que buscan proporciones  
en la humana figura  
y miden a compás sus perfecciones.

¿La música no oís y la armonía  
del mundo, donde el apacible ruido 800  
del viento entre los árboles y flores,  
se oye la voz del agua y melodía,  
y del grillo y las ramas el chirrido  
y al dulce ruiseñor cantando amores;  
y las de mil colores, 805  
nubes blancas, y azules, y de oro,  
que el cielo a trechos pintan;  
la blanca luna, el estrellado coro  
no veis, y negras sombras a lo lejos,  
y entre luz y tinieblas confundidos, 810  
el horizonte terminar perdidos  
negros velos y espléndidos reflejos?  
Y la noche y la aurora...  
Pues entonces. Mas basta, que yo ahora  
del rezo o juramento 815  
que allá entre dientes pronunció la vieja,  
así como el que deja  
senda escabrosa que acabó su aliento,  
al llegar a este punto me prevalgo  
y de este canto y de su historia salgo. 820

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

